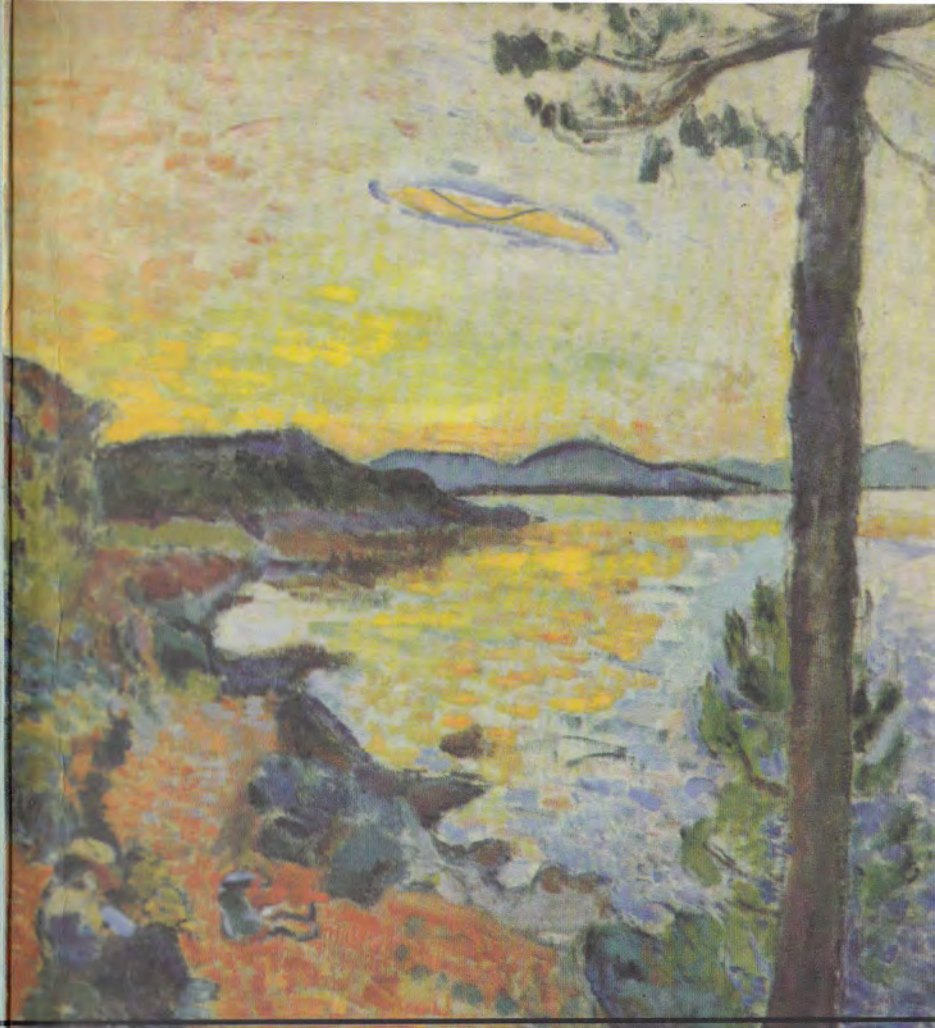




EUGENIO GONZALEZ ROJAS

MAS AFUERA



LOM Ediciones

La aparición de "Más Afuera" en 1930 fue aplaudida por los lectores y la crítica. Era la primera novela de un flamante profesor de castellano, conocido por su trayectoria de dirigente político y estudiantil. Por esa condición su autor había sido detenido dos años antes y relegado a la isla que dió nombre a su libro, en el archipiélago de Juan Fernández.

Al criticar esta novela, Alone escribió "enriquece nuestra literatura como una rara joya de valor permanente y debe contarse en el pequeño número de libros nacionales dignos de sobrevivir".

MAS AFUERA

EUGENIO GONZALEZ ROJAS



EUGENIO GONZÁLEZ ROJAS nació en Santiago el 23 de enero de 1903. Fue fundador en sus años adolescentes de la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES) y su primer Presidente. Su nombre está vinculado a la generación del año 20 y a las grandes batallas de la Federación de Estudiantes (FECH) que presidió a partir de 1922.

Fue uno de los principales redactores de la revista "Claridad" y un destacado opositor a la dictadura del General Ibáñez. En 1928 le desterraron a la isla Más Afuera, en el archipiélago de Juan Fernández, una colonia penal en la que fueron confinados intelectuales y políticos opositores. Allí Eugenio González inició su obra narrativa. Regresó del destierro con el manuscrito de la novela "Más Afuera" que reveló a un prosista de singulares méritos. Al año siguiente (1931) obtuvo el Premio Atenea de la Universidad de Concepción.

Había recibido ya su título de profesor de castellano y filosofía. En 1932 fue nombrado Ministro de Educación de la efímera República Socialista que duró 12 días. Después se dio a la tarea de fundar el Partido Socialista jun-

to a Marmaduke Grove, Eugenio Matte, Oscar Schnake y Salvador Allende.

Su trabajo académico y su actividad de dirigente político -fue Secretario General del PS y Senador de la República- le obligaron a dejar en segundo plano su obra literaria. No obstante en 1935 publicó "Hombres". En 1940 el volumen de cuentos "Destinos" y en 1942 la novela "Noche". Durante el gobierno de la Unidad Popular fue Presidente del Consejo Nacional de Televisión.

Murió el 28 de agosto de 1976.

Más Afuera Eugenio González

COLECCION CLASICOS DE
LA NOVELA SOCIAL CHILENA



Eugenio González,
novelista del desencanto y de la angustia

La aparición de *Más Afuera*, en 1930, fue aplaudida por los lectores y la crítica. Era la primera novela de un flamante profesor de castellano, conocido por su trayectoria como dirigente político y estudiantil. Por esa condición, el autor había sido detenido dos años antes y relegado a la isla que le dio el nombre a su libro, en el archipiélago de Juan Fernández.

Al comentar esta novela, Alone escribió que *Más Afuera* “enriquece nuestra literatura como una rara joya de valor permanente, y debe contarse entre el pequeño número de libros nacionales dignos de sobrevivir”.¹

Se insinuaba, así, una promesa para nuestra narrativa. Sin embargo, la producción literaria de Eugenio González fue más bien exigua. Incluye otras dos novelas: *Hombres*, 1935; y *Noche*, 1942; y un libro de cuentos, *Destinos*, 1940. Hubo además, una cuarta novela. Ricardo Latcham cuenta que González la tuvo guardada por varios años. En una ocasión la releyó y como no lo dejó satisfecho prefirió destruirla. En un número de la revista *Babel*, dedicado a la generación chilena del año 20, aparece un fragmento de esta obra que quedó para siempre inédita.²

Al parecer, las exigencias de la política y del servicio público, junto a las de la cátedra y la administración universitarias, impidieron una expansión mayor del talento literario de Eugenio González. Este se manifestó, además, en una serie de artículos y ensayos que se encuentran dispersos en revistas como *Claridad*, *Índice* y *Atenea*.

Los textos de González soportan hoy una lectura crítica. El tiempo no les ha hecho mella, por el contrario, las ha revalorizado. Sus dos primeras novelas son claramente adelantadas a su tiempo. Rebasan las normas y los tópicos

¹ Alone, “*Más Afuera*”, en diario *La Nación*. Suplemento dominical, 1 de marzo de 1931.

² González, Eugenio. *Juventud veinteañera*. (De una novela inédita), en *Babel*. Revista de Arte y Crítica, N° 28, Santiago de Chile, julio - agosto de 1945.



LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO FUE POSIBLE GRACIAS AL APOYO DEL
CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA

Más Afuera
© Eugenio González
© LOM Ediciones

Segunda edición, junio 1997
Primera edición, 1930

Motivo de la cubierta: detalle de *La Merienda*, de Henri Matisse,
óleo sobre tela, verano de 1904.

Registro de Propiedad Intelectual N° 1.471
ISBN 956-282-027-0

Diseño, Composición, Diagramación e Impresión
LOM Ediciones
Maturana 9 - 13 Santiago
Fonos: 672 22 36 • 672 73 43 • 671 56 12
Fax: 673 09 15

Impreso en Chile

del realismo social que despunta en los años 30. El centro de su atención se dirige no a los procesos de cambio social sino a los hombres que los impulsan y padecen. González se ocupa principalmente de las existencias individuales, con todas sus imperfecciones y aún con sus perversiones. Introduce prematuramente el tema de la angustia. No hace ninguna concesión a los finales felices en los que se divisa al menos alguna esperanza de redención para los humillados y ofendidos. Muestra un desencanto básico y cierto escepticismo en algunos de los modos consagrados de construcción de la utopía: "Los soñadores de la revolución, puestos en el torbellino de los hechos, habían calculado mal la potencia humana de las masas que pretendían dirigir. Las habían considerado como entidades abstractas, colmadas de virtudes absolutas, con las cuales es posible trazar de antemano, como quien resuelve un problema matemático de fuerzas, la dirección de los acontecimientos, el sentido inmediato del porvenir. Pero las masas eran humanas, susceptibles tanto de la pasión como del desaliento..." apunta González en este párrafo de su novela *Hombres*, del año 1935, que bien podría haber sido escrita en la actualidad.

Ha llegado, por lo tanto, el momento de releer con atención a Eugenio González, y de descubrir su calidad de adelantado.

El autor nació en Santiago, en 1903. El año 20 inicia sus estudios en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1922 fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes, FECh, que entonces era uno de los actores más importantes de la transformación política que se estaba produciendo en el país.

Juan Gómez Millas calificaba a González como "un anarquista constructivo". Por esos años, el anarquismo ejercía una influencia poderosa en los movimientos obrero y estudiantil. Se leía a Malatesta, Bakunin y Kropotkin, y a los narradores rusos Tolstoi, Gorki y Andreiev. El mismo González, en el fragmento citado de la novela que destruyó escribe: "...al otro lado del mar, en los campos de Europa, seguía el estruendo de la catástrofe; pero en medio de las hecatombes, había surgido un terrible resplandor. La Autocracia Zarista había caído y en su lugar, después del vacilante interregno de la República Burguesa, se había instalado la Dictadura

Proletaria. Todos los pueblos del mundo miraban hacia la estepa rusa de donde venían las consignas del Nuevo Evangelio... ¿Iría a brotar del espanto bélico la vida verdadera?".

Ricardo Latcham recuerda: "Tomé contacto con González, que era vecino mío de barrio, en Providencia, allí por 1923. Desde entonces vestía de negro, con un luto correcto y cuidadoso, que lo singularizaba entre sus compañeros, donde abundaban los desgreñados y los melenudos... En compañía del futuro catedrático caminaba largamente por la avenida Providencia, que entonces era apacible y provinciana. Me parecía, en ese tiempo, un contemplativo que meditaba bastante y desmenuzaba la realidad con tranquilo gesto. Su intervención en las ruidosas asambleas estudiantiles contrastaba con el desmelenamiento oratorio de otros estudiantes y con la vociferación de los líderes proletarios".³

El detalle de la correcta indumentaria negra llamó la atención de varios de sus contemporáneos. José Santos González Vera anota que Eugenio González, "Permanecía fiel a su paso tranquilo, a su voz grave y a su traje negro. Perseguido por la dictadura de Ibáñez debió ocultarse en una mina. Supe que soportó bien la humedad, el frío y el hambre, pero se le notaba irascible porque en su fuga debió ponerse unos pantalones de montar color caqui. Sentíase con éstos absolutamente deshonorado".⁴

Junto con otros escritores y amigos, González formó el grupo Índice, que publicó la revista del mismo nombre y organizó exposiciones, cursos y conferencias para remover el estancado y desértico ambiente cultural santiaguino.

En 1932, aparece entre los fundadores de la Acción Revolucionaria Socialista. En junio del mismo año, luego del derrocamiento del presidente Juan Esteban Montero, Marmaduke Grove instala la inestable y breve República Socialista. En ella González ocupa el Ministerio de Educación. Más tarde, en abril de 1933, junto con Grove, Eugenio Matte, Oscar Schnake y Salvador Allende, funda del Partido Socialista de Chile, de cuya Secretaría General se hará cargo en 1948. En 1949, llega al Senado de la República.

³ Latcham, Ricardo. "Algo sobre Eugenio González", en *Crónica Literaria*, La Nación, 25 de agosto de 1963.

⁴ González Vera, José Santos. Cuando era muchacho.

Paralelamente a sus actividades política y literaria, González venía desarrollando su carrera de educador. En 1928 obtiene su título en el Instituto Pedagógico. Al año siguiente se lo nombra en un cargo docente en el Internado Nacional Barros Arana, y en 1931 llega a ser profesor del mismo Instituto que lo había formado.

En 1939 viaja a Venezuela, con la misión pedagógica encabezada por Juan Gómez Millas, para reorganizar el sistema educativo de ese país, donde permanece hasta 1941. Más tarde volverá a asesorar al ministro de Educación venezolano.

González desarrolló, además, una labor de primera importancia en la administración académica superior de la Universidad de Chile. En 1957 asumió como director del Instituto Pedagógico, luego pasa a ser decano de la Facultad de Filosofía y Educación, y en 1963 sucede a Juan Gómez Millas en la Rectoría de la Universidad de Chile, donde permanece hasta 1968.

Su último cargo público fue el de presidente del Consejo Nacional de Televisión, que ejerció durante el gobierno de Salvador Allende.⁵

Eugenio González falleció el 28 de agosto de 1976. Desapareció, así, uno de los últimos hombres que encarnaron el tipo del sabio humanista que, a la manera de Andrés Bello, utilizaron su rigurosa formación clásica, su vasta cultura y su firme temple moral en la política, la docencia, la gestión educacional y la creación literaria.

Sus atuendos invariablemente oscuros, eran como el reflejo exterior de su sobriedad y su mesura. Hasta sus adversarios políticos reconocieron su pureza moral, su ponderación, serenidad y dedicación al servicio público.

Hay un rasgo de Eugenio González que aparece más claramente en su literatura que en las otras facetas de su vida. Esta es su visión desencantada del mundo y de la naturaleza humana, y su actitud escéptica frente a las posibilidades de progreso de la historia. Ambos desencantos se resuelven en el pesimismo, la abulia o la angustia en que viven muchos de sus personajes.

⁵ Una información completa y documentada sobre la biografía de Eugenio González y su actuación en los campos de la política, la literatura y la educación, puede encontrarse en el ensayo *Eugenio González, tres veces maestro*, del profesor Fernando Sánchez. Ediciones de la Gran Logia de Chile, Santiago, 1996.

Más Afuera muestra el mundo cerrado en que se estancan y descomponen los destinos de un grupo de hombres, todos ellos delincuentes, reclusos en aquella isla, convertida en colonia penal: "Cachincoa, El Chinito, Ciruja, todos, todos estaban en una actitud de espera, deseosos de lo que no tenían, descontentos de cada día que pasaba empujado por el viento del invierno... Los enfermos —tuberculosos, sifilíticos— agonizaban en los camastros, desmenuzando la trama inútil del recuerdo y del suelo. A veces alguien, uno cualquiera, se moría. Y eso que sucede en el mundo a cada instante y en lo cual nadie repara, allá se revestía de un inquietante misterio que apretaba los corazones y los sumergía en una perplejidad dolorosa".

Hay una admirable sobriedad en el estilo con que se relatan hasta los aspectos más sórdidos de la vida de los reclusos, en los que no están ausentes el crimen ni los actos sexuales más aberrantes, las violaciones sodomitas y las prácticas zoofílicas.

Alone apunta que "las costumbres oratorias de Eugenio González, que, según dicen, le daban éxitos cuando presidía la Federación Estudiantil, no intervienen para nada en la prosa del novelista, que es del mejor gustos".⁶

Por su parte, Fernando Santiván, elogió "la invariable serenidad que emplea el autor en el relato". Aún cuando él mismo estuvo, por razones políticas, preso en ese penal, no emite "una palabra de queja, ni un gesto que indique la indignación, la protesta, el descontento con su suerte. Ni siquiera aparece en su libro un tipo que pudiera ser la encarnación del autor. Se dijera que estas páginas han sido escritas por un ser extraterreno que se hubiera limitado a narrar lo que en un tiempo vio al pasearse invisible por entre los penados en *Más Afuera*".

"Eugenio González no hace comentarios" —apunta más adelante Santiván—. Impasible, se limita a anotar escrupulosamente los hechos cotidianos que, sin duda, le tocó presenciar. La única manifestación de los sentimientos del autor se encuentra en la descripción de la naturaleza.⁷

Alone coincide en que "la naturaleza, las rocas, la

⁶ Alone, artículo citado.

⁷ Santiván, Fernando. "Más Afuera", en diario *El Sur*, Concepción, 12 de abril de 1931.

noche, el mar, se hacen presentes como el coro de la tragedia antigua... el tumbo de las olas se deja oír y penetra sobrecogiendo los corazones con su estrépito monótono”.⁸

En efecto, el océano, la niebla y a veces también la lluvia, aparecen como elementos persistentes, infinitos que cierran en torno de la colonia un aislamiento que sólo es horadado transitoriamente por la llegada del barco que abastece a la isla. El oleaje, además, va puntuando el transcurso de un tiempo que se reitera a sí mismo, hasta hacerse eterno: “Nada cambiaba: el horizonte permanecía mudo y desierto, arrebuado en nubarrones lívidos y, a veces, en los días de sol, teñido de colores brillantes. Las olas, con una insistencia enloquecedora, golpeaban los arrecifes donde se posaban los pájaros marinos. Los hombres repetían las acciones de siempre en la pequeña planicie estéril. Y el sueño de las noches convulsas y lluviosas, en que el viento del mar hace crujir los tabiques, era cruzado por deseos imposibles”.

Más Afuera es una novela fundadora de muchas tradiciones de nuestra narrativa. Entre ellas, la de la literatura carcelaria en Chile. Encontramos aquí una de las primeras obras que muestra una galería de delincuentes con sus historias de vida, sus circunstancias y sus presentes de seres atrapados, aislados, suspendidos en el tiempo. Está El Chute, hijo de una prostituta, guapo de los antros porteños, ahora moribundo, consumido por la tuberculosis. Cuida su agonía Camañiñi, tal vez el único que conserva ciertos sentimientos de lealtad y simpatía humanas. El Tuerto y Quiquirihuevo, viven y mueren unidos por una amistad que se ha convertido en odio. En el maestro Endeiza residen los sórdidos manejos del poder, fundados en la intriga, el cálculo y la mentira. El Perpetuo es el tonto inocente, bruto, casi animal, y en fin, suma y sigue el despliegue de hombres que habitan en ese improbable espacio sitiado por el océano, hombres que son incapaces de darle un sentido trascendente a su soledad y que por eso pelean con ella. Se pasan días y noches convocando a los fantasmas pertenecientes a esa otra vida que llevaban allá en el continente. Para achicar el tedio organizan una patética velada artística. Para Santiván, “bajo esa ridícula farsa hay tantos anhelos infantiles, tanto

⁸ Alone, artículo citado.

sufrimiento acallado, que conmueve como si viéramos a un grupo de niños imitar las procacidades de los grandes”.⁹

Raúl Silva-Castro subraya el carácter testimonial y autobiográfico de la novela, al indicar que “la identidad de algunos confinados queda apenas encubierta por ligeras deformaciones de sus nombres”. Luego señala: “Entre los relatos pintorescos y trágicos de la vida hispanoamericana, no pocas veces convulsa por errores políticos mayúsculos, ha de ocupar su sitio Más Afuera”.¹⁰

Es curiosa esta tensión que se produce en Eugenio González, entre una vida llena de realizaciones positivas y la actitud pesimista, casi nihilista que se advierte en su obra, principalmente en la más política de sus novelas, Hombres.

Nos detendremos en esta obra que es clave en la narrativa de carácter social en Chile.

Como lo indica Ricardo Latcham, Hombres describe “los movimientos de masas, las huelgas y los actos de terrorismo que hubo en Chile, entre 1932 y 1938”. La acción se centra en una huelga de los obreros del calzado, que inicialmente recibe el apoyo de otros sindicatos, pero que poco a poco se va debilitando hasta concluir en una derrota total. Como indica Latcham, hay “un clima de fracaso y desencanto en la pintura de tipos revolucionarios desengañados de su propio esfuerzo, mientras ven desmoronarse sus esperanzas y sus ambiciones”.¹¹

La obra examina algunos de los problemas endémicos de la izquierda: la fragmentación y las divisiones internas, la infiltración de los grupos de vanguardia por los organismos de seguridad, y la veleidad de ciertos sectores de militantes.

Es recomendable leer esta novela escrita hace ya 62 años. Desde la perspectiva actual se advierte la lucidez del autor que es capaz de ver tanto el heroísmo y la pureza, como las claudicaciones y miserias de un proyecto revolucionario.

Hombres cuenta las peripecias de un grupo de anarquistas en que se dan los tipos humanos más diversos, impulsados también por motivaciones muy distintas. Ahí está

⁹ Santiván, Fernando. artículo citado.

¹⁰ Silva-Castro, Raúl, “El tema de la angustia en Eugenio González”, en Cuadernos Americanos, año XVIII, Vol. CVII, N° 6, México, noviembre - diciembre de 1959.

¹¹ Latcham, Ricardo. artículo citado.

Gómez, quien “por su edad y su noble espíritu... era considerado entre los anarquistas como una especie de patriarca a quien se recurría en el momento de las grandes resoluciones”. En el otro extremo, aparece Zapata, a quien el mismo Gómez considera incapaz de ver en el movimiento revolucionario otra cosa que una fórmula para satisfacer la energía vindicativa de que esté poseído: “Sueñan en la destrucción de lo que odian pero no van más allá. Buscan la acción por la acción. La violencia les parece un fin y van por la vida deseosos de acometer”.

Entre el reflexivo y el impulsivo está el solapado Rosenberg, el delator, que es el único que al final saldrá triunfante.

Particularmente crítica es la visión que tiene González de los estudiantes e intelectuales que adhieren al anarquismo, impelidos por confusas rebeldías adolescentes o estéticas. En la novela aparecen tres de estos tipos: Liborio, que por su cobardía concluye pagando las culpas del delator; Marín, que luego de su aventura revolucionaria vuelve al seno de su familia burguesa, y Leonardo Vargas, el más interesante y complejo de todos, que termina por suicidarse.

La transición de Vargas, desde el fervor revolucionario al desaliento, es uno de los procesos mejor trabajados en esta novela: “El contacto con la masa, las discusiones con los dirigentes, la monotonía de las ideas que se exponen en las asambleas, le causaban ahora una repugnancia a la que no podía sobreponerse. Siempre lo mismo, exactamente lo mismo. Y sin esperanzas... ¿es que la esperanza humana tiene alguna vez sentido en medio del sucederse fatal de los hechos en el terrible conflicto que es la vida? Las formas intelectuales del deseo —las que se expresan en las grandes palabras conmovedoras: libertad, justicia— no tienen nada que ver con el destino de los seres y las cosas... Todos los fines que puede proponerse la voluntad son deformados, cuando se logran, por las circunstancias contradictorias de la vida... La vida conforme a un plan, el futuro modelado de acuerdo con la razón, el rígido idealismo de la doctrina, absurdos del orgullo humano, cuando no fantasías de una impotencia desesperada”.

Hay una escena en que se reúne un grupo de

estudiantes, formado por dos católicos, un nazi, un comunista y un ácrata. El vino, la comida y luego el deseo diluyen transitoriamente sus diferencias ideológicas. Allí están operando las porfiadas y contradictorias circunstancias de la vida, de las que habla González. Vargas, el anarquista, pregunta: “¿Qué significan el comunismo, el nazismo y todos los ismos que dividen a los hombres ante el esplendor de la vida, de las mujeres hermosas y ávidas de goce, del claro sol?”.

El nazi le da la razón: “Lo único importante es vivir, vivir plenamente —proclama—. Estamos al comienzo de un nuevo paganismo”.

Eugenio González pareció adivinar, allí en los años 30, esta corriente de hedonismo pagano y mercantil que hoy si no ha arrasado, sí ha dejado en suspenso a las ideologías.

Pero Vargas se queda fuera del nuevo paganismo. La farra tiene para él un tristísimo final. Excluido de la lucha revolucionaria y de las corrientes caóticas del placer, expulsado de los proyectos de futuro y también del goce inmediato del presente, no encuentra otra salida que volver contra sí mismo el revolver que guardaba para la lucha armada.

En el personaje de Leonardo Vargas se insinúa el tema de la angustia, del profundo dolor de vivir, que González desarrollará magistralmente en su última novela, Noche, donde el fracaso colectivo de Hombres, se desplaza al plano individual, subjetivo, íntimo. Esta obra cuenta la historia de Alfredo, un personaje provinciano que se consume en sus propios celos y sucumbe en el delirio, el insomnio y la desesperanza.

“Lo que llama la atención en este libro, de modo preferente, es el vasto repertorio de los motivos de tristeza y de congoja que se presentan al protagonista para atenazar su conciencia” —escribe Raúl Silva-Castro¹². El mismo crítico advierte que Sartre y Eugenio González son contemporáneos, pero que sus obras se plasman en forma paralela. Aunque es probable que el escritor chileno haya conocido tempranamente la obra de Sartre, no recoge en Noche un eco del existencialismo europeo, sino “la impresión directa de ciertas

¹² Silva-Castro, Raúl, artículo citado.

psicologías desviadas hacia el pesimismo y la desorientación que suelen darse con relativa frecuencia en las sociedades hispanoamericanas".¹³

Confiamos en que esta primera reedición de *Más Afuera*, la primera novela de Eugenio González, ayude al redescubrimiento de un autor cuya obra, aunque breve, está entre lo mejor ha producido nuestra narrativa y aporta, además de valores literarios, un examen lúcido de ciertas tendencias de la realidad que han venido a manifestarse en nuestros días.

Darío Oses

I

Altos cerros de rojiza lava estratificada parecían prontos a derrumbarse sobre las casuchas, tan insignificantes, agazapadas en la desolación de un mundo roqueño, áspero, taciturno. Divisábanse, en el fondo, hendiduras sombrías, oquedades donde medraban raquíuticos arbustos, pendientes rápidas, cubiertas de un pasto blanquecino. Y, encima de todo, una aglomeración de nubes pardas, pesadas, que se deslizaban por las escarpaduras como atraídas por el mar.

Circundando la costa —acantilados y rocas— el cinturón inquieto de la marejada: un continuo hervir de espumas albas del cual emergían, a veces, negros arrecifes solitarios. El grave ruido incesante del oleaje se adentraba en la quebrada por donde venía un sonoro torrente que engrosaban las tenaces lluvias de invierno, a mezclar sus aguas turbias con el océano inmenso. Casi siempre azotaba la isla un viento rudo que hacía temblar las débiles viviendas de los confinados.

El caserío era pequeño y disperso.

Próximo a las rompientes donde las mareas se deshacen, se alza un pabellón alargado y chato, hecho de calamina. Alguien lo había pintado de rojo, pero el tiempo y la humedad fueron, poco a poco, tornándolo gris, color de moho, de hastío. Ahí vivían los confinados por delitos comunes: rateros, matones, vagabundos, una población pintoresca y

¹³ Silva-Castro, Raúl, artículo citado.

haraposa, arrancada, un día cualquiera, del suburbio nocturno. Cada uno tenía una historia, una historia sucia.

A la izquierda, casi en la falda del empinado cerro, había un amontonamiento de casas pequeñas y un amplio galpón. Eran las bodegas, los dormitorios y la cocina de la guarnición, algunos talleres improvisados de carpintería y zapatería. Más hacia el centro, de cara a la lejanía, se levantaba la casucha blanca de la Tenencia. Dos puentes minúsculos tendidos sobre el torrente que venía del interior, ponían en comunicación la sección de los comunes con la parte alta donde se hallaba la Panadería y la casa del oficial.

Todas las mañanas, temprano, una campana sonaba prolongadamente y los hombres salían, semidesnudos, a lavarse en el agua de la quebrada. El caserío cobraba animación. Hacia el cielo indiferente empezaba a subir el humo azul que indica la presencia humana. Después del desayuno, salían los confinados, distribuidos en equipos, a buscar leña para las cocinas. Como los depósitos de árboles secos se iban agotando, había que ir a buscar cada vez más lejos. A mediodía regresaban los hombres, fatigados y sudorosos, con los haces sobre las espaldas.

Mientras tanto acá, en el campamento, los panaderos cumplían su diaria tarea y los cocineros de turno preparaban el almuerzo. A mediodía, sonaba otra vez la campana y todos se iban a los comedores. Terminado el almuerzo, cada quien se dedicaba a sí mismo. Si la lluvia —y esto era lo más frecuente en aquella época, estación de invierno— obligaba a permanecer en el pabellón, los confinados zurcían sus ropas, conversaban para no dormir o jugaban interminables partidas de brisca con unos naipes en los cuales la mugre casi no permitía distinguir las figuras.

Cuando el tiempo lo consentía, se bañaban en el mar, se dedicaban a la pesca, y salían de excursión por las quebradas. Otros permanecían frente a la cuadra, formando esos corrillos indolentes que es posible ver en cualquiera calle atravesada del arrabal: iguales rostros demacrados, idénticos

andrajos, el mismo abandono perezoso. Así, toda la tarde: lenta, tediosa, abrumadora. Y en seguida, otra vez la noche, y las canciones de Endeiza y de Bartolo, y las partidas de brisca, y las charlas deshilvanadas sobre las cosas de siempre. Y, a las nueve en punto, nuevamente la campana de la Tenencia llamando ahora al silencio, a la quietud. Un encogimiento de hombros, un bostezo y a dormir.

Un día más...

II

Desde los rincones, algunos faroles de parafina pretendían, en vano, ahuyentar a la sombra que penetraba, junto con el frío, por invisibles ranuras que nadie hubiera podido tapar. Los hombres dormían: de los oscuros montones de andrajos, alineados en dos filas a lo largo de la cuadra, subía el rumor sordo y acompasado de las respiraciones.

Afuera, el mundo era una masa negra, gimiente.

Pasaba el viento, despertando ecos quejumbrosos en las hondonadas; extrañas voces desgarraban la densa tiniebla nocturna; venía rodando, desde muy lejos, la tormenta, y el océano, agitado por su eterna locura misteriosa, rompía contra los solitarios acantilados su ronco oleaje.

De vez en cuando, se escuchaba en la cuadra una tos seca, silbante. Algunos hombres, interrumpidos en su sueño, ocultaban la cabeza bajo las mantas, gruñendo vagas protestas, y los ratones que pululaban entre los durmientes huían a cobijarse, atemorizados, en sus covachas.

“El Chute” se incorporaba, sacudido por angustiosos espasmos: durante algunos instantes, su rostro lívido, enmarcado por una barba rojiza y unos cabellos lacios y largos como hilachas, se destacaba en la amarillenta penumbra. Luego, todo volvía a quedar como antes: el silencio extendía nuevamente sus aguas medrosas sobre las almas, los ratones recomenzaban sus exploraciones entre los camastros y,

afuera, como algo lejano y fantástico, seguía vibrando la armonía innumerable del viento, el océano y la noche.

Febril, insomne, “El Chute” esperaba el nuevo día que sería, sin embargo, igual a todos los días anteriores. Revueltas imágenes asaltaban su pobre pensamiento desamparado en medio de la oscuridad y del infinito. El no conocía otra cosa profunda que el anhelo de su corazón: sanar y ser libre, llevar la vida de antes en las ciudades ya casi borradas de la memoria de tanto recordarlas.

Lenta, muy lentamente se iba el tiempo, la noche aciaga.

Pensaba “El Chute” en su existencia diseminada en aventuras cotidianas con la despreocupación del hombre sin amarras que rueda cuesta abajo, empujado por un designio sombrío. El había recorrido muchas tierras y había gustado muchos placeres. Rostros de mujeres, episodios de reyertas, puertos exóticos, noches de cárcel, todo lo vivido y dejado atrás volvía, en marejadas de fiebre, a morder su recuerdo agudizado por la soledad.

Una noche sin estrellas envolvía la isla maldita, bajo la luz indecisa y parda de los faroles se hacinaban la miseria, el vicio y la angustia; pero los ojos de “El Chute”, abiertos en la sombra de su rincón, miraban otro mundo, distante en el espacio y el tiempo y, acaso, más real que las cosas cercanas.

Arreciaba, en tanto, el empuje del hosco viento: al estrellarse contra los cerros, producía ruidos sobrecogedores que se desplomaban pesadamente sobre el caserío. Empezó a llover y la oscuridad se pobló de rumores inaprehensibles, melancólicos. La techumbre de la cuadra y los tabiques crujían como si el huracán fuera a arrancarlas.

La tos de “El Chute” volvió a oírse, desgarrante, interminable, fastidiosa.

—Muérete luego, Chute, para que dejes dormir— rezongó el “Ñato Japón”, que tenía su cama a la derecha del enfermo. Ya me tienes cabreado con tu maldita tos.

Al otro lado, resonó la voz tartamudeante de Camañiñi:

—Cállate, Ñato bruto, no seas hereje, que si no cuando “El Chute” se muera vendrá a penarte todas las noches.

—Yo no... “El Chute” quiso responder algo, pero un violento golpe de tos quebró sus palabras. Hipaba, se estremecía; sus manos huesosas, esqueléticas, apretujaban el borde de la sucia manta contra la boca. Un sudor viscoso le corría por el rostro. Forcejeaba contra la enfermedad, con los ojos desorbitados por una angustia de náufrago.

Los accesos fueron haciéndose más débiles cada vez. Al cabo de algunos instantes pudo hablar:

—Yo no me voy a morir de ésta. Te equivocas, Camañiñi... Es el invierno el que me achuncha. Todavía tenemos que pasar juntos buenos ratos en el Continente. A ti, Ñato, te llevaré donde unas amigas que tengo en el Puerto para que sepas lo que son mujeres...

—No pienses en esas cosas que dan fiebre, Chute— aconsejó, paternal, Camañiñi. ¿Para qué sufres afanándote por lo que está lejos? Mejórate para que estés como se pide cuando nos vengán a buscar. Yo creo que va a ser luego. Me tinca por algo que oí en la Tenencia.

Camañiñi estimaba sinceramente al Chute. Había llegado a intimar con él a causa, tal vez, de la similitud de sus destinos. A menudo andaban juntos y se contaban sus andanzas por los puertos del Pacífico donde los dos habían “trabajado”. Camañiñi, sobre todo, tenía mucho que contar, pues había ejercido los más disímiles oficios: mozo de hotel, vendedor de periódicos en Panamá, cocinero de barcos mercantes, rufián, contrabandista y muchos otros de parecido linaje. Hablaba de vagas riquezas obtenidas en Bolivia y ocultadas por allá, durante una fuga repentina, en circunstancias que él, por una característica afición a lo misterioso, se complacía en rodear de una atmósfera de leyenda. Al referirse a este asunto, —y lo hacía en cuanto encontraba un oyente— empleaba frases nebulosas y relataba episodios peregrinos que dejaban perplejos a sus interlocutores, sombríamente supersticiosos.

—... me fui huyendo, entonces, con el dinero y las joyas por unos atajos de la sierra, hasta llegar a una casa abandonada a varias leguas del ferrocarril. Nadie se atreve a aproximarse a ese sitio desde que una familia entera murió de peste sin que ningún cristiano fuera en su ayuda. Las ánimas penan en la noche. Yo llegué al atardecer, escondí mi tesoro en lugar seguro y huí rápidamente porque sentí ruidos y pasos misteriosos en las piezas. Ahí está mi riqueza, niños, guardada por las ánimas, mejor que en un banco.

—Eso parece cuento, Camañiñi, solía decirle el propio Chute, su más íntimo amigo.

El lo miraba con ironía compasiva, sobándose cachazudamente la barba rala:

—Deja no más. Ya verás cuando sea rico, muy rico. Entonces tocarás una buena parte de mi tesoro oculto, porque te estimo, Chute, y te estimo porque eres igualito a mí en tus gustos. Y porque tienes pana para hacer tus cosas.

Y así era. Los dos amaban los complicados azares de la delincuencia, las mujeres de encrucijada arrabalera, las juergas en que todo se olvida apurando las copas llenas de licor. El pasado común los unía con lazos más firmes e íntimos que los de la sangre, y eran hermanos, además, en el deseo de aquello que, ahora, estaba lejos.

Se habían conocido en una época de bonanza.

Juntos habían despilfarrado en bares y prostíbulos treinta mil pesos, producto de un “trabajo” feliz realizado por “El Chute” abordo de un vapor de la P. S. N. C. ¡Qué buen golpe aquél! Con razón Joaquín Contreras, llamado “El Chute”—apodo que le pusieron sus compañeros por su atildamiento en el vestir y ciertas referencias de su padre, hijo mayor de la familia a la que su madre, cuando joven, sirvió de costurera— hacía impacientarse a las policías de la costa del Pacífico, a las que conseguía burlar en robos cuantiosos y audaces, porque tenía la mano segura, el ojo avizor y el ánimo sereno ante lo inesperado.

El “Ñato Japón”, de nuevo dormido, roncaba ruidosamente.

—¿Te acuerdas, Camañiñi, de esa mulata que conocimos en Guayaquil? ¡Qué cuerpá más brutal!

—No te preocupes de eso. Ya volveremos al Continente y entonces...

Camañiñi terminó la frase con un gesto cínico.

Por los intersticios de las maderas y por los vidrios rotos que daban al mar, penetraba una claridad grisácea, lenta, como entumecida. Más pobre y sucia que nunca se ofrecía la cuadra a la luz plomiza y desvalida del amanecer.

El rostro terroso del Chute, con los pómulos salientes y la nariz afilada, parecía el de un moribundo. El frío húmedo que dejaba tras de sí la noche fugitiva lo hizo cobijarse bajo las mantas, tiritando. Camañiñi se sentó en su camastro y encendió un cigarrillo. Pronto darían el toque de levantada y habría que dejar el lecho duro, pero tibio, para recomenzar los trabajos de la jornada, los hechos repetidos hasta la desesperación por aquellos hombres sin mañana.

Una lluvia gruesa seguía golpeando la techumbre de calamina. Los nervios del Chute, afinados por la enfermedad, vibraban tensos. El silencio del alba y esa inquietud de espera que late en su dormida frialdad le producían una rabia inexplicable, una agitación sorda. Hubiera querido morir, pero pensaba en la vida.

Clara, largamente, sonó la campana de la Tenencia.

Atontados por el sueño, los hombres empezaron a vestirse, perezosos, de mal humor. Sólo “El Chute” permanecía inmóvil, amarrado por el abatimiento. Alguien, al salir, dejó abierta la puerta y una racha impetuosa, venida del mar sacudió la atmósfera nauseabunda de la cuadra y esparció un aroma fresco, salobre.

El día regresaba envuelto en una niebla torva.

A través de la ancha ventana, se divisaba, recortado duramente sobre el fondo gris de la lluvia y el cielo, el perfil sinuoso de los cerros próximos. “El Chute” intentó levantarse,

pero le sobrevino un golpe de tos que le hizo crujir el pecho. No pudo. Se sentía muy débil. Sin saber por qué una lejana escena acudió a su memoria. El era niño y estaba enfermo, una lámpara de blanca pantalla alumbraba el cuarto, una mujer estaba a su lado, lo acariciaba... ¿Cuándo pasó todo eso? ¿Dónde estaba la mujer de negros ojos que brillaban tiernamente a la luz de la lámpara? Llovía, como ahora, en la calle del suburbio...

Aquel día "El Chute" no pudo levantarse; ya no se levantó más. Permanecía en la cuadra, echado en su jergón, tosiendo como si quisiera expeler las entrañas. No obstante, él pensaba que su enfermedad tenía cura; hacía proyectos para los días de sol y libertad que presentía próximos. La vida se le presentaba llena de promesas y él la amaba con un amor intenso y hondo que lo hacía fuerte para soportar la soledad, la monotonía, el desaliento.

La vida verdadera estaba lejos. Lo que le rodeaba le parecía una ilusión desagradable, algo que iba a desvanecerse de improviso para dar paso a las mujeres llamadas en las noches de solitario y ardiente deseo, a los alegres amigos que saben reír de la mala suerte y beber sin fatiga, a las sorpresas de la aventura que hace vibrar jubilosamente los nervios y llena los bolsillos de billetes.

Pero iba de mal en peor. Al poco tiempo quedó convertido en un esqueleto de piel amarillosa trasudada. Para evitar el contagio, hubo que trasladarlo a un cuartucho aislado, hecho con adobes y planchas de zinc. Camañiñi consiguió permiso para cuidarlo y ahí se pasaban los largos días, conversando, a ratos, del pasado. Camañiñi tenía para su amigo enfermo una paciencia paternal. Cuando lo veía decaído o malhumorado le contaba aquellas interminables y enredadas historietas que eran su fuerte, y se sentía feliz si lograba interesarlo.

El Chute se había puesto sentimental. Una vez Camañiñi lo sorprendió llorando:

—¡Bah!, estás como las guaguas, Chute. —¡Quién lo

creyera! ¡Joaquín Contreras haciendo "pucheros!"— le dijo, jovial, para levantarle el ánimo.

—Y no dejaba de parecerle absurdo, en realidad, que su amigo, el hombre temido por la policía, se pusiera tan blando de corazón como una chiquilla.

—Es que me acordaba de cuando era chico— contestó, justificándose, "El Chute".

Y le contó algo de su vida. Tenía buena memoria y se acordaba de episodios lejanos. Cuando niño, vivía con su madre en una cité, y dormía en un rincón de la pieza, acunado por el traqueteo de la máquina de coser. Siempre que despertaba, en la alta noche, divisaba a su madre inclinada sobre la labor, junto a una lámpara de parafina. Trabajaba mucho, hasta que la cogió una enfermedad. Pasaron días de hambre. La madre en cama, postrada, y él, chico, sin saber qué hacer.

Fue entonces —lo recordaba muy bien— cuando lo mandó con una carta a casa de su padre, un "palo grueso", que vivía en la Avenida República. Entregó la carta a un mozo y espero todo achunchado, en un vestíbulo. Al rato volvía el empleado y le dijo en tono seco que el caballero andaba en Europa y que no volviera más.

—Es diplomático ¿sabías tú?— Casi siempre está en Europa.

Aquella noche su madre había llorado mucho. Aún se acordaba: permaneció con la cabeza hundida en la almohada, sollozando. Él tenía deseos de comer, pero no se atrevía a decirle nada. Aunque no comprendía bien lo que pasaba en ella, presentía que un dolor muy grande retorció su alma. Hubiera querido acariciarla, consolarla de alguna manera. Y no sabía cómo empezar...

Al anochecer del día siguiente, su madre vistió la ropa dominguera, se acicaló con cuidado y salió. Volvió tarde y le traía dulces. Desde entonces, salió todas las noches.

—Yo no debiera contarte estas cosas— murmuró, pensativo, "El Chute". —Pero quiero desahogarme contigo que eres mi amigo.

—Qué hacerle, Chute, así es la vida. La suerte de los pobres...— comentó, tartamudeando, Camañini.

Después de un momento de silencio, “El Chute” continuó su relato.

Luego habían empezado a venir hombres, a buscarla, por las tardes. A él le daban plata y lo mandaban a jugar a la calle. Una vez que regresó de improviso a la pieza, encontró a su madre semidesnuda, sentada en las faldas de un caballero viejo. Lo castigó, furiosa, y él empezó a sentir, por ella, una especie de odio. No entendía lo que pasaba. Durante varias noches, tuvo sueños en los que apareció su madre abrazándose con el caballero viejo. Y él, armado de un palo lo golpeaba despiadadamente.

Camañini parecía abstraído. Miraba hacia fuera con una fijeza obstinada.

—¿Me escuchas?— interrogó “El Chute”.

—Sí, cuenta no más— contestó el tartamudo.

Eso no había sido nada en comparación con lo que tuvo que presenciar más tarde: escenas de orgía, de lujuria, de violencia. Vino a vivir con ellos una amiga de su madre. Ambas recibían muchos visitantes. Frecuentemente se armaban en la pieza ruidosas remoliendas. Pronto el vecindario protestó y tuvieron que irse a un departamento de la calle Camilo Henríquez. El, mientras tanto, crecía y se daba cuenta de la vida.

Una tarde abochornada y amodorrante de diciembre, Rosa, la amiga de su madre, lo inició, sobre un sofá, en los misterios del sexo. Aquello lo transformó. Tenía doce años y el alma turbia. Se creyó hombre, no quiso ir más a la escuela, insultó a su madre, y, por último, como las dos mujeres terminaron por disgustarse, se fue a vivir con la Rosa, en una calidad ambigua de amante y sirviente. Su lozanía de muchacho buenmozo exasperaba la fatigada sensualidad de la prostituta. Conoció de golpe las aberraciones del vicio.

Desde entonces no había vuelto a ver a su madre. Creció en la holgazanería miserable del hampa, rodando por

cantinas, prostíbulos y filarmónicas. Aprendió de sus amistades nocturnas las mañas del robo. Corrió mundo en busca del dinero que hace grata la vida. Y en medio de su azaroso vagar, su escaso sentimiento filial se embotó en un egoísmo duro que cada golpe de adversidad hizo más implacable. Alguien, muchos años más tarde, le dijo que su madre estaba en un lupanar de Valparaíso, como sirviente. Que envejecía...

—Y sólo aquí, Camañini, al verme enfermo, he empezado a acordarme de ella. La veo a cada momento como aquella noche en que lloraba con la cara hundida en la almohada. Y me dan deseos de encontrarla, de tenerla a mi lado. Le pediría perdón por haberla olvidado. Nada me importa lo que ella ha sido. A ella tampoco le importaría nada lo que yo soy. Si ella viniera, estoy seguro de que me mejoraría.

Se hizo un silencio, un largo silencio.

—¿Sabes si está viva?— interrogó Camañini.

—No sé...

Y hundió la barbilla en el pecho, pensativo, entristecido. Cosas del pasado lejano acudían a su memoria: la pieza de la cité, la ventana con visillos azules, el viejo sofá en que viera por primera vez a su madre con un extraño. ¿Qué sería de ella? Si no había muerto, estaría achacosa, inútil, fea. Trataba de imaginársela así, pero siempre la veía joven, con el pelo negro levantado en un moño gracioso y los ojos grandes, sonrientes.

Rachas venidas del mar penetraban a través de los intersticios de los tabiques y, con las primeras sombras vespertinas, una tristeza quieta se extendía sobre la isla. Allá, en la distancia brumosa, se divisaba un palpitar de luz muriente. La cama del Chute estaba ya sumida en la tiniebla y la figura de Camañini apenas se insinuaba, recortada en la pobre claridad de la ventana.

III

Sonaba la campana del almuerzo y “los comunes” comenzaban a agruparse alrededor de los humeantes fondos de comida, con sus escudillas de lata, esperando sus raciones. El trabajo de la mañana había sido duro y estaban con hambre. Olor a andrajos se desprendía de aquella tropa pintoresca y ávida, semejante a la que se amontona en las puertas de los conventos y los cuarteles en demanda de las sobras.

Los cocineros de turno —Ciruja y Juan Antonio— fueron sirviendo, rápidos, a cada uno, mientras otros dos confinados les entregaban el pan reglamentario. Los hombres se atropellaban, impacientes. Un acre hedor de cocinería pobre, mezclado a las emanaciones de los desperdicios y al vaho de una letrina próxima, infectaba aquella parte del campamento defendida del viento Sur por altas paredes de roca.

Diseminados en pequeños grupos, los confinados engullían, taciturnos, su pitanza. Otras veces estaban alegres a esta hora: se oían carcajadas groseras, bromas picantes; pero aquella mañana de fines de Junio aparecían preocupados por uno de esos sucesos que adquieren en la vida de los presidios un áspero relieve. La monotonía del tiempo que se arrastraba hacia la eternidad como un río cansado, sin que en él se reflejara otra cosa que una realidad estúpida y vulgar, vióse quebrantada de pronto por un hecho inusitado: la noche anterior, tres hombres habían intentado fugarse, hacerse a la mar en el único bote de la isla.

Apenas habría alcanzado la frágil embarcación a alejarse algunas cuadras de la costa. Sin víveres, sin agua, sin brújula, ayudados por unos remos precarios, la ruta de aquellos aventureros terminaba rectamente en la eternidad. Desde un comienzo, el océano les fue demasiado hostil; burló sus esfuerzos para vencer el oleaje inquieto de la marea; quebró sus remos en una arremetida que los estrelló en los arrecifes; y termino por arrojarlos, desesperados y exhaustos, entre las rocas del desembarcadero.

Era imposible partir.

Furiosos, entonces, por su mala suerte los hombres habían destruido el bote, golpeándolo con grandes rocas y arrojándolo, luego, sin lastre, sobre las densas olas para que éstas lo estrellaran, de nuevo, contra las filudas escolleras. Pero el bote había sido pintado por Endeiza el día anterior y huellas rojas quedaron en las ropas de los culpables. Un registro en la cuadra y todo fue fácilmente descubierto. Ciertas manchas en la chaqueta delataron al Coletto, un muchachón que trabajaba en la Panadería; otras en una manta, pusieron en evidencia a Rodríguez, también panadero; el tercero era Garrapata, el encargado de las ovejas.

—Los tienen en el calabozo— comentaba en un corrillo Don López, un anciano retaco, de cara ancha y barba blanca, que tenía un curioso parecido con Marx Nordeau. Parece que les liga azotes...

Los demás asintieron, graves. Las opiniones de Don López eran generalmente acatadas. Había sido tinterillo en Valparaíso y por su habilidad leguleyesca, sus años y sus barbas disfrutaba de un serio ascendiente entre los confinados a muchos de los cuales había sacado de apuros más de una vez, en trances difíciles con las autoridades judiciales. Había permanecido, además, largos años en la cárcel por complicidad en robos y estafas, por “cuentista” y jurero falso, y como era hombre de cierta ilustración y exmiembro de una Asamblea Radical, se refería a sus condenas con un volteriano circunloquio: “Cuando estuve en el convento de la calle Sama, entregado a ejercicios espirituales...”. Sus compañeros no entendían la figura, pero se reían.

—Y lo peor es que Rodríguez y El Coletto son regüenos muchachos apuntó Camañiñi, moviendo tristemente su cabezota cubierta por un gorro de pieles de cabro.

—¡Qué le vamos a hacer! El que juega puede perder y, entonces, tiene que pagar— dijo Don López, encogiéndose de hombros, fatalista.

Después del almuerzo, los carabineros recorrieron los pabellones, notificando a los hombres de que debían reunirse frente a la Tenencia. Allá se dirigieron los confinados en grupos lentos. Cada uno, pensaba en lo que iba a suceder y hubiera sido difícil precisar si era la simple y primitiva curiosidad o un oscuro sentimiento de piedad fraterna, lo que inquietaba a aquellos espíritus enigmáticos. Dos de los que aparecían comprometidos eran queridos por sus compañeros. Rodríguez siempre estaba dispuesto a prestar un servicio, cualquiera que fuese. El Coletto alegraba los corrillos con inagotables cuentos pornográficos. Sólo Garrapata era mal mirado por su gesto arisco y su empaque de matón. Había sido “perro bravo” en un lenocinio de Antofagasta.

A una orden de los carabineros, la gente se formó en dos filas, de espaldas al mar.

Todos permanecían serios; se cambiaban impresiones en voz baja. Algunas risas intempestivas que se dejaron oír en ciertos grupos atrajeron sobre los importunos duras miradas de censura. Las dos filas se mantenían en un silencio de inquietud, anhelantes. Había rostros jóvenes, imberbes, desfigurados por los vicios precoces, y rostros de hombres maduros en el delito, pálidos y aviesos, y rostros de ancianos en los cuales la albura de las canas semejava un sarcasmo de pureza. Y todos se parecían como hermanos porque la herencia de la miseria, las adversidades de la aventura y las noches trágicas del hampa, les había impreso, desde niños, sus rasgos fatales.

La puerta de la pequeña casa blanca se abrió dando paso al teniente. Avanzó con calma. Traía bajo el brazo su acostumbrado bastón de luma. Fumaba, al parecer preocupado. Dio una orden y cuatro carabineros fueron en busca de los detenidos. Cuando aparecieron, todas las miradas se volvieron hacia ellos con una indefinible expresión, de conmisericordia tal vez. Venían exteriormente tranquilos. Su aspecto era el de siempre: despreocupado, perezoso.

Con voz seca, cortante, que fue subiendo poco a poco

de tono hasta llegar casi al grito, el oficial se dirigió a los confinados. Dijo que esos hombres habían destruido un elemento necesario para el abastecimiento de la población, que un acto de tal naturaleza denotaba incorregible perversidad, y que él disponía que sufrieran pena de azotes en castigo de su falta y como ejemplo para los que pretendieran romper la disciplina del penal.

—¡Tanto boche por un bote de lata! — murmuró entre dientes Camañiñi.

—No decía yo.. . — comentó Don López.

—... Rodríguez. El Coletto y Garrapata sufrirán, pues, cincuenta azotes. Y pobres de aquellos que, en lo sucesivo hagan canalladas como ésta. Seré duro. ¡Implacable!— terminó el teniente, dando, como remate de su discurso, un recio golpe en el suelo con su bastón de luma.

Rodríguez pidió, entonces, permiso para hablar y le fue concedido.

Ni yo, ni mis compañeros —comenzó diciendo, en forma serena y con palabras que denotaban cierta educación— tenemos miedo al castigo, pero queremos que se sepa la verdad. No hemos pensado en hacer daño a los demás. Estamos aburridos aquí, desesperados. Y, aunque parezca locura, acordamos hacernos a la mar en ese maldito bote. Tal vez no habríamos alcanzado a alejarnos una milla sin naufragar, pero todo es preferible a permanecer aquí, quizás hasta cuándo. No pudimos echar el bote al agua por la marea. Y nos dio rabia. Lo destruimos como a un enemigo.

Calló Rodríguez y se quedó mirando al suelo, abstraído, indiferente a lo que iba a suceder.

El teniente vacilaba.

Transcurrieron unos instantes cargado de incertidumbre. Fuerzas contradictorias chocaban en el silencio. Nadie se movía como si se temiera que el más leve ruido humano pudiera desvanecer el efecto de las tranquilas y amargas palabras de Rodríguez, alejando del corazón del oficial las buenas disposiciones que se insinuaban en sus ojos. Pero éste se

rehizo, miró a los hombres que lo miraban, pensó acaso que la autoridad cuando retrocede corre el peligro de perderse. Había que seguir adelante, con rudeza. Con ceguera.

—Cúmplase la orden, sargento —dijo—. Y se quedó impasible.

A una indicación del sargento, Rodríguez se desnudó de cintura arriba, extendió en el suelo con parsimoniosa lentitud su manta de Castilla, y se echó de bruces, apoyando la cabeza entre los brazos cruzados. La piel de la espalda blanqueaba sobre el negro de la manta. Doscientos ojos miraban esa mancha con obstinada fijeza.

Cuando el dragoneante Ulloa se acercó con el látigo, hubo un estremecimiento en las filas de confinados. Pensaban en la huella roja que marcarían los azotes en la espalda del mocetón, en si gritaría como había gritado Ciriaco Vergara, algún tiempo atrás, cuando le aplicaron la misma pena por haber querido violar al chico Montoya en la quebrada de "Las Vacas". Estoy seguro de que no gritará —se dijo el lobero Iriarte que era su amigo íntimo y lo conocía muy bien. Y clavó su mirada en el carabinero que levantaba el brazo armado del terrible instrumento. Una cantidad de imágenes dispersas se mezclaron en su visión: por la falda del cerro, una manada de cabros— móviles puntos negros en la grisácea desolación roqueña se alejaba en rápida carrera; un "blindado" trazaba círculos en el aire dormido, buscando su presa; al extremo de la fila, El Tuerto apretaba los puños, como si quisiera acometer.

Y el brazo, alargado por el látigo, descendía...

Se oyó un chasquido seco. Después otro. Y otros... Verdugones rojizos cruzaron la piel desnuda, formando una especie de jeroglífico sanguinolento. El cuerpo tendido en tierra se encogía a cada golpe, se retorció. Ni un gemido salió de los labios del hombre. Con razón tenía Rodríguez fama de "panudo". Los latigazos eran lentos y fuertes. Oíanse siniestramente en todo el campamento. Con su semblante plácido de todos los días, el sargento los contaba:

—Once, doce, trece, catorce...

La sangre comenzó a deslizarse por la espalda de Rodríguez; sin embargo, soportó los cincuenta recios golpes. Luego, como atontado, se levantó pestañeando, y se puso la camisa que, casi inmediatamente, se tiñó de púrpura. La arrancó con rabia y se alejó semidesnudo hacia el calabozo. Empezaba a caer una fina garúa que hizo sobre sus carnes laceradas el efecto de una caricia. Le roía una desesperación sorda. Hubiera querido tenderse en un renunciamiento de todo, morir. La soledad del mar entristeció aún más su corazón sin esperanza.

Después le tocó el turno al Coletto, muchacho de unos dieciocho años, flaco, moreno, de rostro demacrado y cubierto de espinillas. Era amigote del dragoneante y los golpes fueron para él menos enérgicos. No obstante, desde los primeros, lanzó ayes desgarradores. A los veinte azotes se desmayó. Hubo que conducirlo al calabozo donde, merced a unos baldes de agua fría, recobró el conocimiento. Lloraba y se quejaba como un niño.

El Garrapata, en cambio, a semejanza de Rodríguez, apenas se estremeció cuando el látigo castigó su espalda bronceada en la que dos anchas cicatrices pálidas recordaban una antigua pendencia de arrabal. Al décimo golpe se quedó totalmente inmóvil. Cesaron los fugitivos temblores que recorrían su cuerpo. Esta actitud irritó al dragoneante, quien se puso a golpearlo con toda su alma, queriendo vencer una inmutabilidad que le parecía una burla a su competencia. Pero el Garrapata continuaba inmóvil. Entonces, hizo como que fallaba el golpe y el látigo, en vez de abatirse sobre la espalda, cayó sobre la oreja del penado, azotando al mismo tiempo la mejilla izquierda y parte de la nuca. El hombre tampoco se movió. Ni se quejó.

Extrañado, el sargento, que estaba cerca, ordenó suspender el castigo y se inclinó sobre él. Su respiración era débil. Estaba muy pálido. Debió acometerlo un síncope al comienzo de la azotaina. La sangre que goteaba de su oreja

herida, rodaba, espesa, por la mejilla, se sumía en la barba negra y caía, en gotas espaciadas, sobre la tierra. Igual que al Coleto, lo llevaron al calabozo y le arrojaron agua fría hasta que recobró los sentidos.

Los grupos se dispersaron en silencio.

Pronto se reanudaron los trabajos habituales y el día siguió su curso monótono.

De bruces en el suelo húmedo, los tres hombres, en el calabozo, no pensaban en nada. Casi no sentían el dolor de sus carnes torturadas. Una pesada modorra los dominaba y un comienzo de fiebre sembraba de absurdas figuras su imaginación. De la herrería vecina al calabozo, llegaba una metálica sinfonía de yunques y martillos. Escuchábanse pedazos de conversaciones, gritos de personas que se llamaban, rumores de trabajo.

Y, envolviéndolo todo, como un sudario de música, la canción lenta y profunda del océano.

IV

Alguien dio en la puerta unos golpes tímidos, medrosos.

—¡Adelante!— dijo el teniente.

La puerta se abrió y una ráfaga recorrió la habitación, apagando la vela que la alumbraba. Mientras encendía el fósforo, el oficial miraba al hombre cuya silueta se recortaba en el vano, sobre el fondo lívido del cielo.

—¿Quién eres? ¿Endeiza?— preguntó.

—El mismo, mi teniente— respondió la voz melosa y arrastrada de Endeiza, el carpintero.

Nuevamente encendida, la vela iluminó el rostro de un hombre joven, alto, de pelo crespo partido al medio. Pestañeaba, revolviendo la mirada entre la pequeña mesa cubierta de revistas y la cara del teniente, alargada en una actitud de pregunta.

—¿Y qué se te ofrece?

—Nada, mi teniente. Vengo a decirle que en el camino

que va a “Las Vacas”, cerca del embarcadero, hay un hombre en el suelo. Parece muerto. Nadie quería venir a avisar por miedo a meterse en un lío. Yo, mi teniente —agregó, con la servil obsequiosidad que lo caracterizaba— he creído mi deber...

—¿Y quién es el muerto?— le interrumpió, ceñudo, el oficial.

—No sé, mi teniente. La noche está muy oscura. No le vi la cara.

—Acompáñame— ordenó el oficial. Y arropándose en su poncho, se hundió, precedido de Endeiza, en la sombra densa y dormida que anegaba el campamento. Como un báculo, la luz de la linterna iba tactando el camino.

—Por aquí, mi teniente— guiaba, solícito, Endeiza, cuyos ojos acostumbrados a las acechanzas nocturnas perforaban las tinieblas. Cuidado con el hoyo. Aquí está el puente...

Llegaron a la cuadra de “los comunes”. Varios bultos se movían en las puertas.

—Buenas noches, mi teniente— dijeron algunas voces, casi apagadas por el rumoroso caer de la lluvia.

El teniente y Endeiza siguieron adelante. La noche los envolvía como algo tangible y espeso que era necesario horadar a cada paso. Iban inclinados, en actitud de acometer, buscando con pies inseguros el camino, tropezando. Un gemido sordo, aplastante, apenas amortiguado por la lluvia y el viento, venía desde los cuatro horizontes: era el aliento poderoso del mar que henchía la noche infinita.

Al borde del sendero, junto a una roca, encontraron un cuerpo, de espalda. Alumbraron, primero, unas botas marineras; luego, unos pantalones blancos, con remiendos oscuros; en seguida, un paletó plomo.

Endeiza se inclinó para ver la cara.

—Es el Patas de Seda— murmuró.— Un golpe de viento arrebató sus palabras y las desmenuzó en la oscuridad.

—Parece muerto desde hace rato— comentó el

teniente, tocándole una mano yerta. Se arrodilló junto al yacente y comenzó a examinarlo. Al descubrirle el pecho, distinguió en la zona del corazón una ancha herida. Un gran coágulo impedía el fluir de la sangre.

Mientras tanto, unos cuantos hombres, se habían aproximado, cautelosamente, y al alzar la: luz, el teniente se encontró rodeado por un cerco de caras atezadas y torvas. Estaba solo, sin más arma que el bastón de luma que siempre lo acompañaba. Rápidas, cruzaron por su mente inquietantes interrogaciones. ¿Qué pensarían esos hombres? ¿Qué sombríos impulsos arderían en tanto corazón despiadado? Dejó de percibir los ruidos de la lluvia, el aletazo del viento, la canción de la marea: sólo sentía en torno suyo un inmenso silencio y la presencia de aquellos seres inmóviles.

Tuvo miedo...

—El Patas de Seda está muerto— dijo, volviéndose hacia ellos—. Y una ira violenta lo sacudió de súbito. Desapareció el conmovido temor que helara sus entrañas, en un hervor de impulsos agresivos. Miró a los confinados y apretó los dientes.

—Uds. saben quién fue y tendrán que decírmelo. Uds. canallas— gritó con voz ronca que se enredaba en la cólera. Y con el bastón de luma comenzó a repartir golpes en la oscuridad. Los hombres huyeron atropelladamente en dirección al campamento. Uno llevaba la cabeza rota; otro, un hombro descompuesto. La luz de la linterna, enfocaba por el obsequioso Endeiza, los persiguió hasta el recodo del sendero.

Los dos carabineros de guardia en el caserío se acercaban a la carrera.

—Ud. Alvarez, —ordenó el teniente— diga al sargento que venga con dos hombres a llevarse este cadáver. Y Ud. acompáñeme, dragoneante Ulloa.

El grupo se dirigió hacia la cuadra cuyas luces brillaban mortecinas a través de la lluvia.

Cuando aparecieron en la puerta, cesaron, como por

encanto, las conversaciones. Casi todos siguieron jugando a las cartas o fumando con aire de indiferencia; pero, el silencio estaba denso de inquietud. Oíase, a intervalos, el extraño y melancólico ulular de las ráfagas que se adentraban en la quebrada y el estruendo majestuoso del oleaje que se precipitaba sobre la isla agazapada en las tinieblas del océano.

—¡Fórmense en una fila!

Lentos y taciturnos, los confinados obedecieron, y de uno a otro extremo de la cuadra se extendió la fila, entre las dos hileras de camastros. La trémula claridad de los faroles mezclada al humo espeso de los cigarros, formaba una especie de niebla amarillenta, a través de la cual las cosas y los seres cobraban una apariencia fantástica, indescriptible, un tanto siniestra. Era una atmósfera de sueño. Todo parecía a la vez próximo y remoto.

—Dé un paso al frente el que mató al Patas de Seda. ¡Qué sea hombre!

Las palabras del teniente sacudieron la inmóvil expectación de todos, vibraron unos segundos en el aire nauseabundo, y se perdieron por fin, secamente, en la hondura de un silencio trágico. Algunas cabezas se inclinaron con pesadumbre. Otras, se irguieron provocativas y afectadas como expresando que nada tenían que temer. Pasó un minuto. Dos. La inquietud se alargaba, iba a romperse..

Nadie salía al frente.

El teniente, tomó entonces, la linterna, y avanzó lentamente enfocando los rostros. Caía el chorro dorado sobre los ojos, los párpados se juntaban presurosos, las caras se agrietaban en muecas de disgusto. La luz inquiridora se detuvo en Ciruja. El mocetón arrugó las cejas y miró al soslayo, irritado.

—Tú, al frente!

Y siguió la brillante mariposa jugueteando a lo largo de la harapienta tropa hasta que descansó en Cachincoa. Pudo verse una faz chata, innoble, unas cejas pobladísimas bajo las cuales se movían, de un lado para otro, dos fugitivos ojos

retintos; y luego unos bigotes presuntuosamente retorcidos sobre una boca cínica.

—Tú, al frentel

El teniente continuó avanzando. Al llegar al Aguilucho se detuvo otra vez y alzó la luz. Era el Aguilucho un hombre muy alto y extraordinariamente flaco. Una cicatriz rojiza cruzaba su carrillo izquierdo y daba a la expresión de su cara una ambigüedad de burla y rencor.

—Tú, al frente también. Y, dirigiéndose a todos agregó.

—Si antes de dos horas no sé quien mató al Patas de Seda haré responsables a estos tres hombres. Y como hombre que soy, les aseguro que los “doy vuelta” esta misma noche. Llévenlos al calabozo.

Dos de los carabineros que montaban guardia a la puerta del pabellón cumplieron inmediatamente la orden.

Los confinados parecían sumergidos en un anonadamiento estúpido. Una emoción confusa arrasaba los pensamientos unánimes, los desvanecía en una impresión de asombro, de miedo, de desaliento.

—Yo fui, mi teniente.

Con la vista baja, un hombre se aproximó al oficial que ya se dirigía a la puerta. Al volverse, quedó frente a Elías, uno de los muchachones que pastoreaban las ovejas en las avaras vertientes del cerro. Tenía un aire de vencimiento más opaco que nunca en su capote verdoso; con la mugrienta gorra entre las manos indecisas, esperando un destino que se le venía encima, inevitable.

El oficial lo contempló callado, largo rato.

En torno de ellos se condensaba el temor expectante de los demás y el deseo de que aquella escena, violenta en su mutismo, terminara de alguna manera y la noche fuera como todas las noches. Semejaba la cuadra, azotada por los vientos del mar, un barco en viaje de pesadilla, hacia el peligro de una costa desconocida. Los reflejos que resbalaban sobre los rostros contraídos temblaban, también, como siguiendo el ritmo de un destino inseguro.

La voz del teniente aflojó la tensión, casi dolorosa, del ambiente.

Sígueme— dijo a Elías.

El muchacho pareció no oír, pues se quedó en el mismo sitio, con la mirada abatida, los brazos caídos. Un carabiniere se acercó a él y lo empujó hacia afuera, hacia la noche.

El teniente caminaba adelante, de prisa, bajo la lluvia que arreciaba.

Como un sonámbulo Elías llegó a la Tenencia. Su alma era un haz de imágenes dispersas, de impulsos sin objetivo. Experimentaba la sensación de encontrarse perdido en un lugar lejano, después de un sueño de angustia. La realidad circundante —lluvia, viento, tiniebla— resbalaba por sus sentidos embotados como el agua por los riscos de la quebrada.

No vino a reaccionar hasta que la claridad de la pieza golpeó sus pupilas atónitas. Miró a su alrededor con indiferencia soñolienta. Sobre la mesa, la vela vacilaba, alargando por las paredes blanqueadas la sombra del escaso mobiliario.

El oficial se despojó de su manta con aire tranquilo. Su rabia había desaparecido como vino: de súbito. Sentándose en una silla, dijo a Elías que lo contemplaba con recelo.

—Acércate. No tengas miedo. Tienes que decirme la verdad, porque, de lo contrario, mañana “te doy vuelta”.

El muchacho no respondió

—¿Oíste?

—Sí, mi teniente.

—Habla, entonces.

Y Elías comenzó a hablar con vacilantes frases que se esforzaban por detener la inasible expresión íntima que —lo presentía— hubiera podido torcer el curso de su desgracia. Pugnaba por justificar su acción, con toda su pobre esperanza acurrucada en el hueco de aquel minuto, para él, terrible, definitivo.

Sí, él había muerto al Patas de Seda, pero no “a la mala” sino peleando, de hombre a hombre. Fue el estallido

irrefrenable de un odio acumulado en lo hondo del alma, a lo largo de los días monótonos que se precipitan oscuramente en el pasado. Estaba aburrido. El Patas de Seda lo mortificaba cada vez que podía. Y aquella noche se había portado peor que nunca. Él, furioso, lo había acometido a puñetazos, pero el otro era el más fuerte y de un solo golpe lo tendió en el suelo. Los amigos tuvieron que intervenir para evitar que le siguiera pegando. Una vez repuesto, lo había desafiado a pelear. Y allá fueron, él con un cuchillo que le prestó Iriarte, El Patas de Seda con su navaja de afeitar. Como la noche era tan oscura, apenas distinguía la camisa de su adversario, moviéndose frente a él. Ambos saltaban, a ciegas casi, para evitarse. Sus armas tajeaban el vacío.

—Ni me di cuenta como le acerté el chuzazo. Al verlo caer, arranqué, con los compañeros. Así pasó la cosa. Se lo juro por Dios, mi teniente.

El oficial permaneció ensimismado.

—¿Y qué va a hacer conmigo, ahora?— preguntó el muchacho, después de unos instantes, levantando los ojos cargados de una tenebrosa y desvalida ansiedad.

No obtuvo respuesta. Sin mirarlo, el oficial se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al entreabirla, penetró el inmenso y revuelto clamor de la noche castigada por el huracán. Elías pensó que llamaría a los guardias y que, pronto, demasiado pronto, sucedería algo horrible a lo cual no podría escapar de ningún modo. Sintióse infinitivamente desamparado, solo ante la inminencia de un misterio angustiador que avanzaba a su encuentro.

—Perdóneme, mi teniente— murmuró, acercándose al oficial que trataba de localizar, entre la sombra y la lluvia, los bultos de los carabineros que rondaban por el campamento. Perdóneme. Yo he tenido buena conducta. El Patas de Seda era muy malo. Quería matarlo a Ud. Una tarde, hace poco, se lo dijo a un compañero; pero éste, por miedo, no quiso venir a avisarle...

El teniente sin hacer caso de estas últimas palabras delatoras que Elías lanzaba como un anzuelo a su gratitud, más que a su piedad, continuó mirando hacia afuera. Se aproximaba un rumor de pasos, de armas.

—¡Sargentoooo...!

Al oír el llamado, se estremeció Elías. El presentimiento de la irreparable sanción que se acercaba recorrió fríamente sus nervios. Ahí venían los soldados; sentía sus pasos en el corazón. Y todo se derrumbaba en su interior: la indiferencia ante las cosas, la fuerza del ánimo, el orgullo de su hombría. Sólo quedaba un simple, pero dominador anhelo de vivir. Irrumpía en él un horror pueril. Y fue un niño el que cayó de rodillas y se abrazó a las botas del oficial, gimiendo, suplicando...

—No me mate, mi teniente, mi tenientito lindo. Hágalo por lo que más quiera. No me mate...

Y se arrastraba, se arrastraba. Como un perro.

Un sentimiento, casi asfixiante, de piedad crispó el corazón del teniente. Había un hombre a sus pies; un destino dependía de su voluntad. La congoja del misterio lo envolvía por todas partes, la soledad acribillada de lluvia era más triste que nunca, y venía un lamento tan hondo desde el océano donde se cruzan los caminos y los designios como en nuestra vida...

—Levántate, hombre, no te va a pasar nada. No tengas miedo.

El sargento estaba ya en la puerta con dos carabineros.

Elías continuaba arrodillado, gimiendo, hecho un guiñapo de ansiedad y angustia.

—Ay, mi teniente, perdóneme.

—Sí, te digo. No seas imbécil. Te vas a ir al calabozo. En el próximo barco te mandaré a Valparaíso. Allá te arreglarán las cuentas.

—¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague! repetía el cuitado. Y le besaba las rodillas como si fuera un ser milagroso que lo librara de una fatalidad sombría.

Los carabineros lo llevaron al calabozo. Iba como renovado. No sentía la mordedura de la ventisca ni la frialdad del aguacero. La noche desgarrada y negra, el cielo encrespado de nubarrones amenazadores, la deprimente desolación del mundo, tenían para él una subyugadora belleza. Amaba su vida recobrada, la certidumbre de su suerte. En Valparaíso —pensaba— será otra cosa. No recordaba al Patas de Seda.

Mientras tanto, en la cuadra, los corrillos de confinados hilvanaban toda clase de comentarios trágicos alrededor de la posible solución del asunto.

—Yo creo que “lo dan vuelta”. Quizás esta misma noche— opinaba El Lengua.

—Yo vi que dos carabineros iban hacia Toltén. Es seguro que a preparar el terreno decía El Felpa.

—¡Pobre Elías! —lamentaban casi todos.

Cuando entró Iriarte y les comunicó la decisión del teniente que él supo de labios del propio sargento, la cuadra entera vibró de alegría. Empezaron a sonar largas carcajadas de alivio después de la dura tensión de inquietud. Aquella gente ruda y cruel recuperaba el tono habitual de su vida, ajena a las complicaciones del sentimiento y a la tortura de la conciencia. Eran delincuentes serios para quienes un muerto más o menos tenía poca y efímera importancia.

—Cantemos, niños, hay que alegrarse— gritaba Camañiñi, de pie sobre la cama, agitando como aspas los flacos brazos.

La cuadra se llenaba de gritos, de exclamaciones, de risas. Los que estaban acostados se levantaron para incorporarse al júbilo común: La existencia había recobrado su cauce y esa noche volvía a ser como todas las noches. Era, pues, preciso cantar, echar fuera el alborozo del alma. Si hubieran tenido alcohol se habrían embriagado hasta quedar tendidos; pero en la isla sólo disponían del canto.

Y, elevando la voz sobre los distintos rumores que poblaban el pabellón, Bartolo comenzó a cantar, ayudado por

las rítmicas palmadas de sus compañeros, la vieja tonada de los presidios:

Me cayera remuerto
me condenara, me condenara...
Me cayera remuerto,
resucitara, resucitara...

Junto a unos rimeros de pieles de cabros; en un cuartucho vecino, el cuerpo del Patas de Seda esperaba el retorno a la tierra.



Por el ventanuco obstruido con gruesos barrotes, entraba la perezosa claridad de un crepúsculo interminable. Rachas glaciales que venían de lejanas regiones sacudían, hasta doblarlo, el viejo eucalipto que arraigaba en la empinada ladera del cerro cuyo comienzo se divisaba desde el calabozo.

Elías dormitaba. Hacía quince días que estaba encerrado sin otra compañía que la de los ratones grises que entraban y salían por los orificios de las paredes. El aburrimiento lo abrumaba y, en lo íntimo de su conciencia, creía ser víctima de una injusticia. En realidad, lo que hizo no merecía tanto rigor. Un hombre más o menos, y sobre todo un hombre como El Patas de Seda, no tenía ninguna importancia. Además, él lo había muerto frente a frente.

La carrera furtiva de un ratón lo hizo abrir los párpados y sus pensamientos se desvanecieron en una bruma de inconciencia. Le dolía el cuerpo, los huesos, de tanto estar echado sobre el suelo duro y algo húmedo.

Una mueca de fastidio contrajo su boca ancha, circundada de un bozo incipiente y ralo. Pensó que a esa hora mejor estaría en la cuadra, jugando a las cartas con sus compañeros de grupo. Todavía guardaba, escondidos en lugar seguro, algunos cigarrillos para las apuestas.

Durante un rato, permaneció sin saber qué hacer, contemplando el pedazo de cielo anubarrado que enmarcaba el ventanuco; luego, se incorporó trabajosamente y apoyó la cara en los barrotes.

Un mundo desolado, yermo, envuelto en nieblas inmóviles, se extendía hasta los límites oscuros del horizonte. Sobre una roca, se divisaba un bulto indeciso: parecía Camañiñi. Un poco más lejos, en el estrecho sendero que lleva a Toltén, dos hombres fumaban. Grandes y espumosas olas grises golpeaban los arrecifes.

Sobre el mar se cernía un presagio de tormenta.

Si alguien pudiera venir a verme — pensaba Elías— esto no sería tan molesto. Pero estar condenado a conversar con los ratones, es demasiado. Ni siquiera puedo hablar con Moreno cuando me trae la comida, porque siempre ha de venir el carabinero de guardia. ¿Para qué tanto cuidado? No sé por dónde podría escaparme.

Y lo que más le irritaba era la eterna visión del mar: odiaba con toda su alma aquella inmensidad movible y solitaria que le producía, sin saber por qué, una congoja extraña. Hubiera querido cerrar sus sentidos a la presencia del océano; se agazapaba en un rincón del calabozo y se tapaba los oídos; pero el ronco rumor de la resaca lo perseguía, acuciaba su sensibilidad y ejercía sobre él una especie de atracción que lo empujaba al ventanuco y lo mantenía horas enteras, con la frente apoyada en los barrotes, contemplando la indecisa lejanía.

Aquella tarde el mar estaba agitado y las fuertes ráfagas empujaban, por el cielo, densos nubarrones. El caserío se recogía en la tristeza de siempre; el único ruido que indicaba, en él, la presencia humana era el que producía Endeiza, de vez en cuando, al martillar los clavos.

¿Qué haría yo si me quedara, de improviso, enteramente solo en esta isla?— se dijo Elías.

Una onda de miedo recorrió sus nervios al imaginarse en medio de la noche negra, azotado por el tempestuoso

viento, lejos de toda ayuda posible. Y por una misteriosa asociación de ideas recordó la figura entera del Patas de Seda, mirándolo con los ojos dilatados por un asombro trágico.

Tembló nuevamente y, por darse ánimos, murmuró levantándose el cuello del paletó:

—Hace frío. Me voy a helar esta noche...

Pero el muerto estaba ahí, en el fondo revuelto de su memoria. Lo veía como la víspera de la pelea, cuando conversaban en la pieza del Chute. Estaba sentado en el umbral de la puerta y mientras hablaba hacía correr su mano derecha a lo largo del muslo, con un rítmico movimiento inconsciente. Por un bolsillo de su chaleco de lana ploma, asomaba el borde de una cajetilla de cigarrillos.

Trató Elías de desembarazarse de las imágenes que lo asediaban, examinando con atención los detalles de la perspectiva que tenía ante sus ojos. Fue inútil: algo invencible, una fuerza poderosa lo empujaba hacia el recuerdo de los sucesos pasados. El Patas de Seda se le aparecía a la vuelta de cada pensamiento.

Aburrido, molesto consigo mismo, se retiró a un rincón y se tendió en la manta que le servía de cama. Quería dormir, olvidar. Tampoco el sueño vino en su auxilio: aunque juntaba los párpados y procuraba evadirse de sí mismo, sentía la realidad de las cosas y las inquietudes de su alma con una claridad de vigilia invencible.

Ahora revivía, uno a uno, con una lentitud minuciosa, no exenta de extraña voluptuosidad, los minutos que precedieron a la pelea, las palabras que se cruzaron entre ellos, las actitudes de los amigos y, por último, el chocar de los cuchillos y la caída del Patas de Seda sobre el barro del embarcadero.

—¡Hijuna, bien merecido se lo tuvo!— dijo entre dientes, como dando respuesta a una secreta duda de su conciencia. Lo único que siento es no haberlo hecho antes...

Iba oscureciéndose la atmósfera y arreciaba el viento del Sur. La sombra avanzaba, cautelosa, sin que pudiera

decirse que venía del horizonte, ni del cielo, ni de la hondonada: más bien parecía surgir del mismo corazón del día muriente y difundirse por el mundo con una lenta melancolía. Con ella se esparcía una quietud rumorosa.

Elías se paseaba por el estrecho cuarto con las entrañas mordidas por un temor imprecisable. Para distraerse contaba los pasos: Uno, dos, tres, hacia el frente. Uno, dos, hacia el costado... Pronto se cansó de este entretenimiento y volvió a asomarse a la ventana; ya era, sobre los cerros y el caserío, la noche completa. En el mar, flotaba todavía una débil claridad. Rugía con más fuerza el viento. Un trémulo ulular se prolongaba por el tajo sombrío de la quebrada. La espuma de la resaca hervía entre los arrecifes cercanos.

—Lo del Patas de Seda ya no tiene remedio— pensaba Elías, mirando las nubes negruzcas que se enredaban en las escarpaduras de los cerros. Es una idiotez que me preocupe de eso. Allá en el puerto me meterán a la cárcel por unos años. Y nada más. En todo caso, es preferible la cárcel a esta isla.

La pieza era un pozo de sombra.

Al volver la cabeza, Elías experimentó un sobresalto. Creyó percibir, en los rincones, la presencia de seres invisibles, amenazadores. Las más tétricas leyendas oídas a Camañiñi acudieron a su imaginación excitada.

—No, yo estoy solo aquí dijo en voz alta, tratando de afirmar de esta manera su ánimo que vacilaba. Sin embargo, escrutaba obstinadamente los rincones. No se atrevía a moverse por el temor a tropezar con algo extraño, inesperado y maligno. Sus pensamientos se dispersaban por rutas arbitrarias. De repente, se iban hacia la infancia y los cuentos escuchados al calor del brasero en un rancho sureño; luego se fijaban, como atraídos por una fuerza irresistible, en el cadáver del Patas de Seda, con el echo abierto, tendido bajo la lluvia.

Camañiñi asegura que las ánimas penan. ¿Y si eso fuera cierto? Por ahí andaría el Patas de Seda, rondando a

su alrededor, esperando el momento de la venganza. Quizás ahora lo estaría acechando con sus frías pupilas de espectro, desde algún rincón. Tendiendo hacia él sus manos descarnadas...

De pronto, allá abajo, en los comedores, sonó el rasguear de una guitarra. El silencio que oprimía el alma del muchachón se deshizo. La música que llegaba, despedazada por las incesantes ráfagas, fue para él como una compañía.

Poco a poco se fue tranquilizando. Apoyado en los barrotes procuraba coger los ritmos que venían de lejos y las palabras de una canción alguien empezó a cantar.

—Debe ser Endeiza— se dijo. Y se figuró el cuadro cotidiano: los hombres amontonados bajo la luz de los chonchones, en torno al mulato que hacía posturas en la guitarra y cantaba tonadas entornando los ojos.

Después, cesó la música y se hizo en el campamento una calma pesada, interrumpida a ratos, por los embates hoscos del viento. Luego sonaría la campana de silencio y todos se entregarían al sueño. Sólo él quedaría despierto, revolviéndose en la tinieblas poblada de ratones y de fantasmas.

El miedo lo cogió de nuevo entre sus redes viscosas. En ellas se debatía el mísero, como un chiquillo abandonado, conteniendo los deseos de gritar, de llamar a alguien. Hubiera sido feliz con una luz. Pero todo era sombra, densa y fría sombra...

Acurrucado en el suelo, con las rodillas tocando la barba, se tapaba los oídos, queriendo escapar a los rumores furtivos que venían de los rincones. Y era inútil porque su sensibilidad afiebrada percibía contactos medrosos y ruidos inlocalizables que hacían encogerse su corazón.

—¡Ay, mi madre, hasta cuándo durara esto!, murmuró, desesperado.

Trató de representarse lo que le sucedería a su vuelta al Continente. El barco no tardaría en llegar. Ya los víveres — se lo había dicho Moreno— comenzaban a escasear. Por un

instante se sintió en viaje y le pareció escuchar el ronco oleaje estrellándose contra los flancos del barco y el rumor de la hélice sonando de día y de noche.

De afuera, llegaba, en realidad, el fragor de un ventarrón agresivo, mezclado con el ruido del torrente y el lejano cantar de la marea. Apretando los párpados, Elías, podía seguir su viaje de sueño. El cuartucho era tenebroso y maloliente como una sentina.

Pero el miedo lo tenía cogido y no lo dejó escapar. Abrió los ojos y se incorporó sobresaltado cuando una ráfaga penetró por el ventanuco, silbando entre los barrotes. Y le pareció que el Patas de Seda estaba muy cerca, tan cerca que estirando la mano podía sentir su invisible presencia.

Un ratón atravesó la pieza en rápida carrera.

Elías dio un grito.

Largo rato permaneció encogido, inmóvil, sin atreverse casi a respirar. Tenía la certeza de que en torno de su cuerpo se iba estrechando un círculo misterioso que terminaría por ahogarlo. Un poder inexorable lo perseguía, lo asediaba; tregua, sin piedad.

Con grandes precauciones, como si un enemigo lo espiara, se levantó y, afirmándose en el muro, se acercó al ventanuco.

Hacia el lado del campamento se distinguía, brillando débilmente en la tiniebla espesa, una luz quieta. Hacia el lado del cerro y del mar, todo se confundía en una masa negra, infinita.

La luz atrajo su vista por algunos minutos. Era tan débil que daba una impresión de irrealidad. Una tristeza profunda sobrecogía el ánimo al contemplarla —tan lejana, tan pequeña— flotando en el inmenso océano inmóvil de la sombra. Sólo él y aquella luz existían; pero, en él, seguía viviendo el Patas de Seda y en el vacío circundante vagaba el miedo.

Y como tantas otras noches, ahí se quedó, tiritando, indiferente al cansancio, hasta que empezó a subir por el horizonte la parda marea del alba.

La vida exterior seguía el curso tranquilo de siempre, pero una atmósfera fría rodeaba las almas y las apartaba de sus pobres alegrías y de los sueños consoladores. Nadie hubiera podido expresar ni precisar lo que acontecía: una congoja pesada flotaba sobre el agrio conglomerado de cerros abruptos y la pétrea majestad de los acantilados parecía más imponente que nunca, arrebuada en la niebla y el silencio.

Transcurrían, así, los días y las noches. A las mismas horas, idénticos actos, palabras semejantes: nadie demostraba notar el trémulo fluir del tiempo perdido. La angustia que antes solía oprimir como un círculo ardiente se iba tornando dura y gris, igual que las rocas de la costa y, al modo de ellas, más fuerte que las adversas corrientes que mueven el océano, la vida.

Y es que era llegado el pleno invierno, la estación taciturna en que la vida se repliega en sí misma y adquieren una importancia inusitada la congoja, la fatalidad, lo desconocido. Oscuras fuerzas se agitaban en los límites del borroso horizonte, siempre desierto; un mar hirviente, color de plomo, se estrellaba contra las escolleras solitarias, y el viento, el bronco viento que venía saltando latitudes, se adentraba silbando lúgubrememente en los desfiladeros.

“El Chute” seguía cada vez peor y no se daba cuenta de nada. Vivía hacia adentro, moviéndose entre sus recuerdos y sus ansias; cuando se asomaba a la realidad volvía rápidamente a refugiarse en sí mismo, hastiado de las cosas invariables que lo cercaban: el estruendo de la resaca, los tabiques blanqueados de su cuarto, los rostros de sus compañeros que entraban, hablaban un rato de asuntos indiferentes, y salían. Tiritando, se cobijaba bajo las mantas y comenzaba su viaje incesante de un sueño a otro sueño.

Una mañana, revuelta y brumosa, fue avistado el barco que traía los víveres desde el Continente.

—¡Barco! ¡Barco!

De todas partes surgían los gritos de anuncio trémulos, alargados, impregnando el ambiente de una ardiente esperanza y de una tristeza inexpressable. Los confinados se precipitaban hacia la playa y escrutaban, jubilosos, el indeciso horizonte sobre el cual apenas se levantaba un leve penacho de humo.

“El Chute” también intentó levantarse; pero, en cuanto puso los pies en tierra, se desplomó como un fardo. Algunos amigos sacaron su cama al vano de la puerta, y, desde ahí, el enfermo, apoyado en un codo, miraba la lejanía, con una sonrisa amarillenta y vaga colgando de sus labios descoloridos.

El barco se iba acercando. Poco a poco, su mole gris se agrandaba y se precisaban los detalles de su arboladura. Luego comenzaron las disputas respecto de su nombre y de su misión. Los hombres vagaban de un lado para otro inquietos, nerviosos. Un atónito alborozo resplandecía en sus rostros cetrinos y las más dislocadas fantasías, forjadas en largos meses de ansiedad, se volcaban en optimistas exclamaciones:

—¡Barco! ¡Barco! Nos vamos niños. Ahora sí que es cierto.

Cual más, cual menos, no había quien no guardara, en lo hondo de sí mismo, un resto de fe en el regreso. El Chute, sobre todo, creía firmemente que este barco se lo llevaría al Continente. La noche de la víspera había soñado que estaba en el Puerto, bebiendo con antiguos amigos. Los objetos familiares del local aparecieron con sobrecogedora limpidez de realidad. La pianola mecánica derramaba los acordes lentos de un tango y en el aire, cargado de tabaco y apetitosos olores se estremecían, formando un murmullo de enjambre, las risas de los contertulios.

—Cuenta, Chute, cuenta, cómo es eso... —decían los amigos inclinándose sobre la mesa llena de copas. Y él describía con despreocupación, como si nada de aquello lo hubiese afectado, la rocallosa aridez de la isla, las noches siniestras en que el huracán desata sus jaurías ululantes y el

alma débil se agazapa en las profundidades de un ensueño solitario.

—Eso no es nada, niños. Lo que mata es el aburrimiento, lejos de todo lo que a uno le gusta: el trago, las mujeres, “el trabajo”. Y sonriendo, levantaba su copa llena hasta los bordes de un líquido espeso, color de sangre.

Camañiñi, ducho en oráculos, le había dicho que ese era un sueño promisor de gratas novedades, y él confiaba ciegamente en su suerte. Ahora sí que me llevan —pensaba—. Y su imaginación volaba lejos anticipándole los goces del retorno. Inútil era, pues, que las casuchas, los cerros, los hombres, se empequeñecieran bajo la agria ventisca: el corazón del Chute estaba liviano y alegre, como si el dorado resplandor de un sol desconocido lo envolviera dulcemente. Su vida le parecía algo delicado y sagrado que sólo ahora comprendía. Miraba sus manos huesosas y pensaba que sanaría y podría ser feliz.

Pero no, no se fueron.

Únicamente Elías, amarrado como un fardo dejó la isla en compañía del cabo Ortiz y al anochecer, una vez desembarcados los víveres, el barco levó anclas, emproó hacia el E., y emprendió la marcha a través de la niebla, ahora más espesa, más triste. El farol rojo del palo mayor brillaba en medio de la torva neblina como una estrella demasiado próxima, obsesionante. Muy pronto los cendales de la noche naciente ocultaron sus destellos, cada vez más remotos, y de nuevo sólo hubo, frente a los ojos de los confinados, el océano desierto, la inmensa tiniebla.

Pasaron varios días, muchos días...

Cada mañana “El Chute” ofrecía un aspecto más lamehante. En la penumbra húmeda del cuartucho, su rostro cadavérico se confundía con la sucia almohada: sólo se distinguían, brillando, dos grandes ojos muy abiertos, fijos en las vigas del techo, por donde transitaban continuamente los grandes ratones de vientre blancuzco.

Como su muerte podría producirse de un momento a

otro, los confinados organizaron turnos para acompañarlo durante la noche. Si algún barco, fuera de ruta, hubiera pasado frente a la isla, habría divisado, luciendo en la tiniebla, a flor de agua, una estrella pequeña: la hoguera encendida por los acompañantes de "El Chute", a la puerta del cuarto, para defenderse del frío invernal.

Una de esas noches convulsas, horadada por grandes ruidos que rodaban en la sombra como peñascos, murió el enfermo, acompañado por Garrapata y Juan Antonio que estaban de turno. "El Chute" había conversado tranquilo, casi jovial. De pronto se quedó en silencio, mirando el muro donde bailaban sombras arbitrarias a compás de los vaivenes de la luz que vacilaba azotada por las ráfagas. Una sonrisa se extendió por su cara. Quiso decir algo, algo grato tal vez, porque su sonrisa se acentuó; pero sólo unos cuantos sonidos imprecisables salieron de su boca.

Cayó de espalda.

Silbaba el ronco, el extraño viento que viene de tan lejos y una congoja sin nombre caía desde el cielo negro. Las olas rompían a menos de diez metros de la habitación y el rumor de sus embates se dilataba por la atmósfera convulsa, como una especie de queja honda, misteriosa, abrumadora. Llovía torrencialmente.

Juan Antonio y Garrapata, atemorizados, no se atrevieron a aproximarse al muerto y fueron a la cuadra a avisar a sus compañeros. Llovía, llovía como nunca, y los hombres, agazapados bajo las mantas, se estremecían dominados por un vago temor, como si al otro lado de los débiles tabiques lucharan elementos sombríos y terribles dotados de una conciencia maligna

Camañiñi quiso ir al cuarto del Chute, pero no encontró quienes acompañara. Y no se atrevió a ir solo. Los temores de su espíritu enfermo y supersticioso agarrotaban su voluntad, a pesar del afecto que sentía por Joaquín Contreras. Paso el resto de la noche, revolviéndose, intranquilo, en su camastro, esperando con ansiedad las primeras luces del alba,

mientras el cuerpo del Chute se helaba, a merced de los ratones que pasaban sobre él, como sobre un trasto cualquiera.

— Entrada la mañana comenzó el velorio.

Los grupos taciturnos de confinados entraban y salían de la pieza donde estaba el muerto, envuelto en un lienzo plomizo y grasiento, entre las cuatro velas de siempre. Enmarcado por las greñas, lacias y llenas de caspa, el rostro flaco y amarillento tenía un no sé qué de pavoroso, de inquietante.

Algunos, al entrar, rezaban en voz baja, mirando a sus compañeros, temerosos de sus burlas. Otros, se persignaban, a hurtadillas con gestos rápidos. Pero nadie tenía ganas de reír. Un silencio patético envolvía la pieza y penetraba también en lo hondo de aquellos seres míseros. Pensaban en sus vidas, en sus destinos.

Continuaba lloviendo y el viento no había amainado.

A media tarde, pusieron el cadáver en un rústico ataúd confeccionado por Juan Antonio, dos robustos mocetones lo echaron sobre sus hombros, y se emprendió la marcha en dirección al cementerio, situado a cierta altura, en una vertiente del cerro que mira al océano.

Había que seguir un sendero abrupto, a ratos tan angosto que apenas podía pasar una persona. Los que llevaban el ataúd se veían obligados a hacer uso de su fuerza para no rodar por la pendiente sembrada de filudos peñascos. Ellos iban abriendo la marcha; detrás venía la guarnición con el oficial; y, por último, la fila de confinados. A pesar de la lluvia, las cabezas iban descubiertas.

Al volver un recodo del sendero, el campamento se perdió de vista y la perspectiva cobró un aire de mayor desolación: acantilados negros, hondonadas desiertas, el mar oscuro, sin límites.

Como la tumba estaba preparada desde la mañana, no hubo más que depositar en ella el ataúd y arrojar encima un poco de tierra, mejor dicho de barro. Ciruja y Cachincoa

tomaron las palas y empezaron a rellenar el hoyo. Pronto el hueco quedó cubierto y un carabinero plantó una cruz blanca donde se leía: Joaquín Contreras. Junio de 19... El agua de la lluvia empezó inmediatamente a borrar la inscripción.

Camañiñi, afirmado en una roca, miraba el vacío. Los demás permanecían, también, como absortos. Parecía que el pulso del mundo se hubiese detenido y que un gran silencio, un indefinible silencio aplastara a las almas. Estaban solos, encerrados por horizontes desiertos, por infinitas lejanías. El misterio de la muerte los acechaba por todas partes, y los iría atrayendo, uno a uno, con su poderío fatal.

Estaban solos.

Caía la lluvia de invierno sobre las cabezas inclinadas, sobre el pequeño camposanto, sobre la isla; las gruesas olas azotaban sin descanso los arrecifes; y, en lo alto, entre las nubes negruzcas que ocultaban el sol de la vida, volaban dos libres pájaros del mar.

VII

Cuando llegó “El Perpetuo” a la isla —una tarde de mar gruesa— los confinados rieron de buena gana. El bote en que desembarcó fue tumbado por una ola muy alta, a algunos metros de la costa y sus ocupantes salieron, después de penosos esfuerzos, en un estado más lamentable que el que presentaban de ordinario. Entre ellos, “El Perpetuo”, con su bobalicona sonrisa de siempre, dilatándole la mofada faz rubicunda.

Varios delincuentes del Puerto lo conocían, pues ahí vivía desde muchacho. Solía ganar algunos “cortes” en faenas del muelle, pero su principal actividad era la vagancia. Día y noche, recorría los malecones y los cerros pobres, comía lo que se le presentaba, dormía donde lo cogía el sueño y se vestía con la ropa vieja que le daban en las comisaría donde pasaba la mayor parte del tiempo detenido por sospechoso, limpiando las cuadras y las letrinas.

Su debilidad era el aguardiente; de no ser por ella, no

habría delinquido, porque el dinero no le interesaba. Pero como el trabajo ordenado no convenía a sus temperamento y necesitaba sumas constantes para mantener su vicio —ya que no su vida— empezó a robar, en las casas donde lo ocupaban para algún menester pasajero, objetos menudos fácilmente comerciables.

Con el andar de los años, el aguardiente fue oscureciendo su espíritu —no muy normal, por cierto— y corrompiendo su sangre, hasta que lo dejó convertido en un ser repugnante, gordo, flácido, de ojos estupefactos; en sus carrillos grasientos y colgantes se cruzaban azulosas venillas; su nariz chata y roja, cubierta de grietas, parecía levantar el labio superior en una perenne mueca salivosa.

Y así, sonriendo, a pata pelada, con las greñas lacias por el agua sobre la frente estrecha, sujetándose con la mano izquierda los pantalones que amenazaban caerse, avanzó “El Perpetuo” hacia el campamento, rodeado por algunos de sus antiguos conocidos que le dirigían pullas teñidas de maliciosa reticencia y frases que parecían encerrar un sentido oculto.

—¿Qué hubo, Perpetuo ¿has comido mucha fruta en el viaje?—

—¿Te acuerdas de aquella noche que pasamos presos juntos?

Cachincoa, que venía en otro grupo, se acercó furtivamente y le preguntó, dándole una sonora palmada en las posaderas:

—Y que tal, guacho, ¿está buena la cosa?

Los demás rieron. “El Perpetuo” preocupado de sus pantalones y de la topografía del terreno, no hacía caso alguno de las frases que le lanzaban. Miraba, con los ojos redondeados por el estupor, las novedades que le salían al encuentro: los grandes hacinamientos de lava en que todavía parecían hervir petrificados los elementos primigenios, la magnitud amedrentadora de los acantilados batidos por las marejadas, la desolación del océano, tan distinto del océano

del Puerto, océano pintoresco, decorado por una maraña de mástiles y grúas.

Aquella noche, nadie ignoró en la cuadra que “El Perpetuo” poseía inagotable docilidad para ciertos actos muy estimados por aquellos ex hombres. Garrapata, Cachincoa y otros que lo conocían desde el Puerto, dieron detalles, relataron anécdotas, y terminaron por confesar que ellos mismos habían usufructuado, más de una vez, en momentos propicios de las prisiones, de la complacencia enfermiza que, junto con su figura ridícula, hacía popular al Perpetuo en los barrios sórdidos de Valparaíso.

—No hay más que ofertarle algo. Dice siempre que sí. Está acostumbrado— aseguraban con cinismo.

El Perpetuo había armado una especie de cama, en un rincón, precisamente al lado de Cachincoa. Sentado en el suelo, engullía un pedazo de pan que guardara de la comida. No hablaba con nadie. Miraba, distraído, las caras de los que entraban a la cuadra. Todas sus energías parecían concentradas en la masticación laboriosa de su mendrugo. A ratos se limpiaba las narices con los dedos. Cuando los demás se acostaron, el también se acostó y se quedó dormido casi inmediatamente.

A medianoche sintió que alguien lo sacudía. Despertó. Era su vecino, Cachincoa. La cuadra estaba en sombra. Sólo al final, en el otro extremo, temblaba una luz débil.

Oye, Perpetuo, ¿quieres?— le dijo Cachincoa, con un temblor de avidez en la voz susurrante.

Molesto, volvió a tenderse, diciendo en tono de fastidio, soñoliento:

—Déjame tranquilo, no seas pesado...

Cachincoa insistió, apremiante, sacudiéndolo con brusquedad:

—Dime que sí, Perpetuo. Mañana te regalaré una camisa. ¿Quieres?

—No quiero nada— contestó de mal, humor el idiota. Déjame dormir. Ahora ya no me gusta eso.

—Entonces, ándate a la misma...— terminó, contrariado, Cachincoa, volviéndose a su camastro.

Como estaba excitado, se entregó a ensueños lúbricos, pensando en las distantes mujeres que fueron suyas. Durante algún tiempo había sido un Don Juan del barrio Matadero. Tenía la sangre ardiente y la imaginación desorbitada. Desasosegado, insomne, daba vueltas y vueltas en la cama. Terminó por entregarse a sus hábitos viciosos, como todas las noches.

El Perpetuo, a su lado, roncaba.

La luz débil seguía brillando, a lo lejos, como a través de una niebla.

Durante los días que siguieron, “El Perpetuo” se familiarizó con las costumbres isleñas, aprendió los nombres de las quebradas, exploró las dependencias del campamento, trabó amistad con los que no conocía. Después, aburrido, se sumergió en un letargo plácido. Echaba de menos el aguardiente; por lo demás, estaba satisfecho: tenía cama, comida segura, trabajaba muy poco. Como un animal perezoso se pasaba dormitando en los rincones, sentado en el suelo, con la cabezota entre las rodillas.

No pensaba en nada. No sentía tristeza ni alegría. Con el tiempo, hasta el deseo de beber se fue atenuando en él y acabó por extinguirse. Sólo a veces, muy raras veces, se acordaba del Puerto, de su cantina favorita situada en uno de los cerros del hampa, del dueño del negocio, un gringo atlético y vociferante que en una ocasión le quebró los dientes de una bofetada, porque consumió mucho sin tener dinero para pagar.

Así pasaba “El Perpetuo”. No era más que un montón de carne enferma y ropa sucia que respiraba y digería con regularidad. Nadie lo tomaba en serio y él no se metía con nadie. Vivía en una inconsciencia soporosa de la cual salía a ciertas horas —siempre las mismas— para ir a la leña, a los comedores, a la Ladra. Después de la intentona fallida de Cachincoa, los demás confinados, que, naturalmente, supieron el caso, se abstuvieron de hacerle nuevas proposiciones. Se limitaban a llamarlo a los corrillos para divertirse a su costa:

—Eh, Perpetuo, apropícuete.

Y allá iba el idiota con el rostro dilatado por una mueca rubicunda y salivosa, rascándose el pecho con su gesto inveterado, arrastrando los enormes pies desnudos, cubiertos de costras mugrientas. Le hacían preguntas odiosas que él contestaba con simpleza. Decía las mayores aberraciones como si se tratase de cosas sin importancia. Contaba sus aventuras de degenerado, sus fullerías de pordiosero, retazos de su vida piojosa, incoherente, ingenua, misérrima...

Carecía de conciencia para los aspectos morales de la vida y su voluntad se resumía en un oscuro impulso a perdurar en su tranquilo bienestar. Reaccionaba únicamente ante el dolor físico y sabía evitarlo guiado por un instinto cauteloso. Cuando lo llamaban para interrogarlo sobre su vida se sentía halagado y dichoso, porque se imaginaba que sus declaraciones le granjeaban entre los confinados una simpatía que podría aprovechar para obtener comida con que hartarse, harapos para cubrir sus carnes y defensa frente a cualquier peligro inesperado.

Una noche que estaban todos reunidos en torno de Endeiza y de Bartolo los cuales, alternándose, cantaban sus eternas tonadas, acertó a pasar "El Perpetuo", arropado en una manta deshilachada. Se iba a acostar después de haber hecho la digestión sentado en la puerta del cuartocho donde muriera "El Chute". Iba dando traspiés, en la penumbra, derrotado por el sueño.

Alguien propuso hacerle bailar y varias voces lo llamaron en tono afeminado, de falsete:

—¡Eh, Perpetuo! Venga m'hijito. Un ratito no más. . .

Pestañeando, medio adormilado, se acercó al corro.

La guitarra empezó a vibrar con los acordes rápidos de la cueca y los contertulios palmotearon con la viva monotonía que afirmaba el ritmo. «El Perpetuo» los miraba con la boca abierta. El sueño dejó de cargar sus párpados. Le parecía estar en una remolienda verdadera y que pronto iban a traer vino, quizás aguardiente. Se puso a palmotear como los demás.

Cachincoa se desprendió del grupo con el pañuelo en alto.

—¡Echale, Perpetuo! Hácele, guacho culebra! — decían los contertulios, animándolo al baile.

Ciruja de un empujón lo plantó en el centro del círculo, frente a Cachincoa. Una animación pueril se transparentó en su semblante estólido. Cogió un pañuelo que le tendieron y empezó a girar alrededor de sí mismo, eludiendo a Cachincoa, con la vista baja como una niña púdica, moviendo el brazo con gesto que quería ser garboso y levantando los fundillos a modo de la clásica pollera de percal.

Cachincoa lo asediaba en arremetidas hilarantes, le hurtaba el cuerpo en esguinces cómicos.

¡Hácele Pancho Panulo!

¡Hácele José Vicentel

¡Hácele turuntuntún,

aunque la vida te cuestes!

Las carcajadas resonaban por todo el campamento.

"El Perpetuo", poseído enteramente de su papel, bailaba quebrando la cintura y mirando de reojo, con languidez apasionada, al galán que le batía por todos lados el pañuelo ansioso. Las palmadas aumentaban en intensidad entusiasta y la guitarra parecía pronta a romperse con el ruidoso tamborear de los nudillos de Bartolo.

—¡Voy a ella! ¡Voy a ella!

La campana de silencio puso término repentino al jolgorio; pero las risas y los comentarios se prolongaron durante mucho rato. En realidad, el aspecto del Perpetuo en el baile fue de una comicidad fantástica. Había que verlo, esquivándose con pudoroso temor, la vista baja como para evitar el ardor de las miradas, y el brazo alzado con donaire coquetón. Había que verlo...

Por entonces, se produjo un paréntesis de buen tiempo en la sucesión invernal de lluvias, nieblas y ventarrones: un cálido y alentador día de sol. Después del almuerzo, se organizaron pequeños grupos de excursionistas que se

dirigieron, unos hacia las alturas de los cerros, y otros hacia Las Vacas o Toltén. Cachincoa, Garrapata y El Rucio Meneses convidaron al Perpetuo a bañarse a la quebrada de Las Vacas y el idiota, que también parecía animado por el día, abandonó su rincón habitual y se dispuso a acompañarlos.

A lo largo de la costa encontraron diseminados entre las rocas —pescando, bañándose o reposando— a algunos compañeros que, al divisar al Perpetuo, les hacían guiños maliciosos. Una suave brisa del sur rozaba apenas el mar en calma. Iban contentos, dicharacheros. “El Perpetuo” canturreaba entre dientes; de cuando en cuando, extraía de sus bolsillos una corteza de pan y la engullía precipitadamente. A veces se detenía, cogía un guijarro y lo lanzaba con todas sus fuerzas hacia el mar, gozando al verlo caer, lejos, con leve chapoteo.

Al cabo de media hora de marcha llegaron a “Las Vacas” y se sentaron a descansar.

El agua de la quebrada venía límpida, fluyendo por entre las piedras musgosas con claro rumor. Frente al sitio donde ellos estaban, el raudal formaba una amplia poza, de regular profundidad y ahí decidieron bañarse. Empezaron a desvestirse entre risas. Cada prenda provocaba un comentario jocoso, especialmente las del idiota por sus remiendos inverosímiles y lo indefinible de su color patinado por la mugre. Pronto los cuatro estuvieron desnudos y se miraron con cierto embarazo.

“El Perpetuo” daba saltitos a la orilla del agua sin atreverse a entrar en ella a causa de su frialdad: su flácida gordura rojiza, cubierta a trechos de un vello color cobre sucio, era repulsiva; pero eso no parecía notarlo Cachincoa. Lo miraba, lo miraba con los ojos turbios. De sus entrañas sacudidas por innominadas ansias se desprendía un vaho extraño, perturbador, que apagaba sus pensamientos y lo empujaba a la locura de lo indecible. Las manos le temblaban. Una opresión, casi angustiada, lo hacía jadear...

Miró a los otros y también los notó perturbados,

anhelantes. Una ola oscura, inmunda, los empujaba, los vencía. Raíces de sueños incumplidos, residuos de anhelos sin forma, tendencias subterráneas, se adueñaban de su ser y lo sumían, poco a poco, en la tiniebla donde impera la fatalidad. Y, precisamente, en ese minuto caótico, “El Perpetuo” que no se decidía meterse en el agua, riendo como de costumbre, rascándose las axilas, se aproximó a ellos. Entre los tres lo tomaron y lo derrumbaron sobre el suelo rocoso...

Un crepúsculo bello, de grave majestad descendía sobre el mundo. El cielo se cubría de reflejos —azules, purpúreos, dorados— y el océano, quieto, recogía los dones de luz. Repuestos de su paroxismo, vueltos en sí, los cuatro se vistieron de nuevo y marcharon de regreso. A mitad del camino, las conversaciones y las risas surgieron otra vez como si nada hubiera sucedido.

“El Perpetuo” pensando en los regalos que le harían, masticaba con fruición su eterno mendrugo.

VIII

El Chinito no había conocido a su padre, de quien heredara la amarilla impasibilidad, los ojos oblicuos y cierto desdén para la desgracia. Toda su niñez había transcurrido en Huara, uno de estos puebluchos sórdidos y polvorientos que se levantan a lo largo del Ferrocarril Salitrero que une a Iquique con Pisagua, a través del desierto. Ahí llegó, un día cualquiera, procedente del Perú, su padre Yut Sen, instaló un negocio que poco a poco fue prosperando hasta llegar a ser el mejor del lugar, y casó por fin con Ofelia Contreras, una mujer venida del Sur sin otro bagaje que su juventud rozagante y su deseo de hacer dinero.

De más estaría decir que Ofelia no se casó con Yut Sen por amor. Lo encontraba ridículo, y aun repugnante, con su rostro ajado, sus grandes orejas lívidas y su pelo ralo y lacio. Tenía, para colmo, la piel húmeda y fría de tal manera

que sus raras caricias ofrecían un no sé qué de aterrador que se acentuaba al ver la sonrisa que entreabría sus finos labios y convertía sus pupilas en dos rayas brillantes, enigmáticas. Además, era silencioso y se pasaba las horas muertas detrás del mostrador, mascando la coca que le enviaban cada mes unos compatriotas establecidos en Bolivia.

Sin embargo, el chino Yut Sen, económico y sagaz, había amasado una apreciable fortuna y era, por lo tanto, un buen partido para la mujer que, después de ambular por varios lenocinios de los puertos, fue a caer en Huara, siguiendo a uno de sus “lachos” que se dirigía en busca de trabajo a las Oficinas del Cantón. El chino la cortejó con asiduidad pintoresca y le dijo cosas que ella interpretó como una declaración de amor. El hecho fue que se casaron y se quedaron en Huara.

El chino reabrió su almacén, después de unos días de descanso y luna de miel, impasible, como si en su vida nada hubiera cambiado, y Ofelia se convirtió en mujer de su casa — hacendosa, paciente, gorda— olvidada, al parecer, por completo, de su reciente pasado alegre. A los dos años de casados, nació Juan Bautista Yutien, como le puso el viejo Lorca, oficial civil de la circunscripción, castellanizando a su manera el nombre oriental de su progenitor. A diferencia de otros chicos, lloraba poco y miraba el mundo con pupilas inmóviles.

Corrió el tiempo, sin que nadie lo notara, como sucede siempre que la existencia es plácida y no tiene horizonte, hasta que una tarde calmosa de febrero —el Chinito tenía dos años; Ofelia, en el patio de la casa, lavaba unos pañales; llegaba, ruidoso, el tren de Pisagua— murió Yut Sen, de improviso, mientras dormía la siesta junto a un rimero de sacos de harina. Pasó de este mundo al otro como había vivido: deslizándose, acaso, por el hueco de un sueño.

El médico llamado por Ofelia habló vagamente de un ataque al corazón. Eso la conformó. El caso no tenía, por lo demás, una importancia que hubiera podido inclinarla a la tristeza. Por el contrario, se sentía libre, dueña del Almacén y

Tienda “El Pacífico” y de diez mil pesos depositados en un banco de Iquique. Ahora sólo le faltaba, para ser feliz, un hombre que la llevara a las tierras verdeantes y frescas del Sur, lejos de la árida planicie, casada por un sol implacable y un áspero viento.

Por entonces, regresó a Huara, Joaquín, el amigo con quien subiera por primera vez a la Pampa. Como algo perfectamente natural reanudáronse entre ellos las relaciones antiguas. Joaquín ya no pensó en trabajar: se fue a vivir con ella al almacén y siguieron así, como marido y mujer. No obstante, la felicidad de Ofelia distaba mucho de ser la que soñaba: Hubiera querido olvidarse totalmente del muerto, de sus caricias húmedas, de su sonrisa misteriosa, y ahí estaba, para refrescar a cada instante su memoria, Juan Bautista, El Chinito como le decían los otros niños del pueblo, silencioso como su padre, detrás del mostrador o deslizándose por la casa, sin hacer ruido, amarillo y sigiloso. Acabó por odiarlo y lo golpeaba con cualquier pretexto, como si él castigase su pasado.

Aunque cada día se sentía más amarrada a Joaquín y se humillaba hasta lo indecible para complacerlo, éste la golpeaba en sus frecuentes borracheras y le iba gastando el dinero. “Es mi hombre y me pega porque me quiere” — pensaba, consolándose, después de esas agrias y vinosas escenas de las que salía con las párpados amoratados y las costillas hundidas. Joaquín era flojo, vicioso, propenso al nomadismo, y ella, para que no la abandonara, le toleraba todo, lo halagaba, le servía como una perra. El hombre se dejaba querer. Pasaba los días y las noches en las cantinas, acompañado de gente equívoca y de obreros que llegaban desde los puertos con deseos de trabajar y se hallaban luego decepcionados, hambrientos, sin expectativas. El convidaba a menudo:

—Vamos a tomarnos la plata del chino— decía. — El chino juntó mucha plata porque no gastaba en puchero: se comía los ratones del almacén y así ahorra y cuida su mercadería.

Abandonado de todos, crecía, mientras tanto El Chinito. Escondido detrás de los hacinamientos de sacos y de barriles, presenciaba las disputas entre Joaquín y su madre. Otras veces, le tocaba ser testigo de rudas escenas de lujuria entre el amante alcohólico que llegaba husmeando el placer y la hembra sumisa que se le entregaba en cualquier sitio, con apasionamiento gémebundo. El Chinito no comprendía aquellas cosas, pero las guardaba en su memoria. Odiaba a Joaquín con una reconcentrada violencia disfrazada con su amarilla impasibilidad, germinaba un alma cuyas raíces se extendían hacia zonas milenarias, remotas. Y así pasaron unos cuantos años, vacíos de sentido. Varias veces Joaquín y Ofelia se apartaron con ánimo de no juntarse más. El se iba a alguna oficina lejana; pero, regresaba al poco tiempo, hacía llorosas promesas de enmienda, y toda continuaba como antes. Como siempre...

El pueblo tampoco cambiaba: el calor asfixiante de las tardes aplanaba en una tranquilidad de siesta —invierno y verano— a la pequeña población. Las cortas calles quedaban, después de mediodía, abandonadas. Algunas prostitutas gordas y algunos dependientes de negocios permanecían cerca de las puertas, mirando aburridos la arenosa soledad recortada, a lo lejos, por montículos rojizos. Con la llegada del frescor nocturno se encendían las luces y rumores de juergas salían de los lupanares —el pueblo se componía de lupanares y tiendas— y se apagaban en la sombra humedecida por la camanchaca. Y así un día. Y todos los días...

Con los despilfarros de Joaquín, el almacén iba de mal en peor. Apenas daba lo suficiente para subsistir. El Chinito había crecido, tenía quince años, y por orden de su madre reemplazaba al viejo Yut Sen detrás del mismo mostrador carcomido y seboso, donde siempre se apoyaba gente nueva, desconocida, que venía de regiones distantes atraída por un señuelo de riqueza. Desde el almacén observaba la vida y sentía que secretas energías brotaban en su ser. Pero nada

traslucía al exterior, y las mujeres y los niños y los hombres que a él se acercaban, se reían de su amarilla impasibilidad y lo llamaban: El Chinito. Y él sufría, comprendía, esperaba...

—Yo tenía dieciséis años cuando mi madre vendió el almacén y se embarcó para el Sur. Joaquín se había ido a la Oficina Aurora, después de una gran pelea. Con las pocas economías que teníamos, pudimos mantenernos en Valparaíso hasta que encontré ocupación en un hotel. Echábamos de menos el almacén, el pueblo, la pampa...

Garrapata se levantó para atizar la pequeña fogata en que hervía la tetera. Iriarte liaba, a manera de cigarro, un poco de café en un papel de periódico. La provisión de tabaco se había agotado. Un cigarro se cotizaba hasta en dos pieles de cabro. Y había especuladores que mantenían ocultos algunos paquetes, esperando que el deseo se intensificara para sacar de ellos mayor provecho. Como Iriarte, muchos confinados se fumaban la ración de café. Otros secaban hierbas silvestres.

Hacía algunos días que Iriarte, Garrapata y El Chinito estaban en la Lobería. Les había ido mal: el tiempo revuelto y las fuertes marejadas impedían la caza. Cercados por la lluvia y el viento, pasaban las horas perdidas en la casucha, sin hallar que hacer, comisando, a ratos, de sus vidas azotadas por la mala suerte. Iriarte y Garrapata tenían cierto afecto un poco paternal, por el Chinito; varias veces lo habían librado de las demasías de sus compañeros. El Chinito también los estimaba a su manera y tenía confianza en ellos. Aquella tarde, lo habían instado a que contara algo de su pasado, “para matar el tiempo”.

—Bueno ¿y cómo te metiste en líos con la policía?— interrogó Iriarte, encendiendo calmamente el grueso cigarro de café.

Los hechos se habían ido encadenando fatalmente. De Valparaíso se trasladaron adonde unos parientes que vivían en el barrea Estación. Estaban más pobres que nunca. El no encontró “pega” en ninguna parte. Ofelia se puso idiática,

insufrible. Se dio a la bebida y en las noches regresaba borracha en compañía de algún cargador de las bodegas del ferrocarril. Sus parientes terminaron por echarla de la casa y, entonces, fueron a caer en un conventillo. Ahí, inopinadamente, se encontraron con Joaquín que venía llegando con unos obreros cesantes a causa de una crisis salitrera. Al verlos, quiso reanudar la amistad de otra época; pero El Chinito ahora estaba grande y supo imponerse a su madre. Joaquín se alejó mascullando amenazas vagas:

—¡Ya me la pagarán, malditos!— decía con hiposa voz de ebrio—. Ya me la pagarán... No crean que se van a quedar así no más. A ti, chino mugriento y a ti, perra mal agradecida, les daré una buena, el día menos pensado..

Y fue a instalarse con sus compañeros al albergue que proporcionó el Gobierno en un erial de los alrededores.

Ofelia y el Chinito no se acordaron más de él, hasta que una noche se presentó en la pieza. Estaban comiendo a la luz de una vela Era día Sábado. Afuera, sonaba el rasguear de una guitarra, acompañando el canto melancólico de Rosalba, la hija de la mayordoma. Joaquín iba en mal estado: se le notaba en el brillo insólito de los ojos, en la mueca salivosa de la boca. Y se reía como años atrás, cuando golpeaba a Ofelia mientras El Chinito contemplaba la escena desde un parapeto de sacos, en el almacén. Avanzó hasta el centro del cuarto y dio un puñetazo en la mesa, haciendo saltar los platos.

—Aquí me tienes, perra de m...— vociferó, avalanzándose sobre Ofelia y golpeándola rudamente en la cara. La mujer rodó aturdida. Un hilillo de sangre fluía de su nariz, de su boca.

Por un momento, El Chinito permaneció paralizado, atónito, pero se rehizo pronto y se lanzó contra Joaquín, cegado de furia, de una furia vieja que rezumaba a través del olvido y del tiempo. Forcejearon largo rato, tratando de derribarse, silenciosos, reconcentrados en su rabia. De improviso, Joaquín consiguió coger del cuello al Chinito y

comenzó a ahogarlo. La vista se le nublaba. No podía respirar, se tambaleaba, y sus manos flojas buscaban tras de sí un apoyo. Sobre la mesa, tropezaron con un cuchillo. Con un resto de energía desesperada lo empuñó y lo clavó en el cuerpo que tenía encima, una y otra vez, alocadamente, hasta que, vencida la resistencia de la ropa, la hoja penetró en la blanda carne y un chorro caliente le bañó la mano crispada sobre el mango. Los dedos que lo asfixiaban se soltaron y Joaquín se desplomó sobre el suelo enladrillado.

—Al verlo así me puse muy contento—decía El Chinito, dirigiéndose a Iriarte que fumaba absorto en algún recuerdo. Lo odiaba mucho y como estaba boca abajo lo di vueltas a puntapiés.

—Buen dar con El Chinito crudo—comentó, sonriéndose, Garrapata. Sigue contando, mira que me has interesado...

El Chinito no se acordaba bien de lo que sucedió después. Desde la puerta, lo contemplaba un racimo de rostros curiosos y atezados; gritaban las mujeres impresionadas por la sangre que manchaba los cuerpos tendidos de Joaquín y Ofelia; y él no sabía que hacer con el cuchillo ensangrentado y grasiento que tenía en la mano. Luego llegó la policía llamada por el vecindario. El no dijo nada. En la comisaría, cuando lo interrogaron, y más tarde en el juzgado, se limitó a repetir como un estribillo monótono:

—Yo lo maté porque me quiso matar... Yo lo maté.

Ofelia lo iba a ver a la cárcel, una vez por semana. Parecía trastornada, más envejecida aun, haraposa, oliente a vino. El estaba tranquilo: Pensaba en la tragedia como en algo muy remoto y experimentaba una satisfacción indecible al recordar la imagen de Joaquín, derribado y goteando sangre sobre los ladrillos. Muy a menudo, sin embargo, lo mordía una especie de nostalgia, un deseo de retornar al desierto y de seguir mirando la vida —tan extrañamente confusa— desde el mostrador del viejo almacén. Venían a su imaginación los grandes crepúsculos rojos que se desploman sobre la

Pampa con sobrecogedora majestad, las tardes soñolientas del pueblucho, el pitazo de los trenes que parten perforando la noche alzada en la vía como una inmensa montaña silenciosa, los rostros conocidos que se inclinan pidiendo las mercaderías habituales, la luz pálida de la Estación que brilla, parpadeante y solitaria, hasta el vago amanecer...

Como era poco sociable y no tenía un pasado ameno, sus amistades fueron escasas: Iriarte que cumplía una condena por el bullado asesinato de un abastero; El Ñato Lorca que en un arrebato de mal humor traspasara el vientre de su mujer en cinta con una lezna; Carlos, un sujeto de aspecto ambiguo, ladrón inveterado, que lo inició en los usos y mañas del hampa santiaguina. De proyecto de hombre que era, El Chinito, quedó pronto convertido en un guiñapo, solidario por abulia de las ignominias del penal. Cuando quedaba solo en su celda se entregaba con mecánica estolidez al vicio solitario.

Las visitas de la madre se fueron haciendo raras. La encontraba más pobre que nunca ahora y con los signos del vicio patentes en su cara arada por los años y las desgracias. Sus manos secas se movían en un temblor continuo y un tic nervioso contraía sus labios, dejando al descubierto las ruinas de la dentadura. La última tarde que la vio parecía una sonámbula: vestía una verdosa pollera llena de manchas y un abrigo de hombre que la tornaba ridícula. Sus ojos acuosos, inexpresivos, resbalaban por las cosas sin detenerse en nada. Estuvo mirándolo largo rato. De repente, se levantó y dijo, rápidamente, despidiéndose:

—Hasta luego. Me vuelvo al Norte a poner un almacén. De allá te mandaré plata para que tú también te vayas.

Ya no la vio más. Al salir de la cárcel, dos años después, supo que había andado pidiendo limosna por los suburbios y que una noche la encontraron muerta en un paseo público, acurrucada en un escaño. El Chinito, solo en el mundo y sin camino, se unió a Carlos que había salido antes. Conoció los centros de los delincuentes, aprendió sus habilidades y se

dio cuenta de que era fácil lograr lo necesario para vivir, robando carteras en los tranvías. Pero cada oficio tiene sus riesgos: llegó a ser conocido de los agentes de seguridad y un día, estando “en la pescas por la patilla”, fue enviado a Más Afuera con un selecto grupo de vagos y pungas de la capital.

Aquí había vuelto a encontrarse con varios conocidos de la cárcel. No le desagradó la aridez de la isla ni lo puso triste ningún recuerdo. Nada deseaba y era amigo del silencio. Pasaba los días lejos del campamento, pescando en lugares abruptos de la costa, o, simplemente, tendido, dejando vagar la imaginación por comarcas de ausencia: la planicie sin límites, casas de madera crujiendo de sol, luces pálidas brillando a través de la camanchaca.

Ahora, el océano era la prisión infranqueable y, a su lado, en la casucha sacudida por los vientos ásperos, más ásperos que los del desierto, estaba, como en la cárcel, Iriarte, ensombrecido por idéntica fatalidad. Hervía la tetera y los tres hombres parecían absortos en el arder de la fogata. La alta marea, al deshacerse entre los arrecifes, llenaba de un ronco estruendo la oquedad de la quebrada en que se alzaba la pequeña vivienda. Hacía frío.

—Tendremos una mala noche dijo Iriarte, mirando hacia afuera.

—Muy mala, muy mala—asintió Garrapata.

El Chinito permaneció callado, cabizbajo.

Un crepúsculo gris se desplomaba sobre los cerros. Eran ya negras las escarpaduras más altas y también el horizonte de donde venían las primeras ráfagas nocturnas. Los tres hombres, dominados por una soporosa quietud, se entregaban a pensamientos melancólicos. La tetera, al hervir, los trajo nuevamente a la realidad. Se desperezaron bostezando mirando al vacío. El fuego comenzaba a apañarse y Garrapata se levantó para arrojar en él un puñado de ramas secas.

IX

Envuelto en su viejo capote de policía, El Lince se paseaba cabizbajo, enfurruñado, frente a la cuadra. Aquella mañana, mientras iban en busca de la leña, le habían dicho unos amigos que estuviera alerta, pues se aseguraba por ahí que era él quien llevaba a la Tenencia “el soplo” de cuanto pasaba entre los comunes.

—Ten cuidado, Lince, que andan algunos con ganas de ajustarte las cuentas— le había recomendado Don López, con aire confidencial.

Eso lo tenía inquieto. Sobre todo, lo irritaba la injusticia de la suposición. Era cierto que él no participaba en las intrigas que siempre se forman en los círculos de delincuentes; pero jamás se le habría ocurrido andar con chismes cerca de la guarnición. ¿Qué ganaría con hacerlo? ¿Mejor trato? ¿Comida más abundante? ¿No lo veían tan miserable y tan andrajoso como cualquiera arrastrando su magra humanidad por los riscosos senderos?

—Son idiotas, idiotas—masculló, rematando su monólogo interior. Hubiera querido reunirlos a todos y arrojarlos, de frente, como pedruscos, unas cuantas palabras enérgicas. Mejor sería no darle importancia. Se encogió de hombros, resignado, y se encaminó a la carpintería donde trabajaba Endeiza, su más íntimo amigo, quien, al verlo llegar, lo saludó sin dejar el cepillo:

—¿Y qué tal, Lince? ¿Qué hay de nuevo?

—Nada, hombre...

Y se sentó en un cajón vacío, levantándose, friolento, el cuello del capote. Durante algunos minutos permaneció callado, siguiendo los movimientos de Endeiza que trabajaba con rapidez, en mangas de camisa a pesar de las frías corrientes que penetraban por todos lados al galpón. No hallaba manera de iniciar una conversación. Al cabo dijo bruscamente:

—¿Sabes lo que andan diciendo de mí algunos mugrientos? ¿Has oído algo tú?

No, no he oído nada, respondió Endeiza, suspendiendo su trabajo y levantando hacia él sus ojos retintos y esquivos de mulato.

—Dicen que yo “estrilo” en la Tenencia lo que pasa entre nosotros y que fui yo quien denunció los amoríos de Carlos con El Aguilucho.

Endeiza se sentó en el banco dispuesto a conversar.

—¿Y quién dice eso?—preguntó con interés.

—Iriarte, El Camión, Camañiñi y los demás del grupo. También El Felpa aseguró que el día en que sorprendieron al Aguilucho con Carlos yo había conversado, temprano, con el sargento. Eso es cierto, pero yo fui a hablar por otra cosa. Tú sabes: la solicitud que íbamos a mandar al Presidente, la que redactó Don López ¿te acuerdas?

Sí, naturalmente, Endeiza se acordaba y sería el primero en ayudar a desvanecer la atmósfera pesada que se formaba en torno de su amigo. Hablaría con los demás y estaba seguro de convencerlos de su error. Nadie se atrevería a insinuar dudas respecto de lo que él afirmara porque, dejando modestia a un lado, se le respetaba por su seriedad y su hombría. Además, también sabían que pegaba duro.

—Yo estoy contigo, Lince. Haré todo lo que pueda para que no te frieguen más...

El Lince le tendió la mano, agradecido, y se alejó en dirección al embarcadero donde solía pasar los días, pescando. Desde su banco lo contemplaba Endeiza con una sonrisita indefinible asomada a sus gruesos labios morados. Era Endeiza un tipo a primera vista desconcertante: había en su cara en sus modales, en el tono de su voz, algo que inducía a la reserva, a pesar de su aspecto exterior limpio y de su comedimiento en el trato. Durante el día entero, trabajaba en el taller de carpintería, o en la compostura de utensilios o en el arreglo de los pabellones. Siempre estaba preocupado de algo. Attendía las peticiones de sus compañeros y las satisfacía como mejor podía. Nunca negaba sus servicios.

Los confinados lo respetaban. No lo tuteaban como

era costumbre sino que lo llamaban “maestro Endeiza”. El tampoco se permitía familiaridades con nadie. Había sido en otros tiempos comerciante más o menos próspero y lo tenía a orgullo, aunque, la verdad sea dicha, sus entradas principales nunca se debieron al trabajo sino al robo. Pero siempre robó en grande y se distinguió por el buen paño de sus ternos y su amistad con rameritas bonitas. Era todo un personaje del hampa, rey de filarmónicas dudosas. Sólo cuando la ira lo acometía se convertía en terrible. En momentos así, sin ser dueño de sí mismo, había muerto a dos de sus cómplices que pretendieron burlarlo en un reparto de botín.

Sus antecedentes, sus puños y su seriedad, le habían dado en la isla una especie de jefatura moral sobre la población. Para cualquier asunto se le consultaba: “¿Qué le parece, maestro Endeiza, si colocamos unos faroles en las esquinas de la cuadra?” “¿No será bueno, Endeiza, reforzar el puente y ponerle una barandita?” “Hay un desperfecto en la cocina; vayan a llamar a Endeiza”. Y así en cuanta dificultad surgía se reclamaba la presencia de Endeiza con una regularidad fastidiosa. Este casi nunca dejaba de resolverlas porque, como todos los chilenos, poseía aptitudes y conocimientos universales y era, indistintamente, según las circunstancias lo exigieran, gáster, carpintero mecánico, etc., etc.

Además, y este era su valor distintivo, sabía hacer gorgoritos con una voz quejumbrosa y melancólica que encantaba las almas rudas de aquellos exhombres. Por la noche, terminada la comida, solicitaban de él que cantase algo, cualquier cosa. El se hacía rogar un poco, pretextando invariablemente que estaba ronco y “podía soltar un gallo”; pero terminaba por acceder a las insistencias y pedía la guitarra. Con estudiada lentitud comenzaba a afinarla mientras los contertulios se acomodaban en las bancas adosadas al muro y en el suelo. Pronto surgían, bajo el conjuro de sus dedos ágiles, los acordes previos, hasta que, de improviso, rasgaba el aire su voz gruesa, un tanto afectada, y subía,

trémula, al tono agudo para descender en un lángido ritmo, al final de la estrofa. Prefería una canción antigua:

Más blanca que la espuma
que surge entre las ondas...

La cantaba entornando los ojos pestañudos y elevándolos al cielo como en un delirio sentimental. Tal vez le recordaba algún amorío de mocedad paseado en los atardeceres dominicales por las avenidas del Parque Cousiño. El hecho era que ponía en su canción un ardor nostálgico que se comunicaba a aquellos seres amontonados bajo la luz difusa de los chonchones. La guitarra exhalaba una música triste y vulgar, animadora de emociones ocultas, imprecisas... Cuando ponía Endeiza fin a su canción los aplausos estallaban con espontánea viveza y se veía forzado a repetir la tonada. A regañadientes, obedecían los confinados el toque de silencio.

Detrás de su sentimentalismo canoro y de su diligencia servicial, Endeiza escondía un alma tortuosa, llena de impulsos y designios oscuros que nadie conocía. A través de años, guardaba intacto un resentimiento, sonriendo al que lo hubiera motivado, sin dar lugar a la menor suspicacia, hasta que la suerte le ofrecía una ocasión a la fácil venganza. Despreciaba a sus compañeros por la pequeñez de sus trapacerías, la insignificancia de sus aventuras, y su suciedad de hampones arrabaleros. Sin embargo, los ayudaba en cuanto podía y se portaba con ellos como un amigo. Subrepticamente, tejía redes de intrigas, a veces sangrientas, sembraba la desconfianza entre los grupos, acicateaba los enconos recíprocos.

Durante la semana última había estado muy retraído y algo temeroso, pues, por ciertos retazos de conversaciones que percibiera, pensó que ya las sospechas lo buscaban a él como autor de las denuncias. Pasaba el día entero en el taller confeccionando cajas, perchas y otros artefactos. Cuando iban a visitarlo se mostraba jovial, despreocupado, indiferente a los asuntos del penal. Guiaba la charla hacia tópicos de la

tierra distante. Y, al quedarse solo, como quería aparecer alegre, cantaba su canción favorita: su vozarrón engolado rompía la modorra del campamento que siempre a pesar del diario ajeteo, tenía un aspecto de sueño, amortajado en la niebla quieta.

La conversación con El Lince le devolvía la paz íntima. No, no sospechaban de él. Podía continuar intrigando a los demás sin ser molestado: las iras caerían sobre su esmirriado y ridículo amigote. Miró al Lince que parecía atareado en el arreglo de un anzuelo y una fría sonrisa astuta contrajo su boca. “Nunca falta un imbécil que pague el pato” —pensó. La cuestión era saber hacer las cosas. Ahora, con soplarle a unos cuantos, como sin quererlo, que oyó al Lince contarle al bodeguero lo del Aguilucho, el asunto quedaría totalmente en claro y él libre de dudas.

¡Pobre Lince, el día que regresemos al Continente! Ya lo veo, boqueando...

Arregló sus herramientas y se dirigió con ellas a la bodega donde debía dejarlas para evitar que pudieran ser utilizadas en riñas. No hacía mucho que el chico Montoya le robara un escoplo con el objeto de agredir a Ciriaco Vergara que había intentado violarlo, una mañana que iban a la leña, por el interior de la quebrada de Las Vacas. Conversó unos momentos con el bodeguero y después se encaminó a la playa. Los confinados paseaban por parejas o conversaban en grupos. Endeiza se dirigió a uno que formaban Camañiñi, Iriarte, y otros amigos. Hablaban de mujeres...

—Cuéntenos algo, maestro— Ud. “manijaba” buenas chiquillas—dijo Iriarte.

Se sumergieron en recuerdos gratos. A cada relato más o menos picante, los del corrillo prorrumpían en carcajadas estruendosas. Parecía que con sus risotadas excesivas aquellos hombres tratasen de despistar a su ansiedad. Atropellándose surgían nombres de mujeres en las imaginaciones enardecidas por la impotencia: ¿Y la Rosa? ¿Y la Lucha? ¿Te acuerdas, Iriarte? ¡Ah, quién fuera libre y

rico para saber lo que es vivir! A mí no se me daría nada que me tuvieran preso hasta la muerte, pero con unas cuantas ñatas...

Después de un silencio, preñado de ardores, latentes, dijo Endeiza, con abstraído desganado:

—Pensar que algunos, por falta de mujeres, se ponen maricones. Ya ven El Aguilucho, tan hombre, tan serio, y acollerado con Carlos. Cuando oí que El Lince le contaba ésto al bodeguero, me quedé pasmado...

Los demás se miraron.

—¿Ud. lo oyó mucho antes de que se armara la “trifulca” en la Tenencia, maestro Endeiza? —preguntó Iriarte.

—Sí, el día antes, por la mañana, si no recuerdo mal...

La charla siguió rodando, ahora pesada, lánguida. Llegaba la sombra vespertina en que los ásperos contornos de las cosas se esfuman; todavía, en la distancia, un reflejo purpúreo incendiaba el horizonte. La noche se venía encima, imperceptiblemente... Y fue una noche de calma; la luna plateaba el mar y envolvía los cerros en una bruma opalina, difusa. Aquietadas bajo el manso resplandor lunar, las olas se deshacían entre los arrecifes con leve rumor. Una paz honda, henchida de enigmáticas sugerencias, emanaba de la inmensidad luminosa, de los altos cerros dormidos, de la oscura quebrada.

A medida que la noche avanzaba, los ruidos del campamento se iban apagando, apagando... Pronto dominó un grave silencio. —Los hombres estaban bajo el influjo de un encanto extraño. No hablaban sino en voz leve. Algunos se paseaban, ensimismados, por el sendero de la costa. Los más, sentados en las rocas, miraban abstraídos el agua rizada por escalofríos de luz. Otros, tendidos en los camastros, juntaban los párpados y soltaban las amarras de la fantasía para irse lejos.

El toque de silencio sacudió la pensativa modorra.

Mientras se desnudaban en la cuadra se reanudaron las conversaciones y las palabras dichas por Endeiza acerca

de El Lince, circularon entre los grupos. “Endeiza estaba en la bodega cuando El Lince denunció al Aguilucho”. Y el rumor se extendía, abatiendo las dudas que pudieran perdurar en algunos con la garantía de seriedad que daba el nombre del maestro Endeiza.

—Endeiza, cuando fue a entregar sus herramientas, oyó “estrilar” al Lince—decía uno.

—¿Sí? Si Endeiza lo asegura tiene que ser así —decía el otro.

Y el rumor seguía extendiéndose, pasando de una cama a otra, desfigurándose en los labios procaces que lo transmitían con sigilosa fruición. El Lince tenía pocos amigos. En el Continente trabajaba solo. “Se daba muchas ínfulas el mugriento” —decían los confinados. Le tenían mala voluntad y no despreciaban ocasión de manifestársela. Ahora que las vagas sospechas recaídas en él se habían convertido en firme certidumbre, la antipatía se transformó en odio. El Aguilucho y Carlos, que habían sido apaleados a causa de la denuncia de sus relaciones, juraron que, tarde o temprano El Lince se las pagaría.

Al día siguiente, muy de mañana, el Lince fue a conversar nuevamente con su amigo Endeiza. Iba más cariacontecido que de costumbre porque durante el desayuno había sido objeto de varias indirectas hirientes que provocaron en el comedor risitas malignas. El Chico Montoya había escupido al pasar cerca de él, como asqueado, y el Camión lo había mirado insistentemente, mascullando protestas agrias contra “los que venden cristianos”. El había permanecido silencioso, como si no se percatase de los gestos de desprecio ni de las palabras de amenaza. No era cobarde; pero ¿qué sacaría con insultar o agredir a sus enemigos? Quería que se aclarara la situación y los penados se convencieran de su error. Venía a ver si su amigo había hecho algo por arreglar buenamente las dificultades, como se lo había prometido.

—Sí— dijo Endeiza, mientras cepillaba con exagerada atención una tablilla— anoche conversé con los amigos. Están

indignados contigo, en verdad. Yo hice lo posible por demostrarles que tú no tenías arte ni parte en la cuestión. Pero no quedaron muy convencidos. Y El Camión llegó a decirme ésto: “Mire, maestro, no hay que meter las manos al fuego por nadie. Yo estaba en la bodega cuando El Lince contó al cabo Mujica lo del Aguilucho y Carlos. Ahí tiene Ud”.

—Pero si eso es mentira, recontra mentira— rugió El Lince, dando una patada en el suelo. Sólo El Camión que es matón y cuchillero puede inventar una mentira tan grandaza, sin temor a que le machaquen el hocico.

Endeiza había discutido hasta acalorarse, sin embargo no logró que las sospechas se desvanecieran. Había que dejar al tiempo el arreglo de las cosas. Ya se convencerían solos de que estaban en un error y le devolverían la confianza. Mientras tanto, lo mejor era alejarse de la cuadra, no meterse con los grupos hostiles, evitar los comentarios...

Romo amigo te lo propongo, Lince, hazte cocinero de la guarnición y así capeas el temporal. Yo te consigo esa pega con el sargento. ¿Qué te parece?

El Lince vacilaba. ¿No daría, con ellos, mayor fuerza a las dudas de sus adversarios? Además, él no sabía cocinar y estaba cada día más enfermo de los bronquios. No, mejor era dejar las cosas como estaban y que sucediera lo que debía suceder. El no tenía miedo y aceptaría lo que viniese como una fatalidad.

Después de muchas consideraciones, Endeiza pudo convencerlo. El juzgaba el asunto sin pasión fijándose únicamente en el interés de su amigo, y creía que la mejor actitud era la que proponía. La cocina sería para El Lince un refugio donde hasta su salud se restablecería. Por su parte, él continuaría las gestiones para rehabilitarlo. Tenía fe en el éxito; pero, había que proceder con calma, con diplomacia. Pronto vería operarse una reacción favorable en el ánimo de los otros y podría recomenzar la vida de antes.

Y así fue como, desde esa tarde, entró El Lince a servir en la cocina de la guarnición. La noticia, puesta en circulación

por el propio Endeiza, no sorprendió a nadie. Era natural: el miedo lo impelía a alejarse; pero nunca estaría tan distante que no lo alcanzaran las burlas del Aguilucho y de Carlos y sus amenazas desembozadas. El azar adverso los ponía siempre en su camino, obligándolo a escuchar sus improperios.

—Hijuna, ya te llegará tu día, chanchito de m...

El no les decía nada. Ni los miraba, siquiera. Llenaba sus baldes, indiferente, y se volvía a la cocina. Esta actitud exasperaba a sus perseguidores. Un día El Aguilucho comenzó a apedrearlo, al mismo tiempo que lo insultaba como de costumbre. El Lince que iba de un humor de perros se volvió, cogió también un guijarro, y se lo lanzó con tan excelente puntería que le abrió una ancha herida en la frente. Mejor que nunca lo hubiera hecho; el Aguilucho se le fue al cuerpo, le propinó una feroz bofetada en la mandíbula, derribándolo, y se puso a darle de puntapiés hasta dejarlo exánime, como muerto. . .

Al rato, lo recogieron los carabineros. Tardó bastante en recobrar el conocimiento: tenía la nariz fracturada, los labios partidos, sangrantes, y el cuerpo cubierto de cardenales... Se negó terminantemente a decir el nombre de su agresor. El Aguilucho, que reventaba de contento, hizo en la cuadra un relato minucioso de su hazaña, en presencia del carpintero. Como a las dos horas después, lo mandaron llamar de la Tenencia y lo encerraron en el calabozo por tiempo indefinido. Todos creyeron, por supuesto, que El Lince había denunciado a su agresor. Carlos, frenético con el castigo de su amante, dijo:

—Ya lo pillaré a mano. No se me escapará el maldito. ¡Lo juro por lo que más quiero!

Pasaron días, muchos días, meses, muchos meses...

El Lince pelaba papas en la cocina, descuartizaba los animales, secaba sus nieles en un rectángulo de madera hecho por Endeiza, por el maestro Endeiza a quien sus compañeros respetaban cada día más. Cesaron de molestar

al Lince: pasaba a su lado El Aguilucho aparentando no verlo, Carlos no volvió a enunciar propósitos tremebundos. Dos años más tarde retornaron al Continente para hundirse, de nuevo, como si la estancia en la isla no hubiera sido más que una pesadilla, en el torbellino del delito. Todo parecía olvidado. Pero una noche en que salía ebrio de una cantina del Barrio Matadero, fue asesinado por la espalda Epifanio López, llamado El Lince...

X

Llovía continuamente desde la madrugada. El agua se deslizaba en mil pequeñas vertientes por las laderas de los cerros, destruyendo los senderos hechos por los encargados de traer la leña al campamento. Y, cosa extraña en la región, no soplaba la fuerte brisa de siempre: el mar estaba en calma, como adormilado bajo el aguacero denso que obstruía la visión del horizonte. A una milla escasa de la costa, la mirada se estrellaba contra inmóviles cendales de niebla.

Los trabajos habituales habían quedado suspensos y los confinados fumaban botados en los camastros o jugaban a las cartas en los rincones. Algunos leían novelas desencuadradas, revistas viejas, diarios de fechas lejanas. Otros conversaban con desgano, como si un sopor de cansancio fuera sujetando las inútiles palabras que se cambian para ahuyentar el temor de la soledad y la nostalgia. Una pesada tristeza envolvía aquella isla perdida en las soledades del Pacífico: sueño, hastío, pesadumbre.

—¡Qué lluvia más endiablada! Nos vamos a morir de aburrimiento—murmuró El Lengua, arrojándose en un pedazo de manta.

—Este invierno va a ser duro, hermanito. Y todavía faltan dos meses para que venga barco...

Quiquirihuevo dio una larga chupada a su cigarro, pensativo. Tenía más, intensa que otros tal vez, la obsesión del retorno y, como era hombre de fe sólida, todos sus instintos

de primitivo se orientaban hacia la liberación que tardaba, pero que llegaría, inevitablemente, un día cualquiera, como la muerte.

Sentado en su camastro, Ortiz, llamado El Tuerto, dijo con sorna:

—Este Quiquirihuevo se lleva pensando leseras. ¿Qué más da que venga o no venga barco? No nos va a llevar. De eso podemos estar seguros. Aquí nos trajeron, niños, y aquí, estiraremos la pata. Hay que dejarse de “patillas” y poner el cuero duro.

Se rió, con una risa falsa que cercó de arrugas menudas su único ojo rojizo y dejó al descubierto sus encías hinchadas y sus dientes amarillentos roídos de caries negras. Quiquirihuevo y El Lengua lo miraron con ánimo de responder algo; pero él, eludiendo una posible conversación, juntó los párpados y se puso a silbar una música de ritmo quebrado y rápido que parecía una cueca. Y tenía un aire melancólicamente grotesco: con su barba castaña partida al medio y las manos cruzadas, con beatitud, sobre el pecho, parecía una caricatura de Nazareno, un Cristo picante como le decían sus compañeros.

Dominando el repiqueteo de la lluvia, se escuchaba, a la distancia, el estruendo de la resaca y más cerca, el rumor del torrente que venía desde el corazón de la isla. Imperceptibles se iban las horas lentas, iguales, muy lentas... El cielo plomizo, cubierto de nubes negruzcas y desgarradas como harapos, era tan bajo que llegaba casi a los techos de las habitaciones como una especie de humo. Era un cielo pesado, abrumador, que aplastaba con su gris inmensidad inexorable al caserío que se acurrucaba, soñoliento, en la boca de la quebrada.

La puerta de la cuadra se abrió con estrépito y una racha fría azotó a los hombres agrupados en los corrillos. Iriarte, el lobero, y El Chinito entraron, dejando tras de sí una huella de agua. Venían empapados, chorreando.

—Ud. por aquí, maestro Iriarte dijeron varias voces con sorpresa jovial. Cómo se fue a venir con este tiempo.

—Es que se nos acabaron los víveres— contestó Iriarte, mientras se despojaba de su manta mojada.

—¿Y cómo le fue, maestro?

—Así, así. Más bien mal que bien. Pillamos dos lobitos. Ahí le traigo los cueros de regalo a mi teniente.

—No se los des al teniente, guacha no seas mal amigo— interrumpió El Tuerto Ortiz—. Fondéalos por ahí y se los regalas a Quiquirihuevo cuando se lo lleven al Continente.

Todos rieron la burla del Tuerto quien volvió a cerrar el ojo, sin interesarse por la relación que empezaba a hacer Iriarte de su permanencia en la Lobería, una ensenada situada a tres leguas de la población, donde abundaban los lobos marinos. Iriarte era un excelente cazador; dedicaba semanas enteras a la persecución de los codiciados animales y siempre tenía éxito porque poseía las cualidades indispensables: astucia y seguridad, paciencia en la acechanza, rapidez en el golpe. Y amaba, además, la soledad de la Lobería, el hervor de las mareas entre los arrecifes, los inmensos crepúsculos, con un amor extraño en él, hombre del suburbio.

Iriarte y El Chinito salieron en dirección a la Tenencia, conduciendo de reata a Pancho, el burro que les servía para llevar las provisiones y traer los cueros. Viéndolos alejarse, bajo la lluvia, Quiquirihuevo recordaba noches alegres pasadas en una especie de cabaret de la calle Maipú, cuyo dueño era Iriarte. En él había conocido a la Glafira, una hembra de recio cuerpo moreno y ojos negros, provocativos. Era, por aquel tiempo, querida de El Tuerto; pero al caer éste preso, a causa de un robo de géneros la Glafira había aceptado sus requerimientos y se había ido a vivir en su compañía. A él le iba bien. Todos los días volvía con plata y con regalos. Para mayor tranquilidad y alegría, al Tuerto lo mandaron con un grupo de “escaperos” a la isla de Más Afuera.

—Pobre Tuerto— solía decir, compungida, la Glafira— cómo estará penando por allá...

Pensando en el amigo desgraciado, Quiquirihuevo se ponía mustio; pero estas ráfagas de remembranza eran muy

fugaces; la vida tenía para ellos un perpetuo aire de fiesta: la pasaban entre besos, comilonas, paseos, y remoliendas; ¡Eso sí que era vivir! En cambio ahora... Quiquirihuevo cerraba los ojos para atrapar los hermosos recuerdos y le parecía ver muy cerca de su cara las pupilas quemantes de Glafira y la risa ancha y blanca de su boca jugosa. Inextricables deseos se cruzaban en torbellino de fuego sobre la imagen de los placeres perdidos. Junto a la ventana, asaltada ya por la noche, el hombre sentía estremecerse sus entrañas en una crispación desesperada.

Glafira, la buena vida, el amor, todo estaba lejos, a más de quinientas millas hacia el E. Una mañana, en pleno centro de la capital, lo habían detenido por sospechoso, y, después de diez días de permanencia en la "pesca", lo habían enviado a la isla "con lo encapillado", sin despedirse de su amante, en compañía de numerosos delincuentes. Fue una ruptura brusca, inesperada, con los hechos habituales. Sus recuerdos se confundían en este punto, formando una abstrusa maraña de episodios inconexos, de panoramas entrevistos como en sueños, de rostros, y voces extrañas: la salida en un tren cerrado, atados unos con otros, una visión de puerto en madrugada neblinosa, la bodega maloliente de un barco, caras lívidas a la luz de faroles mortecinos, ruido incesante de máquinas y de hélices entre gemidos de tormenta.

El primero que viera al saltar del bote sobre la roca que, en la isla, servía de desembarcadero, había sido El Tuerto.

—¡Al fin llegaste! De primera lo vas a pasar un poco mal, pero uno se acostumbra a todo, —le había dicho, guiándolo amistosamente hacia la cuadra. Por lo demás, aquí tienes a tu amigo para lo que se te ofrezca.

Sin embargo, en los días que siguieron su conducta varió mucho, se hizo ambigua, desconcertante, tornadiza. La benevolencia amistosa del comienzo no se alteraba; pero, donde podía hacerle algún daño, se lo hacía, a veces por intermedio de terceros. Quiquirihuevo había aprendido en su juventud el oficio de peluquero y a él se dedicó, utilizando

unas herramientas que encontró entre los confinados, quienes le daban por sus servicios víveres, cigarrillos y hasta ropa. El Tuerto le robaba cuanto podía. Cuando se lo echó en cara, le respondió con calma clínica:

—¿Y no somos amigos, casi hermanos, pues, guacho?

Y se reía con esa risa suya que dejaba al descubierto sus dientes amarillos roídos de caries negras y ponía un cerco de arrugas en torno de su único ojo rojizo. Por otra parte, seguía tejiendo una red oscura y densa de antipatías y suspicacias entre la cual el alma de Quiquirihuevo se debatía vanamente, sintiendo la tortura de su soledad. Cierta día, el teniente le ordenó lavar unos cueros de ovejas y El Tuerto, al verlo trabajar con el agua hasta la rodillas en el lecho pedregoso de la quebrada, sentóse en una roca cercana y comenzó a acribillarlo con pullas insidiosas:

—Lave, comadre, que si no el patrón la va a retar— decía sarcástico. Apúrese para que tenga contento a su jefe. ¡Quién iba a pensar que le gustaba tanto a esta preciosura el caldo de patas!

Llamaba a los que acertaban a pasar para asociarlos a sus comentarios burlescos. No pudo Quiquirihuevo soportar las ofensas y, dejando su trabajo abandonado, se encaminó hacia él con aire avieso. El Tuerto ni se inmutó siquiera: lo miró acercarse sin moverse de la roca en que estaba sentado, y luego, como si no comprendiera la actitud de Quiquirihuevo, fue a su encuentro y lo tomó por los hombros, diciéndole con despreocupada jovialidad:

—Mira, te convidó a cazar cabros esta tarde. Iremos con el Garrapata.

Quiquirihuevo se quedó sin saber qué responder. Las injurias y recriminaciones que momentos antes se agolpaban a su garganta se diluyeron en un silencio de sorpresa. Pensaba decirle, de una vez por todas, que lo odiaba y que lo mataría como un perro si continuaba hostilizándolo. Pero no se le ocurrió como empezar y se limitó a contestar, rascándose, embarazado, la nuca:

—Bueno, los acompaño.

Con las manos todavía puestas sobre sus hombros, El Tuerto, lo contemplaba con fijeza sonriente. Parecía repentinamente abstraído en un pensamiento dichoso y era todo lo contrario: pensaba en Glafira, en su amor traicionado. Mirando la boca caída y grasienta de Quiquirihuevo, se estremecía al pensar en que los labios gruesos y húmedos que lo enloquecían habían estado fundidos con ella, acaso dulces y mordientes en la pasión. Una ira casi dolorosa sacudía sus entrañas, subía por sus nervios tensos, crispaba su ser entero en el deseo de estrangular al hombre que tenía al frente, de morderlo como una bestia.

—Nos juntamos después de almuerzo entonces— dijo.

—Ya está—contestó Quiquirihuevo.

Y ambos se fueron a sus ocupaciones.

Desde aquel día, como si quisieran despistar a sus más íntimas preocupaciones, El Tuerto y Quiquirihuevo se trataban como buenos amigos, se ayudaban en sus menudos quehaceres, salían juntos a las quebradas en busca de las esquivas manadas de cabros. Siempre hablaban de asuntos indiferentes, soslayando con discreción cuanto pudiera sugerir el pasado. No obstante, ambos sentían que un muro muy alto se alzaba entre sus ocultos sentimientos verdaderos y las palabras que pronunciaban y los gestos que hacían. A veces, pescando a la orilla del mar o descansando en la cima de una escarpada pendiente, los dos permanecían abstraídos

—¿En qué piensas Quiquirihuevo?

—En nada. ¿Y tú?

—En nada...

Los dos pensaban en lo mismo; vivían obsesionados por iguales imágenes vulgares y enloquecedoras. Quiquirihuevo tenía el convencimiento de que, la Glafira, ya lo habría traicionado, así como con él había traicionado al Tuerto. Se la figuraba tan apasionada como era en el placer, vibrando en brazos de otro, llamándolo con esos diminutivos cariciosos que al pasar por su boca húmeda y roja parecían

impregnarse de un aroma sensual, mareante. ¿Quién será, ahora? ¿Quién será?—se decía con enfermiza insistencia. Evocaba los rostros de los antiguos amigos y se los figuraba, uno en pos de otro, en los espasmos del amor, con la Glafira. Esto le producía un sufrimiento reconcentrado que era, a ratos, un deleite maligno.

El alma turbia del Tuerto giraba, por su parte, en torno de las mismas preguntas sin respuesta que se formulaba desde que supo el desvío de Glafira. ¿Por qué lo habría dejado de querer? ¿No había sido bueno y generoso con ella? ¿No la amaba más que a su propia vida? Y enredarse, para colmo, con un infeliz como Quiquirihuevo. Odiaba a Quiquirihuevo con violencia taciturna, subterránea. Suponíalo en diversas situaciones con la que fue su amante, siempre ardiente, turbadora, provocativa. Y como si quisiera exprimir hasta lo indecible sus celos angustiosos, la imaginaba deshaciendo la pulpa quemante de sus labios en la boca grasienta y golosa de Quiquirihuevo. Así era conmigo —pensaba— y así debió ser también con este hijuna. Hubiera querido echar atrás el tiempo, deshacer la realidad. Vivía amarrado a lo irremediable, al pasado.

Mientras tanto, los dos hombres andaban juntos, se ayudaban mutuamente en sus trabajos, eran amigos... La vida tiene complicaciones que no comprendo— se decía Quiquirihuevo, mirando hacia la pequeña explanada batida por la lluvia terca. Bultos andrajosos cruzaban de vez en cuando y se hundían en los vanos de las puertas. El cielo era una mancha de ceniza; el mar, un hervor de espumas turbias. Seguían jugando los hombres, en los rincones, sin hablar, como desganados. El Lengua fumaba sentado en la cama con un capote viejo de policía sobre la jibada espalda. El Felpa repasaba las hojas de un periódico, pensando, al parecer, en otra cosa. Casi a su lado, dormitaba El Tuerto.

Lo contempló largamente Quiquirihuevo como queriendo penetrar en el misterio de su pensamiento: algo le decía que en el fondo de aquel espíritu hermano y enemigo,

vivía, grabada con fuego de pasión y de anhelo, la misma imagen enloquecedora de mujer que perduraba en el suyo y que parecidos ensueños melancólicos turbaban la soledad de ambos. Entonces, sentía por El Tuerto una cosa que no era desconfianza ni rencor. Le parecía que la vida cobraba un aspecto distinto. Sentíase como liberado de un fardo, más fuerte, liviano de corazón. Mas, pronto reconquistaban su dominio los innominados pensamientos, los odios secretos que se escurren por los intersticios del alma como un agua fangosa. Y volvía a encontrarse pobre y solo. Solo...

Fue al día siguiente cuando lo que ambos esperaban se presentó con la fuerza arrolladora de lo inevitable, de improviso. Misteriosos poderes habían empujado sus opacas existencias hacia aquel minuto culminante, alzado lo mismo que una roca en el camino, en la infinita sucesión monótona de los días y las noches. La vida verdadera, que nutría sus ávidas raíces en el humus de los ensueños indecibles y de las recónditas ansias, debía romper fatalmente, en quel instante preciso, la corteza banal de la vida cotidiana, hecha de palabras falaces, de acciones invariables. Ciegos los dos, iban a tientas al encuentro de su destino. Como todos los hombres...

Amaneció, puro, hermoso, aquel día. Cuando menos se le esperaba, volvió el sol, risueño, suave, como de primavera. Se abrieron las nubes cenicientas al impulso de la luz dorada y propicia y, poco a poco, se alejaron hasta perderse en el horizonte del Sur. Un cielo hondo y azul se volcó en los abismos, ahora tranquilos y los tornó, como él, hondos y azules. La sangre circulaba alegremente y la sonrisa fluía fácil. Como nunca contentos trabajaban los confinados; algunos canturreaban tonadas criollas. Después de todo, mientras la vida dura y brilla el dorado sol, la esperanza canta.

El Tuerto y Quiquirihuevo salieron temprano a cazar cabros llevando provisiones para todo el día. Durante la mañana, vagaron sin hacer nada, gozando la belleza del día, la frescura del aire salino, la diafanidad del cielo sin nubes

que se hundía, allá muy lejos, en el océano tranquilo, luminoso. Iban de un lado para otro, seguidos por los perros, también, como sus amos, despreocupados y alegres. En torno suyo, la naturaleza despertaba, renacía. Las grandes hojas de los helechos, húmedas todavía por la lluvia nocturna, despedían reflejos plateados; el césped mezquino que cubría las empinadas laderas, relucía como si acabara de brotar; y hasta los hacinamientos de rocas volcánicas tenían un aspecto nuevo, menos desolado, bajo el matinal resplandor del sol.

Andando pasaron la mañana. Después del almuerzo, durmieron una larga y plácida siesta a la sombra de una inmensa roca de las alturas. Sólo a media tarde comenzaron la caza. Persiguiendo una manada, se internaron en los cerros, por senderos apenas practicables, hasta que lograron acorralarla en un desfiladero sin salida. Eran seis animales y, entre ellos, un robusto macho cabrío de relucientes ancas redondas y luengas barbas que se enredaban, al correr, en las patas delanteras. Como de costumbre, los perros se situaron en círculo ruidoso frente al grupo atemorizado que hacía inútiles esfuerzos para trepar por las paredes roqueñas, cortadas a pique. No había escapatoria posible para los selváticos animales, cuyas pupilas expresaban un terror sombrío. Los hombres, con los lazos listos, contemplaban la escena, pronto a intervenir.

De repente un perrazo gris, llamado Pantera por su crueldad con los vencidos, se lanzó contra el macho cabrío furiosamente, y le hundió los colmillos en el cuello. Rodaron los dos fogosos animales en una desesperada lucha hasta que en un descuido del perro el macho cabrío le clavó los cuernos en el vientre, vaciándole las entrañas. Los perros y los hombres se lanzaron entonces con rabia y sed de matar sobre la manada. Ladridos y gritos humanos se mezclaban a los gemidos de los cabros moribundos que, apenas heridos, eran hábilmente descuerados por los hombres. En pocos momentos, sólo quedaron unos cuantos montones de carne, aún palpitante, que los perros comían a dentelladas.

El sol se iba poniendo cuando Quiquirihuevo y El Tuerto emprendieron el regreso al campamento. Iban inquietos, nerviosos; el olor y la vista de la sangre los habían conturbado, sugiriéndoles propósitos desconcertantes. Evitaban mirarse, temerosos de que sus pensamientos se revelaran. Así anduvieron sin decirse nada hasta que se detuvieron en un ensanche del ríscoso sendero. A sus pies se abría una tenebrosa hondura y el murmullo del torrente, que corría abajo, subía ronco e impresionante. Sobre sus cabezas, el infinito se teñía de crepúsculo y de él descendía una calma sobrecogedora, más impresionante aún que el llamado majestuoso sombrío y angustiador del abismo.

Estaban solos. Nada existía en el mundo sino ellos, dos pobres hombres que se miraban, que se odiaban. Ahora, en una ráfaga de lucidez profunda, lo comprendían todo, plenamente: lo que los unía y separaba estaba allí, en sus corazones, en sus ojos. No se dijeron nada, porque se comprendieron. Con los puños crispados, vibrantes del odio loco largamente contenido, El Tuerto se lanzó sobre Quiquirihuevo y lo golpeó en la boca grasienta y golosa que había gustado los besos de Glafira. Lucharon indiferentes a la muerte que los acechaba al borde del sendero. Se oyó jadeo de respiraciones, crujir de dientes. Transcurrió así un minuto, tal vez menos: los pies de Quiquirihuevo al apoyarse en una roca la desprendieron y los dos hombres rodaron al abismo sin dar un grito, rebotaron en un picacho y desaparecieron en la sombra del fondo.

Inclinados sobre el precipicio, los perros se pusieron a gemir y sus gemidos, prolongados por el eco de las quebradas, se extendieron en largas vibraciones medrosas por aquellos desolados parajes. Eran gemidos casi humanos que evocaban la angustia de ansias indecibles, el desaliento de la soledad, el horror de vivir, de amar, de morir. Palpitaban trémulos en la calma del silencio, se difundían en ondas lentas a través del desierto crepúsculo y se perdían, por fin, en la noche que avanzaba como una marea inmensa desde los confines remotos.

¡Ah, cómo rugía y silbaba y ululaba el viento del mar! ¿Quién podría adormecerse bajo su tumultuoso dominio? Nunca había soplado con tanta fuerza: daba la impresión de un poder inexorable; hacía pensar en la muerte, en el destino.

La cuadra era, en medio de la vorágine nocturna, un remanso de quietud. Sacudían, no obstante, el silencio interior rumores dispersos, carreras cautelosas, voces veladas y el crujir de los tabiques y techumbres azotadas por el huracán.

Una lluvia densa, interrumpida a ratos, aumentaba la melancolía lúgubre y sobrecogedora de la noche. La tormenta arreciaba. Por instantes el viento parecía detenerse: se hacía una calma breve, insegura, y, de lejos, venía el estruendo prolongado de la resaca. Después, nuevamente, soplaba el viento con ímpetu mayor.

Muchos permanecían despiertos, a pesar de que ya se avecinaba la madrugada. De vez en cuando, se cruzaban entre las camas palabras quedas. Alguien tosía. Por allá, brillaba la brasa roja de un cigarro. Más de algún durmiente se movía acuciado por las imágenes de una pesadilla.

Sentado en su camastro, Camañiñi contemplaba el ir y venir de los ratones a lo largo de las vigas y travesaños, y por el centro del pabellón. La luz escasa que difundían desde los rincones los faroles, permitía distinguir sus vientres blancuzcos, deslizándose por todas partes.

Había muchos, incontables: hacia donde se volviera, la mirada de Camañiñi tropezaba con bultos sigilosos, rápidos, que se escurrían como sombras. Su audacia iba en aumento: aunque alguien tosiera o se moviera, seguían hurgando con cautelosa tranquilidad junto a las camas.

Camañiñi sentía por ellos una aversión rayana en lo morboso. Irreprimibles estremecimientos sacudían sus nervios como si los roedores rozaran su piel humedecida por la transpiración. Se revolvía, desasosegado, entre las mantas, y trataba en vano de engañar a su inquietud, pensando en otra

cosa. Sus ojos permanecían amarrados al ir y venir de los ratones que eran cada vez más numerosos: salían de los rincones, descendían desde el techo, trepaban por los tabiques.

Poseído de ira y de asco, tomó una de sus grandes botas marineras y la lanzó sobre una aglomeración de ratones que pululaban sobre un montón de ropa sucia próximo a su cama. Los bichos huyeron dando chillidos. Se escucharon algunas protestas.

—¡Deja dormir, chuciado!

Camañiñi se cobijó bajo las mantas y procuró concentrar su mente en pensamientos agradables. No lo consiguió; involuntariamente, su espíritu se pobló de imágenes sombrías y, luego, con el recuerdo de Joaquín Contreras, su amigo muerto.

—¡Pobre Chute, tan hombre que eral

Y habla muerto como un perro, una noche en que arreciaba un aguacero torrencial sobre la isla y el viento áspero sacudía con extraordinaria violencia el caserío. Nadie dormía, entonces, bien lo recordaba: la claridad fría de los faroles iluminaba, lo mismo que ahora, el ir y venir de los ratones de vientre blancuzco y la penumbra estaba poblada de pensamientos febriles, de conversaciones apagadas.

El oscuro temor de su alma crecía en la soledad.

Tal vez él, tampoco, a semejanza de su desgraciado amigo, volvería al Continente. Su vida podía terminar cuando menos lo imaginara, un día cualquiera. Una enfermedad, un accidente, y todo quedaría concluido. Una cruz más en el minúsculo cementerio.

La idea de su muerte posible lo hizo estremecerse como la presencia real de un peligro del cual no escaparía de ningún modo. Se imaginó tendido, rodeado de cuatro velas, inmóvil para siempre entre sus compañeros que se movían y hablaban como todos los días bajo la indiferencia de un cielo oscuro.

El sentimiento de encontrarse acorralado junto a un inesperado abismo en cuyo fondo se agitara el misterio, crispó sus nervios enfermos, zaheridos por los efluvios de la

tormenta. Hubiera querido librarse de la opresión que lo ahogaba y removía el humus subconsciente de los lejanos terrores infantiles. Sin poder resistir a la congoja de su ansiedad, se incorporó a medias, buscando en derredor un rostro humano que le diera la seguridad de estar, como todas las noches, en la cuadra con muchos otros hombres parecidos a él.

Buscaba un rostro, una voz...

A su lado, en el sitio que antes ocupara El Chute, estaba Rodríguez. Más lejos, distinguió a Endeiza con la mirada fija en algo invisible y los brazos cruzados detrás de la nuca. Dos ratones hurgaban en la canta del pequeño Montoya que dormía profundamente, con la boca abierta.

Suspirando, tranquilizado, Camañiñi se volvió hacia Rodríguez que fumaba apoyado en un codo:

—¡Qué noche! No sé por qué me hace recordar al Chute. Murió una noche como ésta. ¿Te acuerdas?

Rodríguez se acordaba, sin duda, pero a los muertos había que dejarlos en paz. El Chute estaría ya podrido... El pensaba en sí mismo y con eso tenía suficiente para amargarse la existencia. Lo acosaban deseos intensos de abandonar la isla. No podría resistir mucho tiempo más. Los azotes que había sufrido le envenenaban el alma. Y, ahora, ver a cada momento las mismas personas, hacer semanas y semanas las mismas cosas. El horizonte tampoco cambiaba: a veces, nublado; a veces, azul; pero, siempre, desierto. Y ellos ahí, amontonados como animales, roídos por el aburrimiento.

—Es perra esta vida, guacha. Por eso me alegro, a ratos, de que Joaquín se fuera. Pero cuando siento ganas de decir cosas que me vienen de adentro, como ahora, lo echo de menos. Y pensar que todavía su ánima debe andar penando por la isla..

Rodríguez se reía.

—El que se muere, bien muerto queda, Camañiñi. Lo demás son pamplinas. Después de esta vida no hay otra.

Camañiñi con una seriedad emocionada insistió en sus afirmaciones. Él había visto —lo aseguraba, jurando— la sombra espectral de los muertos, algo como un vapor blanquecino con los vagos contornos del cuerpo desaparecido. Una vez en la pampa... Y comenzó un largo relato de los sucesos maravillosos que le acontecieron mientras se dirigía a una oficina salitrera, en busca de la familia de un pariente suyo que había sido asesinado en el desierto.

Atento, en apariencia, al relato, Rodríguez continuaba hilvanando pensamientos inútiles. La calle de San Pablo, por donde él vagaba durante el anochecer, aparecía en su memoria con sus bares ruidosos, sus escaparates iluminados, sus enjambres de gente. Leía los letreros tan conocidos: Agencia “El Nuevo Tigre”, Restaurant “Bleriot”, té y café a toda hora, etc... Y otra vez estaba en una esquina y a su lado pasaba el río anónimo de la muchedumbre: suplementeros gritando los periódicos de la tarde, mujeres con paquetes, hombres de rostros cansados, sirvientitas que le sonreían, provocativas, insinuantes...

—... Y todas las noches iba a penarle. El asesino, de susto, se puso idiota— terminó Camañiñi.

Sólo entonces se dio cuenta del aire ausente de su vecino y, molesto, se acurrucó silenciosamente en su cama. No tenía sueño. Con la voluntad en dolorosa tensión, huía de sus pensamientos. Afuera, el viento al adentrarse en los desfiladeros producía ruidos siniestros que semejaban rodados gigantes y en las hondonadas se prolongaba la queja sostenida, extraña, desconsoladoramente enigmática.

Avivado por las imágenes sombrías que vagaban en su espíritu, el terror de Camañiñi recrudeció. Sí, en verdad, él también, un día cualquiera, podría morir. Los ataques epilépticos terminarían por aniquilarlo. Además, podría suceder que le sobreviniera alguno cuando cazaba cabros en las quebradas abruptas o mientras iba a la leña por el sendero difícil.

Entonces rodaría al precipicio porque eran tan rápidos que no le daban tiempo para prevenirse.

Cerró los ojos y se vio tendido, despedazado, muerto: un montón de carne sanguinolenta sobre las piedras del abismo. Un aullido escalofriante desgarró la penumbra dormida del pabellón y Camañiñi rodó por el suelo, agitándose convulsivamente. Una espuma blanquecina le afluía a los labios, por entre los dientes apretados.

Endeiza y Rodríguez se levantaron presurosos y lo sujetaron para evitar que se dañara, estrellándose contra los objetos. Los demás continuaron en sus camas sin darle importancia al incidente. Estaban acostumbrados, y, por otra parte, les interesaba realmente muy poco cuanto sucediera al enfermo.

La crisis fue larga, intensa. Una vez pasada, Camañiñi quedó laxo, aletargado, insensible. Así permaneció hasta que las luces borrosas del alba penetraron al pabellón. La fuerza de la costumbre y los rumores del despertar sacudieron su modorra, cuando la campana de levantada anunció el inicio de un nuevo día. Le dolía todo el cuerpo, como si le hubieran propinado una paliza.

La tormenta seguía aullando sobre la isla. El viento empujaba olas inmensas, y, a lo largo de la costa, se extendía una ancha franja móvil de alba espuma. A causa de la lluvia, se iría a la leña, ni se podría trabajar, ni vulgar... El día sería de una monotonía insufrible. La vida estaba detenida, embotada en una somnolencia quieta.

XII

Quizás cuánto tiempo más deberían permanecer en la isla y, si continuaban como hasta ahora, el aburrimiento los aniquilaría. Era peor que el moho: ensombrecía las almas y abría en ellas grietas por donde sólo penetraban —silenciosamente y hora tras hora— la angustia del vivir monótono y un vago pero inquieto temor a peligros desconocidos que surgirían nadie sabía de donde. Sí, había

que hacer algo para quebrar el ritmo desesperante de lo habitual.

—Debiéramos organizar bailes y teatro opinó Endeiza.

—Eso es— dijo Iriarte, dándose una alegre palmada en el muslo rollizo. Hace días estuve pensando en lo mismo. Aquí hay gente para trabajar...

—Claro que hay— corroboró Endeiza.

Los del corrillo asintieron entusiasmados. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Elementos para organizar un “conjunto teatral” había de sobra y de calidad superior. Ahí estaba Endeiza que había sido director artístico de algunas compañías efímeras de aficionados y presidente de una filarmónica que era además un prostíbulo disfrazado; el Felpa había trabajado como galán joven en varias representaciones y sabía declamar trémulamente monólogos y poemas; Camañiñi era especialista en juegos de manos y actos de magia; Montes de Oca podría aportar algunos números de ventriloquia; y muchos otros, también, en más de una ocasión, habían participado en esas fiestas populares que el ingenio de los reporteros llama “veladas artísticas y culturales”.

Como siempre, Endeiza tomó a su cargo los trabajos de organización. Para comenzar, reunió a todos “los artistas” y a los que quisieron cooperar en la empresa, a fin de echar las bases del “Conjunto Teatral Isla de Más Afuera”, y elegir el inevitable directorio. La primera sesión se celebró esa misma noche y hubo agrias discusiones a propósito de las personas que debían ocupar la presidencia, la secretaría y la dirección artística. Por fin, triunfaron Iriarte, como presidente; El Felpa, como secretario y Endeiza como director artístico, que era el único puesto necesario.

Terminada la sesión, el directorio fue a dar cuenta de lo hecho al jefe de la guarnición, quien los aplaudió y accedió a cuanto de él solicitaron. Obtuvieron un material de construcción que se pudría hacinado en las bodegas y comenzaron a levantar un escenario en el extremo de uno de los comedores. Trabajaron con ardoroso empeño, ayudados

por los demás miembros del conjunto, y al cabo de tres días dieron término a un proscenio, no muy pulido, pero semejante a todos los proscenios: el marco, pintado de amarillo, ostentaba decoraciones que querían ser mitológicas y unas flores arbitrarias, de colores violentos; al fondo, se improvisó un telón con algunos restos de viejas velas dejadas por las goletas pescadoras, en el que se distinguían algunas manchas que, con un poco de buena voluntad, podían pasar por cordilleras y bosques.

La víspera del estreno, el campamento cobró un aire de fiesta. Los artistas habían ensayado durante el día entero sus papeles sin permitir que nadie asistiera para que la sorpresa fuese completa. Cuando llegó la noche y sonó la campana de la comida, todos corrieron apresuradamente a engullir su pitanza para dejar pronto libres las mesas y los bancos que debían servir a manera de butacas a la concurrencia. Rápidamente quedaron instalados en el largo galpón, iluminado con extraordinaria profusión de chonchones de parafina y velas colocadas en improvisados faroles de papel.

A pesar de la animación pueril de la multitud amontonada en el local, la atmósfera penumbrosa, alumbrada débilmente, por las luces amarillas y temblantes, parecía colmada de una tristeza densa. Un olor a cuerpos sudorosos, a ropa vieja y sucia, a tabaco infecto, llenaba la sala. Algunos grupos bulliciosos comunicaban al ambiente un entusiasmo ficticio, convencional como aparece casi siempre el entusiasmo popular en las horas de juerga. A ratos, un silencio repentino se tragaba los ruidos dispersos y las bárbaras risotadas y, entonces, entraba por las abiertas puertas el vaho de la inmensa noche dormida sobre el mar.

La gente comenzaba a impacientarse.

Endeiza subía y bajaba, con nerviosa precipitación, por una improvisada escalerilla que conducía al escenario en el cual se advertían, a través del telón, movimientos de personas, ruidos de tablas, mesas que se corren; la agitación corriente

que precede a los espectáculos. Cuando el teniente, el sargento y los hombres de la guarnición hubieron tomado asiento en unos bancos especialmente arreglados por el obsequioso Endeiza, se dio comienzo al desarrollo del programa.

Alguien corrió la cortina que servía de telón y apareció una sala con dos mesitas y unas cuantas sillas desvencijadas. Un hombre —Ciriaco Vergara— en mangas de camisa y con un paño blanco atado a la cintura, se paseaba limpiando las mesas. Luego entraron tres apaches, con la gorra echada sobre el ojo izquierdo y un gran pañuelo de color anudado al cuello. Andaban cautelosamente, mirando hacia todas partes. Sin decir nada se sentaron alrededor de una mesa y parecieron ponerse de acuerdo en algo. Una vez que el mozo les hubo servido unas copas, el más joven de ellos —El Felpa— se adelantó hacia el público y comenzó a cantar con voz bastante desafinada:

Niña, la medianoche ya se va...

Los otros, mientras tanto, seguían inclinados sobre la mesa en actitud de conversar y el mozo, apoyado en una esquina, contemplaba, como un babieca inmóvil, al apache cantante que se movía y gesticulaba, pretendiendo dar fuerza expresiva a su canto, lo que no conseguía a pesar de los gorgoritos de su voz y del decorado canallesco de su vestimenta. Al terminar la canción, se volvió, andando en puntillas, a la mesa donde estaban sus compañeros. Conversaron unos instantes más en tanto el mozo seguía sacudiendo mesas y sillas. Por último se fueron, cautelosamente, mirando hacia todos lados, como habían entrado.

La concurrencia aplaudió fríamente el número.

—Pucha la lata grande —comentó, bostezando, Don López— El Felpa parece victrola descompuesta. ¡No hay quién pegue con Endeiza para el canto!

Anunciaron el segundo número: variedades por los Hermanos Cabrero. Y aparecieron en el proscenio dos individuos grotescos, uno muy largo y muy flaco —El Aguilucho— y otro muy chico y muy gordo —Bartolo—, que se miraban y hacían muecas. De improviso, el largo se puso a tararear: “En el fondo de la mar...” Y el chico le contestó en tono estridente: “suspiraba una alpargata...” Luego, otra vez el largo: “Y en el suspiro decía...” Y el chico: “¡no te acerques al Perpetuo!” Ante esta alusión maliciosa, los confinados prorrumpieron en estrepitosas carcajadas. Todos se volvían a mirar al idiota que contemplaba el espectáculo, afirmado en el hueco de una puerta, comiendo pan como de costumbre.

Los Hermanos Cabrero continuaron con variedades de la antiquísima copla circense, rematándolas con referencias a alguno de los presentes. Contentos de su éxito se retiraron andando hacia atrás y haciendo reverencias hasta el suelo.

Vino, en seguida, un dúo de Endeiza y Bartolo. Ambos se presentaron con el terno que guardaban para cuando se los llevaran al Continente, cuidadosamente peinados y con cuello. Su aspecto atildado provocó un estallido de hilaridad que tardó unos minutos en apaciguarse. Endeiza, sonriente, afinaba su guitarra y Bartolo carraspeaba “para limpiar la garganta”. En cuanto sonaron los primeros acordes, se hizo el silencio y cada quien se acomodó en su asiento para oír mejor.

El delantal de la china es algo que alienta y vive, algo que de ella recibe esa gracia peregrina...

Las dos voces —clara y alta, la una; ronca y dura, la otra— no se avenían y cada una iba por su lado sin respeto alguno por la armonía de la canción; no obstante, al terminar, Endeiza y Bartolo recibieron ovaciones calurosas. Tuvieron que repetirla, y, después, cantar “La tranquera” y, a continuación, “El caballo bayo”. No querían darles resuello. Abandonaron el escenario en medio de aplausos delirantes.

Endeiza se inclinaba con donairoza soltura como si se encontrara en presencia de un auditorio de señoritas, y Bartolo, acometido por un repentino ataque de tos, se llevaba la mano al corazón, agradeciendo el homenaje.

Aparecieron nuevamente los Hermanos Cabrero y todos pensaron que iban a repetir su número; pero, después de hacer unas cuantas muecas y de darse silenciosa y recíprocamente algunos puntapiés, desaparecieron sin decir nada. Entonces entraron al escenario todos los elementos de la compañía y cantaron un coro fúnebre en recuerdo de los muertos en la isla. Fue un número lúgubre. La música, compuesta en memoria de las víctimas del terremoto de Copiapó, era de una tristeza deprimente que las voces de los penados, lentas y cansinas, acentuaban. Los nombres de los fallecidos en el confinamiento aparecían en los versos vulgares y torpes, pero emocionados, de la canción. Se hizo en la sala un silencio largo, frío. Las cabezas se inclinaron...

Y fue necesario que salieran los Hermanos Cabrero, con sus vestidos ridículos y sus gestos absurdos, para que el jolgorio reconquistara el ambiente. El chico giraba como una peonza, moviendo los brazos como poseído, y el largo daba vueltas y más vueltas en torno al escenario, mascullando una estridente melopea. Por fin, ambos se detuvieron, se contemplaron con aire estupefaciente, y soltaron la risa, una risa sin causa, grotesca, que retumbó sordamente en el pabellón. El auditorio se contagió y, sin saber por qué todos se pusieron a reír como atacados de un repentino delirio. Pero eran carcajadas extrañas, algo forzadas, como si con ellas se tratase de disfrazar un sentimiento que quería manifestarse y que cada uno tenía interés en ocultar de sí mismo.

Después de unas cuantas volteretas y aullidos, los Hermanos Cabrero abandonaron el escenario y, en él, apareció El Felpa, vestido de negro, peinado con esmero y, también, con cuello. La crapulosa y fina palidez de su cara le daba un aire de jovencito aristócrata o de actor novel. Avanzó algunos pasos, sobándose con cierto embarazo las manos y

dijo en tono de displicencia que iba a recitar un poema, "Los irresponsables". Carraspeó, echó el cuerpo un poco atrás y comenzó, estirando el brazo derecho en el gesto descriptivo y convencional de los recitadores:

De un hogar, rico y dichoso disfrutaban, por igual, un marido cariñoso, un amante venturoso y una mujer desleal...

Gesticulaba y daba a su voz entonaciones patéticas que hubieran causado envidia a más de alguno de esos galanes "jóvenes" que suelen recitar el tal poema en teatros provincianos. Estaba, en realidad, poseído por la pasión de su papel y retorció los brazos y arrugaba el entrecejo con maestría en los pasajes truculentos. Al final, cuando llega el minuto de la queja imponente de aquel que, embargado de amor, fue incapaz de matar, la voz trémula se le quebró en sollozos. El éxito fue estruendoso.

El número de fondo lo constituyó un sainete en el que aparecían diversos personajes, hombres y mujeres, que hablaban de cosas que nadie entendía. La concurrencia encontró entretenimiento, tratando de discernir quiénes eran los que trabajaban disfrazados de mujeres. Como estaban bien caracterizados, a pesar de la escasez de ropas, era ésta una tarea difícil. Se consiguió establecer que las damas eran Ciruja, Cachinco y el Chico Montoya. La pantomima fastidió a todo el mundo. Un coro de silbidos, aullidos y denuestos estremeció la sala y puso en fuga precipitada a los actores.

—Este es el colmo— murmuraba Endeiza. Lo que es no saber apreciar el arte. Que otra cosa se podía esperar de estos animales, sino silbidos...

Que cante Endeiza— dijeron, en ese momento, algunas voces.

Y Endeiza, orondo, satisfecho, subió al escenario con su guitarra. Cantó algunos tangos pasados de moda y continuó con sus canciones antiguas. La concurrencia lo oía con recogimiento. Amaban los ritmos lánguidos de las tonadas criollas, las canciones delicuescentes y añosas que todavía se oyen en los suburbios cuando pasa el organillero con su caja de música. Endeiza interpretaba sus vagas emociones y

evocaba escenas lejanas: —las noches del arrabal, los bares iluminados, las parrandas con amigas. Aún más: la música los excitaba, removía sus entrañas en una sed de placer, estimulaba, en sus almas torvas, el sueño del deseo.

Cayó el telón. Rápidamente se retiraron los bancos del centro de la sala y se colocaron a lo largo de los muros. Una orquesta típica improvisada con la guitarra, dos músicas de boca y unos platillos de lata, comenzó a tocar un fox-trot. Se formaron parejas y empezó el baile. Bajo la luz de los chonchones, abrazados unos con otros, danzaban los hombres. Algunos quebraban el cuerpo con agilidad filarmónica; otros, muy tiesos parecían oficiantes de un rito; los que hacían de mujeres llevaban un brazo pulcramente colocado sobre el hombro de sus caballeros y éstos, inclinando el rostro, les conversaban en voz baja.

La orquesta era incansable: los fox-trot sucedían a los tangos y los tangos a los one-step. El humo de los cigarros, las emanaciones de los faroles y la hediondez de los andrajos formaban una mezcla infecta y bochornosa a la cual se agregó pronto el vaho desprendido de los cuerpos sudorosos que se agitaban en el baile. Una verdadera pesadilla: hombres harapientos entrelazados con hombres, en posturas equívocas, girando como poseídos bajo resplandores grises, en un ambiente sórdido. Por ahí, iba Bartolo contoneándose en brazos de Cachincoa, y más allá El Felpa con el Rucio, muy apretados, hablándose al oído. Y muchos otros, muchos otros...

El baile estaba en su apogeo cuando sonó la campana de recogida. Los confinados abandonaron la sala y se encaminaron en grupos hacia la cuadra. La noche estaba oscurísima: apenas se divisaba, blanqueando levemente en la sombra densa, la franja móvil de la marea. Contentos y cansados iban los hombres; tropezaban unos con otros en la oscuridad. Se oían risas. Al centro de la planicie, brillaban las ventanas iluminadas de la cuadra.

Nublado, pero alto y llano, el cielo garantizaba un día sin lluvia, de calma. El frescor del aire matinal impulsaba al movimiento y el áspero sendero elaborado en el macizo roqueño invitaba a una ascensión interminable. Garrapata y El Abuelo iban a la caza de cabros: contentos y ágiles, trepaban por la empinada cuesta y, poco a poco, iban viendo empequeñecerse, a sus pies, las casas de la población y las siluetas de los hombres atareados en los trajines iniciales del día.

Al llegar a la cima del primer contrafuerte, se detuvieron sudorosos. De lejos, del océano soñoliento aún bajo los grises reflejos del cielo, venía una brisa ruda y continua que daba a la sangre una frescura alegre. Estaban al borde de un acantilado en cuya base rompía la resaca sus blancas espumas frágiles. Dominaban un amplio horizonte: un horizonte opaco, impenetrable, tras el cual sólo quedaba el vacío infinito.

Garrapata y El Abuelo continuaron su marcha lenta y silenciosa, bordeando, peligrosos abismos que parecían llamarlos desde su fondo donde se agazapaban sombras rezagadas de la noche, trepando a veces por empinados paredones de rocas que interceptaban el angosto sendero. Los perros, que abrían la marcha, buscaban el rastro de los animales montaraces.

Anduvieron, así, dos o tres horas hasta llegar a las abruptas cadenas del centro, cubiertas a trechos de dura escarcha. Líquenes y musgos, quemados por el frío, tapizaban las enormes rocas, y, entre las húmedas junturas, adheridos a la pedregosa tierra, los helechos y las nalcas alargaban sus grandes hojas cubiertas de rocío. Y muchos, también, crecían en los bordes mismos del precipicio y en las vertientes verticales de la quebrada por cuyo fondo serpeaba una corriente rumorosa.

Ahí se detuvieron a descansar. El Abuelo, a pesar de sus sesenta años, no parecía fatigado. Ni siquiera transpiraba. Su cara atezada, de rasgos regulares, cubierta de un larga barba nívea que descendía hasta el pecho, tenía la serena placidez y la severidad noble de un rostro de profeta antiguo. Parecía estar por encima de la vida, con el alma libre de sobresaltos. Nadie se habría podido imaginar, al verlo, que tras sus ojos limpios se escondía una conciencia tortuosa de delincuente y que sus sarmentosas manos de viejo habían esgrimido, más de una vez, el puñal asesino.

Garrapata, por el contrario, presentaba impresos los signos del vicio. Su rostro flaco y amarillo, cruzado por una cicatriz rosácea que partía de la oreja izquierda y terminaba en la comisura de los labios, tenía una expresión indefinible de reconcentrada perversidad. Miraba al soslayo, con el entrecejo fruncido, esquivando los ojos sombríos en cuanto alguien dirigía hacia él la vista. Hablaba poco y en voz baja, como un susurro confidencial.

—¿Dónde se habrán metido los cabros?— dijo El Abuelo, levantándose y emprendiendo de nuevo la marcha: Los perros no dan señas de haberlos olido...

Garrapata, levantándose también, contestó con un guiño vago. Siguieron andando por el estrechísimo y empinado sendero. De improviso, al volver un recodo, los perros, que iban adelante, emprendieron un trote ligero, husmeando el aire.

Pronto los hombres divisaron la manada: pacía tranquilamente en una ladera pastosa. Como el viento venía de aquella parte, no se dieron cuenta de la presencia de los perros sino cuando los tuvieron encima. Empezaron una fuga desesperada, perseguidos por sus enemigos que lanzaban alegres y amenazadores ladridos.

Los hombres, a su turno, aceleraron el paso cuando lo permitían las condiciones del terreno. Varias veces estuvieron a punto de despeñarse. El aliento les faltaba. Tuvieron que

detenerse para recobrar el ritmo de la respiración. Mientras tanto, los perros seguían adelante: sus ladridos se apagaban detrás de las altas rocas; luego surgían más claros y se repetían en el eco de las hondonadas profundas. Guiados por ellos, El Abuelo y Garrapata continuaron su camino. Los ladridos sonaban cada vez más próximos y no se alejaban.

—Ya los tienen pescados— murmuró, contento, El Abuelo.

—Estos perros valen mucha plata— respondió Garrapata, sin volver la cabeza.

Pronto llegaron al lugar donde estaban los animales. Como de costumbre, los perros tenían acorralados a los cabros en un sendero sin salida. No había para ellos escapatoria posible. Al aproximarse los hombres, los perros redoblaron sus amenazantes ladridos y los cabros, poseídos de un miedo mayor, hicieron vanos esfuerzos para trepar por las rocas cortadas a pico.

Cogerlos a lazo fue asunto sencillo para cazadores experimentados como Garrapata y El Abuelo. A medida que apresaban uno lo degollaban con sonriente fruición. La vista de la sangre humeante enardecía a los perrazos y había que mantenerlos alejados con el látigo para evitar que se lanzaran sobre los cuerpos, aún palpitantes, y destrozarán los hermosos cueros que constituían el objetivo de la cacería. Garrapata apartó dos cabras vivas y las ató sólidamente.

Quiero llevarlas al campamento— dijo, respondiendo a la pregunta que le dirigió su compañero.

—Mucho nos van a molestar en el camino— aseguró, molesto, el viejo—. Hay que llevarlas como bultos y son pesadas.

—No importa—contestó Garrapata. Nos iremos despacito...

Satisfechos del éxito logrado, se sentaron a descansar mientras los perros devoraban la carne de los cabros despellejados. Debía ser ya mediodía y era preciso almorzar: el ejercicio Dios lento, el aire de la altura y la avidez de los

perros exacerbaban su apetito. Tendidos sobre el pasto húmedo se pusieron a comer algunas viandas que llevaban en un pequeño bolsón. Comentaban alegremente las peripecias de la cacería.

Terminado el frugal almuerzo, El Abuelo quiso dormir un rato y se dirigió a una especie de cueva que formaban dos rocas al juntarse. Tendió su paletó en el suelo, se echó la gorra sobre los ojos y se puso a pensar. Imágenes inconexas empezaron a girar en su mente; sus músculos se relajaron en una modorra grata; pronto dejó de percibir el roce fresco del viento. Y el sueño, lentamente, lo fue cubriendo como una dulce, imperceptible marea.

Garrapata quedó solo. Las dos cabras prisioneras — una de pelaje negro y lustroso, otra de pelaje rojizo, veteado de blanco— miraban a todos lados con ojos de espanto y hacían esfuerzos para romper las ligaduras. Apoyado en el codo, Garrapata las contemplaba con obstinación. Al rato se incorporó y se acercó al sitio donde reposaba El Abuelo. Observó que dormía profundamente y volvió hacia los animales. Cautelosamente, procurando no hacer ruido, cogió a la cabra de pelaje negro y la condujo hasta un recodo próximo. La dejó sobre el pasto y aseguró bien los cordeles que le sujetaban las patas. Hecho esto miró nuevamente hacia la cueva del Abuelo. Seguro, entonces, de que nadie lo veía, se tendió junto al animal y comenzó a saciar en él sus ardores sexuales. Con las entrañas desgarradas, la cabra gemía y se debatía. Garrapata, en el instante del espasmo, le hundió en el cuello su cuchillo y lo revolvió en la carne con fruición voluptuosa.

Después se levantó como atontado y, rápidamente, lanzó al animal barranco abajo. Dando traspiés volvió al pequeño campamento y se tendió, acometido de una laxitud febril. Temblores indomables recorrían su cuerpo: las últimas vibraciones de su bestialidad sacudida por el placer. Se fue hundiendo, poco a poco, en el sueño. Durmió largo rato y despertó con sobresalto. Cerca, se oía un bostezo formidable: El Abuelo sentado en su improvisado lecho, se desperezaba sonriente.

—Es hora de que nos vamos dijo, levantándose también y echándose sobre los hombros el animal apesado. Tú llévate los cueros que pesan menos...

El Abuelo, notando la falta de la cabra negra, se detuvo y preguntó:

—¿Y la otra?

—Yo me quedé dormido también. Debe haberse soltado y se habrá caído al barranco.

El Abuelo se asomó al borde del precipicio y vio sobre una roca saliente, situada a unos veinte metros más abajo, una masa negra. Luego emprendió la marcha detrás de Garrapata que caminaba de prisa, con el animal de pelaje rojizo sobre la espalda curvada...

XIV

Sin que nadie lo advirtiera, había llegado el crepúsculo y las cosas se confundían en una ilimitada masa oscura. A esa hora un pesado silencio se adueñaba de la cuadra donde los hombres se congregaban después de la diaria faena inútil, en espera de la comida. Cada cual se volvía hacia su pasado.

Porque aquellos hombres de vida azarosa y errabunda habían descubierto en la soledad del confinamiento su mundo interior: un mundo pobre y sombrío, cruzado de imágenes dispersas, a ratos angustiosas, que se parecían extraordinariamente a las del sueño turbado de sus noches.

Ahí estaba Don López, el viejo tinterillo malogrado, pensando en la hija que abandonara, en el quicio de una puerta, una madrugada muy lejana en el tiempo. De vivir, contaría ahora veinte años y si se parecía a su madre, tendría los ojos grandes sembrados de puntitos áureos ¿Qué sería de ella? Por ahí andaría, rodando, acaso. . .

Acurrucado junto a la ventana, El Ñato Lorca recordaba a su mujer, a quien asesinó hundiéndole en el vientre su lezna de zapatero, cuando estaba preñada. La veía, una vez más, apretándose el vientre perforado y gimiendo débilmente sobre

los ladrillos del cuartucho. Y el gemido, que no sonaba en parte alguna, le taladraba los oídos, el corazón.

Con su gorro de pieles puesto descuidadamente sobre las greñas revueltas, se paseaba Camañiñi de un extremo al otro de la sala, monologando en voz baja. Durante la última semana había sufrido tres ataques epilépticos y pasaba obsesionado por la idea de una muerte inminente. No comía y dormía poco. Su piel iba cobrando una lividez terrosa. Los pómulos se acusaban fuertemente en la cara enflaquecida.

Solía despertar Camañiñi a medianoche y entonces se ponía a imaginar lo que haría una vez muerto: iría, en primer término, al Continente, a ver a su hembra que, según le dijeron unos amigos recién traídos a la isla, estaba viviendo con un gáster en una cité de la calle Independencia. La volvería loca, haciendo resonar sus invisibles pasos en la oscuridad de la pieza, cuando ella estuviera en el lecho refocilándose con su amante.

También tenía que vengarse del jefe policial que lo hizo detener y lo mandó a la isla. No lo dejaría dormir golpeando a su alrededor los muebles... Interrumpió su paseo y lanzó una carcajada al imaginarse a su enemigo sentado en la cama, mirando hacia los rincones cargados de misterio, con el rostro mofletudo y espinillento perlado de una transpiración angustiosa. Como era gordo y sanguíneo, bien podía caerse muerto de improviso. Este pensamiento inundó a Camañiñi de un inefable bienestar.

Satisfechas sus más apremiantes venganzas, buscaría al Chute y con él retornaría a la isla. Juntos disfrutarían de espectáculos maravillosos Oirían a sus camaradas en el secreto de la soledad. Después de todo, era mejor morirse a seguir viviendo como vivía: sin distracciones, enfermo, hastiado de ver caer en el olvido las horas iguales. Muerto, tendría muchos caminos que seguir...

No pensaba lo mismo Rodríguez en quien el amor a la vida, creciente cada día, provocaba accesos de reconcentrada desesperación. Quería irse, a cualquier precio, y se llevaba

elucubrando planes fantásticos y sosteniendo esperanzas estériles. Ahora concentraba sus expectativas en el barco que debía llegar en septiembre. "Puede ser que haya indulto, por las fiestas patrias"— pensaba.— Y las escenas de júbilo que acudían a su imaginación hacían que una sonrisa persistente se extendiera por su rostro, habitualmente endurecido por el fastidio y el odio. Juntaba los párpados y se quedaba soñando, soñando...

Y así todos...

Vivir de ese modo no era en verdad vivir. Las casas, los rostros, hasta las voces se patinaban, con el rodar de días y meses, de una opacidad adusta. El moho roía las calaminas de los pabellones. Un musgo afelpado adhería a las paredes llenas de grietas. Las almas iban a tientas, escurriéndose a través de las ansias terribles, de los indecisos recuerdos.

Para aquella torva multitud el mundo se había reducido y era sólo una pequeña planicie, afirmada contra altos cerros de piedra, frente a un paisaje de mar, cielo e invierno. La vida verdadera se hacía interior, imperceptible. Por debajo de los hechos habituales se cruzaban las pasiones más hondas, las más siniestras, y estrujaban las entrañas con furia silenciosa que no tenía desahogo.

¡Ah, qué destino! Miserias que se amontonan, angustia que no tiene calma, instintos sórdidos que se revuelven sin tregua. Y, royéndolos, a todos, el invencible hastío, el deseo de cruzarse de brazos y dejarse morir frente a la faena sin mudanza ni objetivo, a la obligatoria visión del horizonte gris, al ir y venir de los rostros que se conocen hasta en la más pequeña arruga, y en el menor reflejo de la sonrisa, y en la regularidad odiosa de los gestos.

Una maraña de fuerzas ineludibles y oscuros designios envolvía el caserío y hacía que, en apariencia, todo continuara hoy idéntico a ayer, aunque el Chute se hubiera ido y el Patas de Seda quedara tendido, junto al embarcadero con una puñalada en el pecho, y Camañiñi, enloquecido de terror, huyera, en la alta noche, de sí mismo.

Y es que había, sin duda, algo espeso y fatal, una sombra de sueño, donde los hechos que se sucedían iban adquiriendo una significación extraña y recóndita sin alterar. por eso, el curso exterior de la monótona existencia isleña Cachincoa, El Chinito, Ciruja, todos, todos estaban en una actitud de espera, deseosos de lo que no tenían, descontentos de cada día que pasaba empujado por el viento de invierno.

Sólo el Perpetuo, masticando sus mendrugos, vegetaba en una despreocupación de felicidad.

Los enfermos —tuberculosos, sifilíticos— agonizaban en los camastros, desmenuzando la trama inútil del recuerdo y del sueño. A veces alguien, uno cualquiera, se moría. Y eso que sucede en el mundo a cada instante y en lo cual nadie repara, allá se revestía de un inquietador misterio que apretaba los corazones y los sumergía en una perplejidad dolorosa.

Era, además, el invierno, y los temporales se sucedían, impulsando sobre el rocoso peñón desamparado las grandes olas que llenan el espacio de un ronco y solemne rumor. Ululaba en los angostos desfiladeros el hosco viento que hace lúgubres las noches interminables. La lejanía era una masa de nubarrones lívidos que se desparramaban, amenazadores, por un cielo de plomo.

Día y noche, la lluvia martilleaba en las techumbres.

Un horizonte, siempre desierto, atraía las miradas sin expresión de los hombres solitarios que contemplaban desde las ventanas de la cuadra, el monótono caer del agua. Los días no tenían sentido y el destino era una amenaza vaga. Amontonados en los rincones, algunos conversaban desganadamente. Veíase brillar, en la penumbra fría del crepúsculo, las brasas de los cigarrillos. Luego, alguien rompía el encantamiento del silencio:

—Quisiera estar lejos de aquí. ¡Maldita sea la suerte perral!

—Hay que conformarse. Tal vez no nos vayamos nunca, Iriarte.

Y otra vez el silencio, el denso silencio.

Nada cambiaba: el horizonte permanecía mudo y desierto, arrebuñado en nubarrones lívidos y, a veces, en los días de sol, teñido de colores brillantes. Las olas, con una insistencia enloquecedora, golpeaban los arrecifes donde se posaban los pájaros marinos. Los hombres repetían las acciones de siempre en la pequeña planicie estéril. Y el sueño de las noches convulsas y lluviosas, en que el viento del mar hace crujir los tabiques, era cruzado por los deseos imposibles.

INDICE

Prólogo	5
I	
Altos cerros de...	15
II	
Desde los rincones...	17
III	
Sonaba la campana...	26
IV	
Alguien dio en...	32
V	
Por el ventanuco...	41
VI	
La vida exterior...	47
VII	
Cuando llegó...	52
VIII	
El Chinito no...	59
IX	
Envuelto en su viejo...	68
X	
Llovía continuamente...	77
XI	
¡Ah, cómo rugía...	87
XII	
Quizás cuánto...	91
XIII	
Nublado, pero alto...	99
XIV	
Sin que nadie...	103



En él trabajaron:

Edición

Silvia Aguilera, Juan Aguilera,
Mauricio Ahumada, Paulo Slachevsky

Relaciones Públicas

Luis Alberto Mansilla

Asesoría Editorial

Faride Zerán, Naín Nómez, Germán Marín

Secretaría Editorial

Teresita Benítez

Producción

Carlos Bruit, Elizardo Aguilera M., Eugenio Cerda

Diseño Portada de Colección

Juan Campos

Diagramación Computacional

Angela Aguilera, Nevenka Tapia,
Fabiola Hurtado, Jano, Lorena Vera

Corrección de Pruebas

Jorge Alvarado

Fotomecánica

Josefina Aguilera A., Ingrid Rivas, Pedro Morales

Impresión

Héctor García, Carlos Aguilera, Francisco Villaseca,
Rodrigo Véliz, Michel Tejos, Alejandra Bustos

Corte

Jorge Gutiérrez

Encuadernación

Rodrigo Rosas, Sergio Fuentes, Marcelo Toledo,

Rodrigo Carrasco, Carlos Campos,

Eugenio Espíndola, Luis Ovalle

Difusión y Distribución

Marcelo Merino, Berenice Ojeda, Elba Blamey, Nelson Montoya,

Patricia Alfaro, Nora Carreño, Paula Leal, Sergio Parra

Administración

Diego Chonchol y Alejandro Droguett

Coordinación General

Paulo Slachevsky

* Se han quedado en nosotros Adriana Vargas y Anne Duattis

**PUBLICACIONES
LOM EDICIONES**

**COLECCION CLASICOS DE LA
NOVELA SOCIAL CHILENA**

- HIJO DEL SALITRE
Volodia Teitelboim
- HIJUNA
Carlos Sepúlveda Leyton
- HOMBRES OSCUROS
Nicomedes Guzmán
- ANGURRIENTOS
Juan Godoy
- EL PURGATORIO
Gonzalo Drago
- VIDAS MINIMAS
González Vera
- LOS FEROCES BURGUESES
Luis Merino Reyes

**COLECCION ENTRE MARES
(NOVELAS)**

- VALPARAISO
Oscar Wittke
- EL OBSESIVO MUNDO DE BENJAMIN
Antonio Ostornol
- LA NOVELA DE GALVARINO Y ELENA
José Miguel Varas
- RESPONSO PARA UN BANDOLERO
Enrique Volpe
- HASTA YA NO IR
Beatriz García-Huidobro
- MUERTE DE UNA NINFOMANA
Poli Délano
- GUANACO BLANCO
Francisco Coloane
- CASAS EN EL AGUA
Guido Eytel